Ingreso 22 MAR. 1994
Comprado a Edit. Nueva
Donado por
Precio 40.00 Reg. 0708/94

N
972.8505
A366
C.2

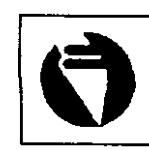
SOMOZA: Expediente cerrado

La historia de un ajusticiamiento

BBCN

Claribel Alegría y D.J. Flakoll

BIBLIOTECA
"DR. ROBERTO INCER BARQUERO"



© *Claribel Alegría y D.J. Flakoll*
© Para esta primera edición: *El Gato Negro / Latino Editores*
Diseño y diagramación: *Erik Flakoll Alegría*
Foto de portada: © *Susan Meiselas*
Edición al cuidado de *Erik Flakoll Alegría*

Editorial El Gato Negro
Apartado Postal 33, Zona 5, Managua,
Nicaragua.
Tel: (505-2) 784129
Fax: (505-2) 664332
E-Mail:damt@niarao.apc.org

Latino Editores
ApartadoPostal C-163, Managua,
Nicaragua.
Tel: (505-2) 25879
Fax: (505-2) 26180
E-Mail: criesdif@nicarao.apc.org

Claribel Alegría y D.J. Flakoll / *SOMOZA: Expediente cerrado La historia de un ajusticiamiento*

En memoria de:
Rigoberto López Pérez
y
Hugo Alfredo Irurzún

El árbol de la libertad se nutre
con la sangre de los tiranos.

Thomas Jefferson

Cuan Kang preguntó a Mencio lo siguiente:

—He oído que Tang desterró al emperador Kie, y que Wu Wang acometió al emperador Cheu. ¿Son ciertos estos sucesos?

—La historia lo asegura —respondió Mencio.

—Pero —prosiguió el rey—, ¿puede un súbdito matar al príncipe?

—El que ultraja a la humanidad —respondió el filósofo—, se llama asesino, y el que ultraja a la justicia, malvado; y el asesino y el malvado son la hez de la especie humana. He oído contar que We Wang mató a un hombre llamado Cheu, pero no que matase al príncipe.

Coloquios de Mencio

Introducción

Fue después del bochorno de la invasión a las Islas Malvinas, —una debacle auto-infligida que acabó con la dictadura militar argentina— que conocimos a Ramón. Él nos propuso escribir este testimonio definitivo sobre el ajusticiamiento de Anastasio Somoza Debayle. En el transcurso de los siguientes meses, con su ayuda, nos pusimos en contacto con todos los sobrevivientes del comando que realizaron este operativo en Asunción, Paraguay.

Cuando terminamos de transcribir las entrevistas y concluimos el primer borrador de éste manuscrito, la dictadura argentina ya se había desmoronado y Raúl Alfonsín había sido electo presidente por sufragio popular.

Un día de tantos, por el año 1983, apareció Ramón otra vez. Nos pidió postergar la publicación del libro ya que el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) había decidido, junto con otros partidos de izquierda, emprender un curso de oposición pacífica para lograr cambios en el sistema político argentino. Teniendo en cuenta esta nueva situación, nos dijo Ramón, no quería que el PRT o su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), fueran tildados de terroristas.

Accedimos a su petición y comprendimos que la publicación de este libro, en esas circunstancias podría causar polémicas y suscitar recriminaciones que serían nocivas. Engavetamos el libro y nos olvidamos de él durante los próximos cinco años.

A principios de 1989 lo volvimos a sacar y pensamos publicarlo pero, para nuestro asombro, supimos del ataque al cuartel militar de *La Tablada* en Argentina, efectuada por un contingente de 45 perso-

nas de diferentes tendencias de izquierda, conducidas por Ramón. Las informaciones a las que tuvimos acceso eran confusas y contradictorias; no había forma de saber a ciencia cierta lo que ocurrió. Para ese entonces, hacía mucho tiempo que habíamos perdido contacto con los miembros del comando que ajusticiaron a Somoza, incluyendo a Ramón, y decidimos una vez más postergar la publicación.

Sin embargo, ahora en 1993, pensamos que ya es tiempo de dar a conocer este testimonio histórico e inédito. No es, desde luego, una apología al terrorismo sino una crónica de un tiranicidio.

El resultado de este esfuerzo y periplo, es el libro que ahora tienen en sus manos.

Los autores

Managua, Nicaragua,
julio de 1993

seguridad podía estar garantizada frente a la insurrección dirigida por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que se extendía por todo el país.

Después de trasmitirle su renuncia al Congreso, Somoza canceló la despedida televisada a la nación y se refugió en su inexpugnable "bunker", en lo alto de la colina de Tiscapa, a pocas cuadras del hotel. Allí terminó de empacar, dejando las camas sin hacer y algunas prendas personales regadas por el dormitorio, mientras Urcuyo Maliaño era juramentado y se le adornaba con la banda presidencial a las 1:52 de la madrugada. A las 4:30 a.m. Somoza subió a bordo de un helicóptero y fue transportado al aeropuerto Las Mercedes, en las afueras de Managua, donde lo esperaban tres aviones y algunos miembros de su séquito. Militares de alto rango y oficiales civiles del desmoronado régimen subieron a bordo de un DeHavilland 135/600 y de un Convair 880 y volaron hacia el norte. En el compartimiento de equipajes del Convair, rodeados por un desordenado montón de maletas, había dos ataúdes de zinc conteniendo los restos del padre del dictador, Anastasio Somoza García, y de su hermano mayor, Luis Somoza. Ambos habían precedido a Anastasio II en la presidencia.

A último momento, ocho papagayos de alegres colores que habían formado parte del zoológico de Somoza fueron introducidos, en un toque surrealista, al avión del dictador, un Lear Jet que despegó a las 5:10 de la mañana, poniendo así fin al reino ininterrumpido de los Somoza que duró 43 años.

"Tachito", como lo llamaban para distinguirlo de "Tacho", el fundador de la dinastía, dejó atrás un país destruido y en bancarrota. La insurrección del FSLN en septiembre de 1978 y su ofensiva final que comenzó siete semanas antes, habían dejado un saldo de 50 mil muertos, el 80 por ciento de los cuales eran civiles, que fallecieron bajo los bombardeos aéreos lanzados indiscriminadamente por Somoza sobre seis ciudades principales de Nicaragua, en un vano intento para evitar que las guerrillas sandinistas consolidaran el poder. También dejó en su estela 100 mil heridos, cerca de 40 mil huérfanos y 150 mil nicaragüenses que se refugiaron en los países vecinos de Honduras y Costa Rica.

Durante los días finales, cuando se dieron cuenta de que su caída era inevitable, Somoza y sus secuaces más cercanos, sistemática-

mente sacaron todo el dinero en efectivo que había en Nicaragua, dejando al Banco Central con reservas de apenas 3 millones de dólares, que no pudo tocar. Bastaban para hacer funcionar al país durante dos días. En éste saqueo Somoza y sus allegados no sólo hipotecaron sus extensas propiedades, tanto agrícolas como comerciales, sino que Tachito también se las arregló para endeudar a Nicaragua por 1,600 millones de dólares, que según un análisis económico de la CEPAL, "no se destinó a fomentar el desarrollo económico y social de Nicaragua, sino más bien a liberar recursos internos para que salieran del país".

El saqueo de Nicaragua era una tradición en la familia. Empezó con Tacho el viejo, primer director en jefe de la Guardia Nacional, institución creada por los Estados Unidos. Somoza I consolidó su poder asesinando a traición al jefe de la guerrilla, Augusto César Sandino, en febrero de 1934, en medio de una tregua. Anastasio Somoza García derrocó a su tío político, Juan B. Sacasa de la presidencia y tomó el control total de Nicaragua. Tacho no perdió su tiempo y acumuló rápidamente una de las fortunas familiares más grandes en América Latina.

Tacho II era un producto "Made in USA" que se vanagloriaba de hablar el inglés mejor que el español. Se educó en la academia militar de West Point y su sola distinción fue el haber sido el único cadete en la historia de tan augusta institución que recibiera un ejército privado como regalo de graduación. Al regresar a Nicaragua empezó su meteórica carrera en la Guardia Nacional. La trayectoria de su padre, de 20 años de corrupción y enriquecimiento, terminó de manera abrupta, en septiembre de 1956, cuando fue ajusticiado en un banquete por Rigoberto López Pérez, un joven poeta y periodista nicaragüense, que fue inmediatamente acribillado por la custodia del viejo dictador.

Anastasio Somoza Debayle, heredó el cargo vitalicio de su padre como director en jefe de la Guardia Nacional. Sus oponentes políticos se referían a él amargamente tanto entonces como después, cuando fue presidente, como "el último Marine".

No es probable que tales contemplaciones ocuparan la mente de Anastasio Somoza Debayle durante ese vuelo matinal a Homestead Air Force Base, Miami. Lo que sigue son sus propias palabras, en su apología, *Nicaragua Traicionada:*

> En aquel vuelo a Miami, pasaron corriendo por mi mente muchísimos pensamientos. Principalmente sobre lo que el presidente Jimmy Carter y el Departamento de Estado norteamericano habían hecho en Nicaragua. En un corto período de tiempo habían destruido lo que había costado treinta años edificar. De un plumazo habían echado por el tragante a catorce mil hombres que habían pasado por las escuelas militares de los Estados Unidos y que constituían el baluarte principal contra el comunismo en la América Central. Yo agonizaba.

Mientras el avión de Somoza se aproximaba a su destino en Florida, el nuevo presidente de Nicaragua, Francisco Urcuyo Maliaño, pronunció a través de la radio y la televisión su primer y último discurso dirigido a la nación. El discurso dejó asombrados a cuantos lo escucharon, particularmente al embajador de los Estados Unidos, Lawrence Pezzullo, y a William Bowdler, experto del Departamento de Estado en asuntos centroamericanos, quienes, durante las pasadas semanas habían negociado cuidadosamente una fórmula para el cambio de poder del sucesor de Somoza a la Junta Revolucionaria que esperaba en San José, Costa Rica.

El acuerdo estaba diseñado para asegurar la sobrevivencia de la Guardia Nacional que vigilaría los intereses de los Estados Unidos en la nación centroamericana.

El periódico de los Somoza, *Novedades*, en su canto de cisne como diario oficial del régimen, se refirió al discurso-bomba de Urcuyo, con los titulares "Presidente Urcuyo llama a la conciliación":

> El Señor Presidente de la República, doctor Francisco Urcuyo Maliaño, en su primer mensaje, llamó a todos los nicaragüenses a la reconciliación, para que unidos empecemos la reconstrucción de Nicaragua.
> Señaló el Primer Mandatario, que asume con responsabilidad la alta investidura que le otorgó el Honorable Congreso de la República, agregando que en su espíritu no anida rencor alguno, y que es obligación de todos los nica-

ragüenses olvidar el pasado, con base al presente y a una mirada del porvenir.
En otra parte de su importante mensaje, el presidente de la República llamó al diálogo a todas las fuerzas políticas de la nación que sustentan su ideología en la democracia.
De igual forma, el doctor Urcuyo Maliaño instó a las fuerzas irregulares para que depongan las armas, no ante nada ni nadie, sino ante el altar de la Patria...
"Quiero dejar constancia ante la historia de la Patria, de mi admiración y reconocimiento a la Guardia Nacional que ha sabido defender la soberanía de la Patria, la integridad territorial y el imperio de la Constitución", concluyó diciendo el señor Presidente de la República doctor Francisco Urcuyo Maliaño.

En Washington D.C., incrédulos oficiales de la Casa Blanca y el Departamento de Estado, asimilaban con dificultad el hecho de que la dinastía Somoza había terminado tal como empezó cuatro décadas antes: con un acto de traición. Somoza deliberadamente había desistido de advertir a su sucesor, que sólo había sido nombrado presidente para entregarle las riendas del poder al nuevo gobierno sandinista. El acto de Urcuyo tuvo como consecuencia la inmediata y total desintegración de la Guardia Nacional. Urcuyo "el breve" salió de Nicaragua a bordo de un avión militar con destino a Guatemala, exactamente 40 horas y 43 minutos después de haber asumido el mando.

Luego de desembarcar en Homestead Air Force Base, Tachito Somoza fue conducido a su mansión palaciega en Miami Beach y aún no había terminado de desempacar cuando sonó el teléfono. En *Nicaragua Traicionada* describe la conversación de la manera siguiente:

> Era el Subsecretario de Estado, Warren Christopher, con un mensaje breve pero indiscutiblemente claro y terminante. Me dijo Christopher que bajo los términos del acuerdo con el embajador Pezzullo yo estaba bienvenido a los Estados Unidos; pero que con base en aquellos comentarios del nuevo presidente, esa bienvenida ya había sido

BBCN

retirada. Entonces comentó que él hablaba a nombre de los más altos niveles de la Casa Blanca. Eso, por supuesto, quería decir una sola persona: Jimmy Carter.

Una vez más me tocaba enfrentarme con la traición de Jimmy Carter. Yo había seguido el plan de los Estados Unidos al pie de la letra. Para salvar el futuro de la Guardia Nacional y del Partido Liberal, yo quería ajustarme al plan punto por punto. Yo había hecho comprender a todos los jefes militares la importancia de aceptar fielmente y en su totalidad el plan de Pezzullo, y así había sido aceptado por el general Mejía y el nuevo Estado Mayor. Entonces descubría que me estaban haciendo responsable de un comentario hecho por el nuevo presidente de Nicaragua, mientras yo estaba ya camino de Miami. El señor Carter y su Departamento de Estado estaban haciéndome responsable de cosas sobres las cuales yo no podía tener ningún control.

El recién destituido dictador de Nicaragua colgó el audífono y empezó a meditar sobre dónde lo llevarían sus obligados vagabundeos en busca de un refugio seguro. En ese momento le quedaban exactamente catorce meses de vida.

2

Fue Armando, de manera típica, quien llevó las cosas a un punto culminante. El equipo explorador de un solo hombre —Santiago— había salido hacía diez días para Panamá y todos estuvieron de acuerdo en que fuera él, Santiago, quien hiciera la llamada transatlántica cuando tuviera noticias. De todas maneras, tenían el número de su hotel.

—¿Llamamos a Santiago para ver si ha hecho contacto?

Los dos hombres estaban sentados en la minúscula sala de estar del apartamento de Ramón, en un pueblecito de pescadores cerca de Barcelona. Pese a los esfuerzos decorativos de Raquel —unos cuantos afiches de solidaridad en las paredes y un jarro de vidrio con un ramo de flores frescas sobre la mesita de centro— la habitación conservaba la austeridad de una vivienda alquilada temporalmente por exiliados: precisamente la realidad.

Ramón encendió un cigarrillo y exhaló humo sobre las flores. Habían sido dos años difíciles para todos ellos. Sobre todo para Armando que recién hacía seis meses había salido de Argentina después de varios años de cárcel y clandestinidad. Y aquí estaba, con la cabeza en alto y su fornido cuerpo echado hacia adelante como un veterano caballo de guerra, pensó Ramón, atento a la lejana llamada de la corneta.

El núcleo estaba reunido de nuevo —por lo menos podían comunicarse fácilmente— después de haber aguantado las tormentas de desacuerdos y divisiones que la oposición había cuidadosamente alimentado. Ese episodio abrumador quedó dichosamente atrás, así como también las vicisitudes de 24 meses atravesando fronteras europeas con documentos falsos y tratando de conseguir cualquier trabajo que asegurara la sobrevivencia. Ramón, durante meses, había ido de puerta en puerta en Madrid vendiendo bisutería barata antes de encontrar el enchufe para establecerse como agente de bie-

nes inmuebles en el pueblito catalán, cada vez más estropeado por la invasión de turistas.

Aunque el grupo tenía algunos fondos, eso no podía tocarse: era para la revolución y una de las reglas inflexibles de la organización era que cada militante que pudiera mantener la legalidad debía asegurarse la subsistencia por sus propios medios hasta que no tuviera otra alternativa que sumergirse en la clandestinidad y, aún así, debía tratar de vivir de su trabajo.

Todo es relativo, reflexionó Ramón. Su vida de ahora, acompañado de su esposa y dos hijas, era un modelo de felicidad y bienestar doméstico comparada con la dura y amenazada existencia que había llevado por tanto tiempo, antes de dejar la Argentina, casi un año después del golpe de Videla. Era igual para el resto de la militancia. Ramón sabía que la vida del exilio, aparentemente cómoda, era un sutil pero mortal elemento corrosivo que debilitaba la voluntad.

Repasó mentalmente la lista de compañeros de la organización, homogéneos políticamente y buenos combatientes, que podían y debían volver a luchar.

Como nos diría Susana en tono vehemente, pensando en el destierro europeo del grupo:

> Ellos son los que pelearon por el regreso al país, por la vuelta a América Latina, por conservar la confianza en la revolución. Pelearon por todo eso estando en Europa, que prometía todo lo lindo y nosotros íbamos hacia todo lo feo, íbamos sin nada, porque empezábamos de cero.

—¿Vamos a llamar a Santiago?

La pregunta quedó colgando en el aire y Ramón inhaló humo de su cigarrillo antes de contestar.

—No —decidió abruptamente—, vámonos aunque no haya hecho contacto. Por lo menos estaremos en América Latina.

Relaciones amistosas entre el FSLN nicaragüense y el ERP argentino habían sido establecidas años antes cuando Carlos Fonseca y Mario Roberto Santucho iniciaron el contacto. Ramón había retomado el hilo hacía menos de un año, cuando fue invitado a La Habana para asistir al aniversario de celebración del asalto al Cuartel Moncada. Fue entonces que hizo amistad con Jacinto Suárez, un cuadro

sandinista. Cuatro semanas después, en agosto del 78, allí mismo en La Habana, ambos escucharon la noticia del asalto al Palacio Nacional, por un comando de 25 sandinistas. Se tomó el enorme edificio en un golpe relámpago, manteniendo a mil 500 rehenes adentro (incluido todo el Congreso nicaragüense), durante dos días, hasta que Tachito atendió sus demandas y dejó libres a todos los prisioneros del Frente que habían sobrevivido a las torturas.

Fue en ese momento que Ramón propuso la posibilidad de participar en el derrocamiento de Somoza. El grupo que dirigía había sobrevivido y su objetivo final de volver a la Argentina requería una minuciosa preparación. Entre otras cosas tenían que elegir el momento político propicio.

Suárez prometió que haría arreglos para recibirlos en cuanto hubiera una coyuntura favorable. Ninguno de los dos previó la casi espontánea insurrección nacional que iba a seguir inmediatamente después del asalto al Palacio Nacional. El Frente se puso a la cabeza, pero le faltaba un plan coordinado para la batalla. La Guardia de Somoza pudo concentrar sus fuerzas de élite contra las ciudades que se rebelaron y aplastarlas una tras otra en cosa de semanas.

No fue sino hasta mayo de 1979 que llegó el mensaje y Ramón respondió inmediatamente enviando a Santiago a Panamá para hacer contacto con el FSLN y arreglar la llegada del resto del grupo.

—Llamaré a los otros y les diré que estén listos para salir —dijo Ramón aplastando el cigarrillo en un cenicero—, vos llamá a una agencia de viajes y reservá cinco pasajes para mañana por la noche.

Dos días después, Ramón, Armando y tres más del grupo aterrizaban en el Aeropuerto Internacional de Panamá en las primeras horas de la mañana. Armando recuerda:

> Nos metimos en un hotelucho porque no queríamos gastar demasiado dinero y lo encontramos a Santiago a las 8 de la mañana.
> —Hoy tengo que ir a una cita,— nos dijo— no sé si vendrá, hasta ahora no me he enganchado con nadie.
> Lo volvimos a ver a las 10 de la mañana y ya se había conectado con el enlace del Frente. Tuvimos una reunión

con ellos y nos propusieron salir en un avión cargado con medicamentos para el frente de guerra.
—¿Quieren ir? —nos pidieron.
—Sí, ya, ya, ya. Busquemos las valijas en el hotel y vamos —dijimos al unísono.
Pocas horas más tarde aterrizamos en un aeropuerto. Había militares allí. Nosotros pensábamos: ¿Dónde estamos? Era en la frontera de Costa Rica. Creo que era Liberia. Estuvimos un par de días en una casa y después nos metieron en un camión para el Frente Sur, de noche. Me acuerdo que esa noche estuvimos con José Valdivia.
—Métanse en algún agujero por ahí, —dijo— porque dentro de poco van a empezar a llover morterazos.
Nuestra guerra había sido más de guerrilla, no una guerra así regular. Empezaron a caer morterazos y no sabíamos dónde meternos. Un susto horrible, pero a los pocos días entramos en la dinámica.

Santiago, que había tenido experiencia como instructor de combate en Argentina, fue destinado a un comando de entrenamiento y pasó las primeras semanas en el Frente Sur enseñándole a la gran cantidad de reclutas novatos, los elementos básicos de cómo manejar un arma, puntería y táctica de combate. Armando, buen chófer y mecánico, fue asignado a un comando de transporte conocido como *La Veloz*, para llevar camiones cargados de municiones y alimentos a la línea de fuego y traer a los heridos al hospital de campaña. Ramón narra su estancia en Sapoá:

> Personalmente no desarrollé ninguna acción ofensiva, sólo me limité a evitar que me cayera una bomba encima y colaborar en otras cosas. Como no hubo en ese momento ninguna incursión de infantería enemiga, ni me enviaron a atacarlos a ellos, estuve en una posición defensiva. Era la primera vez que nosotros participábamos en un enfrentamiento de características regulares, con artillería, defensa de posiciones y ataques aéreos permanentes. Fue una gran enseñanza.

Cuando empezó la ofensiva final el 28 de mayo de 1979, la columna Benjamín Zeledón que había lanzado el ataque en el Frente Sur, se componía de 450 efectivos. El Naranjo, en la costa del Pacífico, fue el punto de ataque. Después de atraer un contraataque, la columna del Frente se retiró para lanzar una nueva ofensiva. Tomaron Peñas Blancas y Sapoá, y empezaron su empuje hacia el norte para tomarse la estratégica ciudad de Rivas.

Ya para ese entonces la columna había aumentado a 800 efectivos y Santiago y otros instructores trabajaban día y noche entrenándolos. Las unidades de élite de la Guardia Nacional habían sido enviadas desde Managua hacia el sur para contrarrestar esta ofensiva.

El alto mando sandinista había proyectado el ataque en el Frente Sur precisamente para eso: inmovilizar las unidades de élite de Somoza mientras los otros cinco frentes de la guerrilla atacaban en otros puntos del país.

Durante siete semanas la columna Benjamín Zeledón llevó el peso de los feroces contraataques de la guardia, los fue aplastando uno por uno y volvió sobre la ofensiva con la amenaza de tomarse Rivas e instalar allí un gobierno revolucionario provisional.

Un cargamento de morteros y lanzacohetes que había sido esperado por largo tiempo llegó por fin y aumentó enormemente el volumen de fuego de los rebeldes. Ya para entonces el comando de entrenamiento estaba funcionando sin dificultades y Santiago, que también era experto en artillería, fue destinado a una unidad artillera y se integró a la lucha.

Los cuatro días finales en el Frente Sur fueron los más duros en esta breve guerra. La columna había crecido a dos mil efectivos y la última contraofensiva somocista fue rechazada el 15 de julio. En medio de una batalla continua las tropas del Frente iniciaron una nueva ofensiva para romper la línea de la guardia. Se completaron los arreglos necesarios el día 17, fecha en que Somoza huyó de Nicaragua hacia Miami. Ramón oyó la noticia en la radio del improvisado puesto de mando y pensó:

"Se escapó el viejo cabrón. Ojalá alguien lo mate."

No había nadie con quien compartirlo y de nuevo se volvió a sumergir en los detalles de la próxima ofensiva.

Durante la noche del 17 de julio, las tropas de la guardia se retiraron en silencio y cuando despuntó el alba del 18, las trincheras frente

a la línea de batalla del Frente estaban vacías. El planificado ataque fue reorganizado a prisa, convirtiéndose en una parada triunfal.

Alrededor de 500 efectivos se quedaron para resguardar las posiciones, y los otros mil 500 se apretujaron en unos 200 camiones, jeeps y algunos vehículos requisados y empezaron su procesión hacia Managua. Las tropas de la guardia en retirada viraron hacia el mar y cayeron sobre el pequeño puerto de San Juan del Sur. Allí se apoderaron de remolcadores, lanchones y barquitas de pescadores y huyeron por la costa hacia El Salvador.

Ramón afirma que la columna Benjamín Zeledón permitió aquella fuga y continuó hacia el norte, donde se pensaba que el peso de sus efectivos y su artillería podía marcar la diferencia en la batalla por Managua.

> Salimos en una interminable fila de jeeps y camiones hacia Managua. Por cada lugar que pasábamos la muestra de alegría y de alivio popular era inmensa. El pueblo entero estaba en las calles festejando. En cada pueblo o ciudad nos daban comida, agua, nos hacían entrar a las casas y nos daban café; en Managua, el recibimiento fue mayor. Durante gran parte del viaje, apretujado en un camión, pensé en mi país. A veces me imaginaba que la felicidad que toda la gente reflejaba por liberarse de la opresión, era la felicidad que se manifestaría en mi pueblo cuando llegara ese día. Pensaba en las cosas que no habíamos hecho bien antes y cómo corregirlas. Estaba convencido de que un día como este llegaría a la Argentina. Creo que ha sido lo más importante de nuestras vidas hasta ahora.

No se dio la batalla de Managua. Cuando los combatientes del Frente Sur llegaron, Urcuyo el Breve había tomado el último avión hacia Guatemala, la Guardia había depuesto sus armas y huido en desorden y el gobierno civil se había disuelto completamente.

Ramón, Armando, Francisco y Santiago se encontraron al día siguiente, el 19 de julio, en medio de cientos de miles que llenaban la recién bautizada Plaza de la Revolución para darle la bienvenida a la Junta que llegó desde León.

3

El vuelo COPA de las 2 p.m. proveniente de Panamá aterrizó puntualmente en el aeropuerto Augusto C. Sandino de Managua, corrió por tierra hacia su círculo de estacionamiento y se detuvo frente a la terminal. Las tres muchachas fueron de las primeras en desembarcar al calor pegajoso y sofocante de Managua.

—Miren —señaló Julia con la barbilla una enorme bandera extendida sobre la puerta—, estamos en la Tierra Prometida.

El estandarte decía: "Bienvenidos a Nicaragua Libre". Debajo, un compa adolescente, vestido con un uniforme verde olivo demasiado grande para él y calzado con botas de infantería gastadas, custodiaba la entrada. Un fusil FAL, que también le quedaba grande, colgaba de su hombro con el cañón sobrepasándole la cabeza.

Apenas habían pasado unos días desde el triunfo y el tráfico aéreo con Nicaragua aún no se había normalizado. Oficinas consulares a través de toda América Latina y Europa permanecían cerradas mientras los diplomáticos somocistas esperaban, incómodos, instrucciones de las nuevas autoridades. Apenas un puñado de pasajeros se dirigió a la sala de tránsito con las tres muchachas; el resto había leído acerca del monumental desorden que reinaba en Managua durante ese período y cautelosamente prefirió quedarse en el avión durante la breve escala técnica de paso a Guatemala.

Los ojos de Susana escudriñaron el salón, fijando de pronto la mirada en un compa flaquito que guardaba la puerta de salida.

—Ese —decidió—, andá, hablale, Julia y convencelo.

Julia era la ideal para esa tarea: una rubia esbelta de facciones finas y ojos de gata. Se acercó al muchacho y lo paralizó con su sonrisa.

—Perdón, compañero —le dijo—, tengo que hablar con el responsable de la aduana. Es urgente.

El rostro del muchacho se iluminó:

—Con todo gusto, señorita —le sonrió—, un momento.

Llamaba a alguien a los gritos. Julia les hizo señas a las otras dos de que se acercaran. Cuando el centinela se volvió hacia ella, las tres estaban juntas y Julia anunció con aire de princesa: —Ellas vienen conmigo.

Llegó una mujer diminuta, con una hermosa cabellera negra y una subametralladora Uzi colgada del hombro. Su uniforme estaba bien planchado y tenía las botas impecablemente lustradas. Ella las iba a llevar a ver al "responsable" del aeropuerto.

—¿Dónde peleaste vos? —le preguntó Ana mientras cruzaban el vestíbulo.

—En el Frente Rigoberto López Pérez —contestó—, estuve en el asalto al Fortín de Asososca y después bajamos allí por Nagarote y la Carretera Nueva desde León. Fue bien duro. Perdimos muchos compañeros.

Tocó una puerta con los nudillos, esperó la respuesta y las condujo a una oficina pequeña donde un joven con el uniforme arrugado, se quitó los lentes, frotó los ojos enrojecidos de cansancio, volvió a colocárselos y se levantó a saludarlas. Julia entró en acción de nuevo.

—Venimos de España —dijo—, estuvimos retenidas en Caracas unos días porque el aeropuerto aquí permaneció cerrado durante todo ese jaleo. Recién pudimos embarcarnos hoy para Guatemala. Lo importante es que allí en la bodega del avión hay tres cajas de instrumentos quirúrgicos y antibióticos destinadas al Hospital Militar. Las recogimos por medio de nuestro Comité de Solidaridad y hay que bajarlas inmediatamente, antes de que el avión despegue.

No hubo discusión, en pocos minutos las tres muchachas y el fatigado oficial de aduanas estaban en el área de estacionamiento dirigiendo la descarga de las tres cajas con el equipo médico y las maletas personales. No fue sino hasta que todo estuvo a salvo dentro del edificio que al muchacho se le ocurrió preguntarles por sus documentos de viaje. Tomó entre sus manos los tres pasaportes y subió una ceja.

—¿Argentinas? —preguntó—, ¿Dónde están las visas?

—Somos voluntarias internacionalistas —habló Susana por primera vez—, estuvimos exiliadas en España. Nuestros compañeros

están aquí. Pelearon en el Frente Sur. Tomás Borge debe saber dónde están.

El nombre tuvo el efecto anticipado. El muchacho suspiró. Todo era confuso. Se habría sentido infinitamente más cómodo conduciendo una escuadra a través de la selva de Nueva Segovia, que luchando para entender todo ese enredo burocrático que habían puesto en sus manos tres días antes. Además, en ese preciso momento, los motores del vuelo COPA empezaron a reverberar en el edificio y el avión se dirigía pesadamente hacia el punto de despegue.

—No había donde conseguir visas —dijo Susana atenta al efecto de sus palabras—, y tuvimos que comprar pasajes a Guatemala para poder desembarcar aquí y entregar el donativo.

El jefe de aduanas se pasó la mano por la frente. Le entregó los tres pasaportes al empleado de inmigración y le ordenó:

—Denles visas de entrada por un mes.

Les dio la mano a cada una de ellas y dijo en tono grave:

—Bienvenidas a Nicaragua Libre y gracias por su aporte.

Mientras se dirigía de nuevo a su oficina, las tras muchachas suspiraron, desplomándose sobre el montón de cajas y maletas.

—Llegamos —dijo Ana—, y ahora ¿que diablos vamos a hacer?

Años después Susana evoca aquello:

> Resulta que llegamos al aeropuerto de Managua y no sabíamos dónde estaban los compañeros, no sabíamos dónde ir. Todo se sentía tan irreal. Era como estar viviendo un libro. Macondo era Managua. Veníamos de Europa y no entendíamos nada. Nos encontramos en medio de todos esos niños tan bajitos como yo, todos armados y desaliñados. Los más grandes, barbudos, parecían recién llegados de la montaña. Los teléfonos no funcionaban. No había comunicaciones, no había autos, no sabíamos cómo íbamos a hacer.
>
> Recuerdo que yo no estaba bien de salud. Hacía poquito tiempo que estaba en tratamiento para una úlcera de estómago. Llegué bastante afectada por lo que habíamos pasado, más la ansiedad de llegar a Nicaragua. Veníamos un poco a tontas y a locas. Teníamos la desesperación de ver a los compañeros y de saber que estaban todos bien.

No sabíamos dónde estaban, no sabíamos si alguien había caído. Todo eso era demasiado para mí.
Las compañeras dijeron —Vos no te movás de acá, quedate con tus cajas.
Las cajas las traía yo a mi nombre. Me quedé allí sentada sobre una caja, rodeada de valijas. Las otras dos por fin encontraron un taxi y se fueron.

Julia y Ana le preguntaron al conductor del taxi donde creía él que sería lo más probable encontrar a los compañeros argentinos que habían peleado en el Frente Sur.

—Los extranjeros viven en "Las Colinas" —les aseguró arrancando a toda prisa. Las condujo por lo que había sido el sector industrial de Managua antes de que la fuerza aérea de Somoza bombardeara la ciudad. Todo lo que quedaba de ese sector eran hierros torcidos y ruinas ennegrecidas por el humo. Las barricadas de adoquines octagonales que defendían las entradas a los barrios orientales, estaban todavía en pie. Provenían de la planta de cemento de Somoza y formaban los inexpugnables muros que mantuvieron a raya a las tropas de la guardia durante los 17 días en que la insurrección resistió en Managua hasta su estratégico repliegue a Masaya.

El taxi trataba de evitar los baches en las calles que formaban el tablero vacío de ajedrez de los escombros. Lo que había sido el centro de Managua hasta el terremoto de 1972, era ahora, por interminables cuadras, una selva de malezas tropicales de dos metros de alto.

Las Colinas, pronto descubrieron las muchachas, era el área residencial más alejada del aeropuerto. La sugerencia del chofer había sido motivada más por codicia que por un genuino deseo de ayudar. Dieron vueltas sin sentido a través del vecindario, deteniéndose a veces para preguntarle a algún peatón si sabía algo de los compas argentinos.

Finalmente, cansadas ya de la infructuosa búsqueda, le dijeron al conductor que las llevara al Hotel Intercontinental. Julia había leído en una publicación reciente que Tomás Borge tenía allí su cuartel general y eso a lo mejor podía ayudarles a resolver su problema.

La secretaria de Borge no tenía idea de dónde podían encontrar a los argentinos y Julia se sentó a esperar en uno de los sillones del

vestíbulo mientras Ana se dirigía caminando al Hospital Militar, pocas cuadras más arriba, para informar que había tres cajas con equipo quirúrgico y medicinas que esperaban en el aeropuerto. También quería revisar la lista de pacientes en caso de que algún compañero hubiera sido herido.

Empezaba a oscurecer cuando ocurrió el milagro. Julia saltó de su silla al ver entrar al hotel la familiar silueta.

—¡Armando! —exclamó.

Este abrió la boca al verla. Corrieron el uno hacia el otro y mientras se abrazaban interminablemente, se disparaban preguntas sin poder creer en el encuentro.

—No puede ser. ¿Qué haces acá? ¿Cómo viniste?

—Vinimos. Las tres llegamos. Fue espantoso. Cayó Somoza y nosotras empantanadas en Caracas. ¿Tenés auto?

—Sí.

—Mirá, Ana está en el Hospital Militar y Susana todavía en el aeropuerto con todas las valijas.

—¿Ramón sabe?

—No. ¿Cómo podíamos comunicarnos?

Fueron por Ana primero y media hora después estaban en el aeropuerto recogiendo a Susana. Ella recuerda haber ido enloquecida durante el trayecto.

> Pasamos por esa zona de los escombros a 200 kilómetros por hora. Armando manejaba y yo le digo:
> —¿Qué te pasa, por qué vas tan rápido? Nos vamos a matar, loco.
> —Si no vamos así —dice—, los que nos van a matar son los guardias escondidos allí entre los yuyos.
> —Ah, no —le dije—, entonces metele pata.
> Nos pusieron a cada una en un lugar diferente. Yo me quedé donde estaba Armando.

Los dolores de estómago de Susana se aliviaron y esa noche durmió como un infante. El grupo estaba unido una vez más. Había terminado el exilio europeo.

4

*E*sa misma tarde, el mismo 17 de julio, —lamenta Somoza en *Nicaragua Traicionada*—, comencé los preparativos para salir de los Estados Unidos. Me parecía que el Sr. Carter iba a mandarme de vuelta a los marxistas de Nicaragua [...] Esa sí era una amenaza seria. Si yo sufría un extradición, lo menos que yo podía esperar del gobierno marxista de Nicaragua era el paredón y el pelotón de fusilamiento [...] Había pasado menos de seis horas en los Estados Unidos. Mandé al general Porras y a un grupo por delante a las Bahamas para hacer los arreglos que pudieran para irnos para allá. Después de haber pasado menos de dos días en los Estados Unidos estaba preparando mi viaje para irme a Georgetown en la isla de Gran Exuma.
La mayor parte de la gente del gobierno y de los militares que salió de Nicaragua el 17 de julio, lo hizo bajo la impresión de que algún día regresaría. Pezzullo me había dicho a mí y le había dicho a los miembros de mi Gabinete de que estarían fuera de Nicaragua no más de seis meses. Aquella gente, por tanto, había salido en la creencia de que muy pronto se iba a restructurar un nuevo gobierno, y que ellos podrían retornar después de un tiempo [...]

Cuando las tres mujeres llegaron a Managua, Somoza se había ido ya de Miami. Buscaba asilo temporal en el Caribe y hacía gestiones para encontrar un refugio permanente. Los problemas que había causado el Shah de Irán en sus andanzas, después de ser derrocado por la revolución de los musulmanes fundamentalistas, el 11 de febrero del 79, estaba muy presente en las mentes de todos los jefes de gobierno. La entrada del Shah a los Estados Unidos, para ser

sometido a una delicada operación, tuvo como resultado demandas y amenazas del nuevo gobierno iraní, exigiendo su extradición.

El Shah había abandonado ya los Estados Unidos cuando empezó la odisea de Somoza. Omar Torrijos, de mala gana, le otorgó refugio en Panamá, como favor personal a Jimmy Carter, que había logrado que el Tratado del Canal fuera aprobado por el Senado.

Ramón y sus compañeros estaban contentos de haber contribuido, al vertiginoso proceso revolucionario nicaragüense. Sin embargo, mientras el nuevo gobierno gradualmente se institucionalizaba, Ramón se preocupaba cada vez más de que su pequeño núcleo de militantes pudiera dispersarse en las múltiples tareas que requería la revolución. Además pensaba que la presencia del grupo en Nicaragua ya no era tan importante. Ramón tenía otros planes: volver a la Argentina cuanto antes y recoger los hilos de la lucha de liberación. Sabía que ese momento iba a llegar y había que prepararse.

Los tres amigos —Ramón, Santiago y Armando— acostumbraban reunirse una vez por semana en el restaurante *Los Gauchos* para compartir algunas cervezas y saborear un asado. El asado no era tan bueno como en Argentina, con chinchulines, molleja y todos esos adornos. Sin embargo, la carne de res nicaragüense era excelente y la manera de asarla despacio sobre los carbones les era lo suficientemente familiar como para despertarles la nostalgia por el Río de la Plata y hablar de la situación política y recordar los compañeros que se quedaron.

Esta vez, Ramón aprovechó para ventilar sus inquietudes sobre la situación poco esperanzadora de Argentina y el otro problema que le preocupaba: mantener cohesionado al pequeño grupo que estaba en Nicaragua.

—Yo veo que nos queda adelante un compás de espera antes de poder regresar —les dijo—. Por otra parte, nos enfrentamos con un época necesaria de transición si no queremos perder nuestra identidad primordial de revolucionarios argentinos.

Santiago y Armando estuvieron de acuerdo.

—Debemos pensar en algo concreto —prosiguió Ramón—, algo que motive a los compañeros a mantenerse unidos alrededor de un proyecto específico que absorba todas nuestras energías.

—Sin duda —asintió Santiago—, pero a la vez debe de ser algo que fortalezca los lazos que nos unen con los compañeros que han quedado dentro del país.

Ramón dejó suelto momentáneamente un hilo de la trama lógica que estaba tejiendo y recogió otro: la actividad contrarrevolucionaria cuya principal fuente eran las bandas de Guardias somocistas en la frontera de Honduras.

Estaba convencido de que alguien los mantenía allí, en campamentos provisionales, pero bajo disciplina militar y con un abastecimiento adecuado de alimentos y municiones. Alguien los mantenía allí, animándolos para que irrumpieran periódicamente en territorio nicaragüense.

Somoza a su vez hacía frecuentes declaraciones jactanciosas, sobre sus planes de volver triunfante a Nicaragua una vez que Jimmy Carter, su archienemigo, hubiera dejado la presidencia. Los fondos para sostener esas bandas paramilitares que robaban ganado y masacraban gente venían, según los informes periodísticos, desde Miami. Somoza pues, invertía algo de su mal habida fortuna en el apoyo de un potencial ejército para la contrarrevolución. Ramón no dudaba que la CIA muy pronto tomaría la responsabilidad de suministrar la mayor parte de los fondos, si es que no la había hecho ya, pero igual, Somoza, pese a estar en el exilio, era la figura principal, el aglutinante de los contras: el hombre al que los exoficiales de la Guardia permanecían leales, el único individuo que les brindaba la esperanza de que algún día regresarían a Nicaragua.

—Da rabia pensar que ese criminal está gozando de sus millones en Paraguay —refunfuñó Armando—, mientras trata de destruir esta revolución.

—Desde luego, encontró el lugar ideal para eso —asintió Santiago—. Leí en alguna parte que Samuel Genie tiene por lo menos doce hombres de su seguridad velándolo día y noche, aparte de la policía y las fuerzas de seguridad de Stroessner. Seguro que eligió una fortaleza parecida al bunker de Tiscapa para vivir.

Ramón contuvo una sonrisa. La conversación iba encarrilada exactamente como él había previsto.

—Sin embargo, debe estar preocupado —musitó—. Según los periódicos casi no se lo ve. No aparece en los clubs nocturnos ni cosas por el estilo.

—En Asunción no hay vida nocturna —resopló Armando—, es la muerte en bicicleta.

—Un lugar tranquilo —se encogió de hombros Ramón—, lo que necesita para su corazón. Probablemente va a morirse de cirrosis al hígado a los 85 años.

—¡Ah no! —saltó Armando—, sería una vergüenza histórica permitir que ese asesino se muera tranquilamente en su cama de tanto beber guaro.

—Tiene razón Armando —dijo Santiago.

Era el momento que Ramón esperaba. Puso las dos manos sobre la mesa y se echó hacia atrás en su silla.

—Bueno. Entonces ¿por qué no hacemos algo al respecto?

5

Ramón contuvo la risa ante la sorprendida expresión en el rostro de sus amigos.

—Bueno, ¿por qué no? —repitió—. Vos, Flaco —se dirigió a Santiago, que había entrecerrado los ojos mientras asimilaba la idea—, serás el abogado del diablo. Decinos por qué no podemos hacerlo.

Santiago empezó a hablar pausadamente, como pensando en voz alta.

—En primer lugar, ahora que los Somoza no están más, la dictadura de Stroessner es la más vieja en América Latina —dijo—. Ha estado en el poder, ¿por cúanto tiempo? Veinticinco años van ya, y no tiene oposición organizada en el país. Se las ha arreglado para hacer lo que no pudieron los Somoza aún matando a Sandino: ha aplastado todos los intentos. A pesar de la historia de lucha del pueblo paraguayo, se las ha arreglado para mantenerse, lo cual quiere decir que tiene excelente servicio de seguridad, informantes por todo el país. Tendremos que lidiar con ellos antes de acercarnos a Samuel Genie y a sus matones.

—O a lo mejor —lo interrumpió Ramón—, descubrimos que la seguridad de Stroessner se ha descuidado, que sus agentes se sienten tranquilos debido a que no han tenido grandes problemas desde hace tanto tiempo.

—No estés tan seguro —intervino Armando—, acordate que en el 72 cuando recuperamos todas las armas del Batallón 141 en Córdoba, unos compañeros paraguayos nos convencieron para entrar algunas a su país. Nunca supimos lo que pasó con ellas, no tuvimos más noticias de los compañeros, nunca dijeron nada los periódicos. La pampa se los tragó. A eso le llamo yo eficiencia.

—Bueno —asintió Ramón—, dejemos ese punto abierto hasta que sepamos más. ¿Cúal es tu próxima objeción, Flaco?

—Un apéndice de la primera —dijo Santiago—. Tenemos que movernos en territorio desconocido, un campo minado de peligros imprevisibles, sin poder contar con el apoyo de una infraestructura. Tendríamos que improvisarlo todo allí mismo, en territorio hostil: casas de seguridad, procedimientos, transporte, acarreo de armas, todo, empezando de cero. Además de eso somos extranjeros, argentinos, no te olvidés.

—Hay centenares de argentinos que cruzan el río todos los días para contrabandear —dijo Ramón—. Podemos mezclar algunos de los nuestros entre ellos. Pensá en los problemas que tendría un comando de centroamericanos para hacer algo así. Los detectarían en seguida. Cada centroamericano que está en Asunción debe estar bastante controlado desde que llegó Somoza. Para nosotros sería mucho más fácil.

—Además —resopló Armando—, los sandinistas están tratando de hacerlo todo legalmente; piden la extradición, ¿se dan cuenta? Ellos son un gobierno, no pueden hacer otra cosa, pero estoy seguro de que eso le vale madre a Somoza. Stroessner ha estado protegiendo a los criminales de guerra nazis y a las mafias internacionales de drogas por más de veinte años. Se ha hecho rico con eso.

—No pienso que va a ser fácil —dijo Ramón—, pero veamos los factores positivos. Será una operación costosa pero tenemos dinero suficiente para una cosa así. Necesitaremos armas pero, como vos bien señalaste, Armando, ya hemos pasado armas al otro lado, y lo más importante de todo es que contamos con algunos compañeros para hacer el trabajo.

—Hmm —dijo Santiago incierto—, no podemos meternos así no más en una operación como esa. Tenemos que elegir con mucho cuidado a nuestra gente y entrenarla para cada eventualidad que pueda presentarse.

—Es cierto —asintió Ramón—, debemos iniciar un programa de entrenamiento y ver qué clase de preparación necesitamos y qué número de compañeros. Vos podés encargarte de eso, Flaco. Pero bueno, nos estamos adelantando mucho. En primer lugar, ¿alguno de ustedes tiene objeciones para tomar parte en este operativo? Objeciones de tipo ético, por ejemplo.

Santiago negó vigorosamente con la cabeza.

—Sería hacerle un favor a la humanidad —irrumpió Armando— todos hemos visto las cosas horribles que Somoza hizo aquí: las fosas comunes de niños, los chicos en la calle con las dos manos cortadas, cómo mataba miles de gente inocente con bombardeos indiscriminados. Por mi parte —prosiguió Armando encandilado—, pienso que todos estos dictadorzuelos deben empezar a acostumbrarse a que la justicia revolucionaria está siempre alerta, que no es cuestión de matar, asesinar y después irse tranquilitos con todos sus millones y sus custodias.

—Sería hacerle un favor a la revolución nicaragüense —musitó Santiago.

—Y no sólo eso —agregó Ramón—, sería un gesto de solidaridad latinoamericanista que sentirían Pinochet, Videla, los generales sin rostro de Uruguay, para no hablar del mismo Stroessner. Además, si es cierto que nunca fuimos imprescindibles acá, también es cierto que ahora lo somos mucho menos y creo que lo mejor que podemos hacer por Nicaragua es lo que estamos hablando. Nos corresponde seguir el camino hasta cumplir con nuestros hermanos que dieron la vida en Argentina y no pudieron ver su revolución, ¿no es así?

—Es hora de que nos vayamos a retomar nuestra propia tarea, esa la tenemos que hacer nosotros los argentinos, como los nicaragüenses hicieron la suya —continuó Ramón—, pero estamos conscientes de que todavía, en nuestro caso, no conviene que volvamos al país.

Los otros asintieron y Armando preguntó:

—¿Les vamos a decir a los sandinistas?

—Ni una palabra —lo cortó Ramón contundente—. El solo hecho de que se los digamos los comprometería; ellos ya no son guerrilleros, dirigen un estado. No creo que lo aprobarían. Por las dudas, mejor no digamos nada. Después, si lo hacemos y podemos decírselos se lo diremos. Ni una palabra a Susana, a Julia, a los otros compañeros. A nadie, ¿entendido?

Armando se encogió de hombros.

—En cierto momento los demás tendrán que saber —se atrevió.

—Llegará ese momento —le aseguró Ramón—, pero sólo para aquellos que formarán parte del grupo. Antes de que eso suceda tenemos mucho trabajo por delante. Vos, Gordo, debés empezar a coleccionar todas las informaciones que existan sobre las actividades de Somoza en Asunción: dónde vive, en qué negocios está meti-

do, qué amigos frecuenta, cuántos son sus guardaespaldas, además de Genie, si su carro es blindado, etc. Empezamos de cero y cualquier miga de información puede ser valiosa.

Armando se alegró visiblemente con la perspectiva de una tarea concreta.

—Voy a esbozar varios planes operativos y calcular el número de gente necesaria para distintos casos —prosiguió Ramón—. Hay que hacer arreglos para un futuro traslado de armas. Tenemos que tratar de imaginar cómo podría actuar un dictador en el exilio, un tipo que todavía tiene un objetivo político y una capacidad económica muy grande. Un hombre que ha sido el eje de toda la posición reaccionaria por tantos años. ¿Cómo funcionará su mente ahora?

Armando, Santiago y Ramón se repartieron tareas y siguieron reuniéndose una vez por semana para informar sobre los progresos que habían hecho.

Armando empezó por visitar los dos periódicos de Managua y con gran cuidado revisó todas las copias de los pasados tres meses en busca de referencias acerca de las peregrinaciones de Somoza y de su afincamiento en Asunción. Los resultados, en su mayoría, fueron decepcionantes. Tuvo más suerte cuando extendió su búsqueda a la sección de periódicos de las dos bibliotecas universitarias y al salón de lectura del Ministerio del Exterior. Después de varias semanas de trabajo se convenció de que casi toda la información vital requerida, tendría que ser obtenida en el lugar mismo, observando, vigilando y caminando por las calles de Asunción.

Santiago, mientras hacía oficialía durante la noche en el puesto de mando del batallón, tenía siempre frente a él un cuadernito que había iniciado con tres frases numeradas:

1) Entrar sin levantar sospechas.
2) Hacer el trabajo sin que te agarren.
3) Salir sin dejar huella.

Simplicidad clásica, pensó. Todo lo que tenemos que hacer es producir y documentar una identidad falsa. Una vez conseguido eso, vivir esa identidad sin cometer errores por un período X de tiempo, mientras nos concentramos en el blanco sin llamar la atención de la seguridad, la policía local, los guardaespaldas y los vecinos chismo-

sos. Luego, cómo poner una trampa infalible; traer todo el material técnico necesario para hacer el trabajo, usarlo rápida y eficazmente en el momento oportuno, recoger las cosas sin dejar señal alguna y desaparecer sin ruido por la ruta preestablecida. Durante el interludio aprender a arreglar encuentros clandestinos, pasar información y órdenes, detectar la vigilancia y escaparse de ella sin levantar ni la más mínima sospecha, vivir la leyenda de manera convincente y moverse con anonimidad transparente en una ciudad que no nos es familiar, por un indeterminado período de tiempo.

—No será tan difícil. Exigirá a lo sumo un curso de tres meses de ocho horas diarias, contando sábados y domingos.

Se inclinó sobre el cuadernito y empezó a escribir con la letra clara y precisa de un maestro de escuela.

Ramón silbó mientras preparaba una improvisada colchoneta para planchar y la colocaba, alisándola con las manos, sobre la mesa de la cocina. Humedeció su dedo índice con la lengua y tanteó la plancha eléctrica. Estaba caliente. Sacó de su bolsillo un pañuelo limpio, lo puso bajo el grifo unos segundos y lo retorció hasta que estuvo casi seco. Por último, cogió de su escritorio en el cuarto adjunto una hoja de papel blanca, la cubrió con el pañuelo húmedo y se puso a plancharla, primero de arriba para abajo y luego de lado a lado hasta que estuvo sin arrugas y seca.

Desconectó la plancha, levantó el pañuelo y puso la hoja de papel a contraluz. Lucía prístina, virgen. La examinó desde varios ángulos, siempre a contraluz, y sonrió satisfecho. Como era su costumbre, se deshizo de todas las evidencias de su reciente actividad. Dobló el pañuelo, lo volvió a colocar en su bolsillo, guardó la sábana en el armario y puso la plancha sobre el fregadero para que se enfriara. Se sentó frente a su escritorio, colocó la hoja de papel en la máquina de escribir y empezó a teclear:

San José, Costa Rica
28 octubre 1979

Querido Mario:

Espero que ésta los encuentre bien a vos y a los tuyos. Aquí el negocio se mantiene más o menos. A veces me pregunto ¿cómo se me ocurrió abrir un restau-

rante gaucho en un país donde el turismo internacional está por los suelos...

La hoja de papel contenía otro mensaje invisible, salvo para los ojos de Mario:

¿Podrías decirme si tenés en existencia 2 rifles automáticos de asalto, uno con mira telescópica, 2 pistolas Browning de 9 milímetros, 2 subametralladoras Ingram, 1 bazuka RPG-2 con dos proyectiles, 4 granadas de fragmentación? Si los tenés, por favor asegurate que funcionen bien y estén listos para enviarlos junto con la munición. Esperá nuevas instrucciones.

Ramón.

Ramón también les había escrito, en días pasados, acerca de un tema distinto, a otros compañeros en Venezuela, Colombia y Perú. Mientras esperaba su contestación podía concentrarse en refinar el programa de entrenamiento junto a Santiago y dedicarle más tiempo a la selección de los miembros del futuro comando.

6

La fiesta de la Noche Vieja para despedir a 1979 fue un éxito. Armando, que gozaba casi tanto cocinando como comiendo, se hizo cargo del asado argentino. Susana atendía y servía los tragos. Alguien comentó que ésta era la primera vez, desde que llegaron a Managua, que se volvían a encontrar. Levantaron sus vasos y brindaron. Ramón, sentado en una mecedora, sonreía.

El ambiente era abierto, alegre, casi ruidoso. Sin duda contribuyó a ello los "nicalibres" de ron extraseco y limón atiborrados de hielo que preparó Susana.

Después de la cena el Flaco Santiago le dio cuerda a la fiesta bailando un solo de malambo.

—¡La guitarra, la guitarra! —comenzaron todos a corear—. Santiago la fue a buscar, empezó a rasguear las cuerdas de "Mi Buenos Aires querido" y todos cantaron a coro tangos, zambas, milongas y chacareras. El Flaco recordó las calles polvorientas de su Santiago del Estero, la aridez de aquel paisaje que tanto contrastaba con el verde de Managua en invierno. Por la mente de Ramón pasaban los recuerdos de las riberas del Paraná. "¿Cómo estará la vieja?" pensó, "¡Qué ganas de abrazarla!"

Antes de que se dieran cuenta llegó la media noche con el ruido de matracas y cohetes voladores que les hizo evocar las últimas batallas en el Frente Sur.

Ramón se puso de pie y propuso un brindis por la Revolución Sandinista y otro por un pronto regreso a la patria.

—Bueno, compañeros —prosiguió mientras los demás bajaban sus vasos—, creo que como ya se los he dicho a todos por separado, es hora de que continuemos con nuestra tarea antes de que acabemos como Armando allí.

Armando se puso colorado y agachó aún más la cabeza sobre el hueso que estaba royendo.

—Por eso mismo —continuó—, Santiago ha preparado un curso intensivo de entrenamiento que esperamos sea útil. Dentro de una semana, más o menos, saldremos en pequeños grupos a Bogotá. Tenemos ya el lugar listo para instalarnos. El curso comenzará el día 15 de enero. En esos próximos dos o tres meses tendremos la oportunidad de conocer mejor como están nuestras capacidades y aptitudes.

La noticia merecía otro brindis, aunque ya todos sospechaban algo por el estilo.

Habían escogido Colombia como lugar de entrenamiento ya que allí los argentinos no necesitaban visas y les daban tres meses de permiso renovables. Además, Ramón pensaba que Bogotá era una ciudad grande que posibilitaba movilización y anonimato.

El lugar de entrenamiento era una finca a dos horas al sur de Bogotá con una casa suficientemente amplia para todos. Había vecinos relativamente cerca pero no se veían desde allí.

En las primeras semanas de enero, empezaron a llegar escalonadamente los miembros del equipo, se comenzó a organizar la escuela-residencia, se asignaron turnos para cocinar, limpiar y vigilar 24 horas al día. Pese a que la casa estaba apartada, se estableció que durante el día sólo tres de ellos podían estar en el jardín para no levantar sospechas en caso de una visita inesperada.

Ramón contaba con la colaboración de revolucionarios colombianos que los instruyeron sobre como moverse en Bogotá y les facilitaron dos carabinas .22 con mira telescópica, dos pistolas 9 mm., dos fusiles M-16, un fusil FAL y dos subametralladoras 9mm. además de detonantes, mecha lenta y algunos tacos de TNT.

Dentro del equipo, Ramón y Santiago aún no sabían quiénes iban a ser seleccionados para formar parte del comando. Sin embargo, en las primeras semanas, muchos empezaron a percibir la magnitud del operativo.

Comenzaban el día con rigurosos ejercicios de gimnasia seguidos de un curso de karate impartido por Santiago. Eso servía en parte para compensar la rutina sedentaria de estar confinados dentro de la casa, estudiando todo el día.

Ramón se hizo cargo de la teoría, la práctica conspirativa y los métodos de trabajo utilizados por los servicios de inteligencia y

contrainteligencia en el Cono Sur. Ana le ayudó en todo lo que se refería a falsificación de documentos.

Uno de los cursos era sobre técnicas de comunicación clandestina: claves, escritura secreta, el aprovechamiento de buzones naturales para dejar y recoger mensajes.

Otro se trataba de fabricación de leyendas para cualquier ocasión, la necesidad de no llevar encima nada que contradijera la leyenda, métodos de disfraz y técnicas para moverse sin llamar la atención; saber escoger lugares para una reunión clandestina, sistemas para pasar mensajes escritos sin ser detectados.

Incluso había un curso de chequeo y contrachequeo que casi parecía un juego infantil. Les brindaba la oportunidad de variar la rutina claustrofóbica y pasar un día en Bogotá de vez en cuando. El juego consistía en lo siguiente: dos personas confabulaban una reunión clandestina en alguna parte de la ciudad desde dos puntos de partida conocidos por todos. Los demás tenían la obligación de seguirlos sin ser detectados y observar sus movimientos: ver si dejaban o recogían algún mensaje, si se comunicaba o se reunía con el otro, etc.

Armando, que era de los que más gozaban con el juego, ganó la competencia con creces cuando, disfrazado con sombrero ancho y sandalias de campesino, le alquiló un carretón, a precio exorbitante, a un sorprendido vendedor de helados, pasó el punto de partida campaneando sin ser detectado por los demás y cumplió tranquilamente su misión.

Media hora después regresó, le regaló un helado a cada uno de sus despistados perseguidores e insistió en llevarlos a almorzar a una marisquería de muy buen aspecto que había descubierto durante su caminata.

Cada miembro del equipo se familiarizó con los diferentes tipos de armas que tenían a su alcance. Aprendieron a armarlas y desarmarlas en la oscuridad.

> Yo no tenía mucha experiencia militar —recuerda Susana—. Una vez estábamos allí en la montaña haciendo una práctica de tiro. Yo estaba de pie y Santiago detrás mío. Tenía que hacer un tiro de rodilla en tierra con un fusil M-16. Cuando apreté el gatillo, por un defecto de la munición, el arma reventó por dentro y se desbarató hacia abajo

y hacia atrás. Yo instintivamente la solté. Estaba sorda y tenía una parte de la cara que me ardía. Al arma le salía humo por todos lados, estaba hirviendo, no se podía tocar. La parte del cañón quedó como una lata reventada.
Santiago inmediatamente me levantó, me puso junto a él, me abrazó fuertemente y me dijo que no era nada. El susto fue horrible. Sin embargo no me quedé con miedo, porque en ese preciso momento yo le tenía a Santiago junto a mí y él me sacó de eso.
Santiago era sereno, tranquilo. Tenía una característica fundamental frente a los compañeros: era maestro; siempre nos estaba enseñando. Durante toda su militancia se la había pasado construyendo escuelas políticas y militares. Transmitía seguridad. Yo lo conocía desde el 73. Militamos en la misma provincia de Córdoba. Santiago ya era famoso. Era "El Capitán Santiago".

Bajo su dirección los estudiantes aprendieron a preparar y a hacer estallar las cargas explosivas. Todos llegaron a ser expertos tiradores y aprendieron cómo manejar una bazuka. Aprendieron también que en enfrentamientos con pistolas, el que dispara los dos primeros tiros es casi siempre el ganador. Se les ejercitaba constantemente en las tácticas militares básicas de pequeñas unidades: cómo sacar ventaja del escondite natural, cómo cubrir con fuego a un compañero momentáneamente expuesto, cómo gatear y rodar sin atascar el arma y todo el resto inmemorial del arte de infantería.

Armando recuerda el período de entrenamiento como una "etapa muy linda".

> Lo importante es que sistematizábamos toda la experiencia que teníamos. La mayoría teníamos mucha experiencia práctica, pero yo, por ejemplo, nunca había hecho un curso militar sistemático. Eso me ayudó mucho. Me sirvió porque me enseñó que aunque antes había trabajado empíricamente, se podía hacer más científicamente. Nos llegamos a conocer mucho, a conocer los defectos y las virtudes de cada uno.

Estuvimos todo ese tiempo confinados y a pesar de eso no se dieron problemas entre el grupo de compañeros que había. Se dio una etapa de conocimiento, de relaciones, de fortalecimiento del grupo.

El curso fue más largo de lo que Ramón y Santiago habían calculado. Ramón, desde hacía rato había hecho ya la selección de los miembros que iban a integrar el comando, pero ninguno de ellos tenía todavía ni la más mínima sospecha de lo que se avecinaba. En abril Ramón decidió que había llegado la hora de enviar un equipo de exploración a Paraguay.

Después de la gimnasia y el desayuno, mientras los otros se acomodaban en la sala para escuchar una charla de Santiago, Ramón entró a la cocina donde Susana y Francisco terminaban de lavar los platos.

—Vamos un rato afuera —sugirió—. Los tres salieron por la puerta de atrás, bordearon el bien cuidado huerto y se sentaron bajo un árbol frondoso al extremo de la propiedad. Allí les dio la noticia: Anastasio Somoza Debayle era el blanco y ellos tenían que ir a Paraguay a recoger la información básica.

Tengo que confesar que fui bastante ingenua hasta el último momento —sonríe Susana—. Hasta el día que Ramón me sentó con Francisco y me dijo que tenía que irme a Paraguay a hacer el primer reconocimiento, no sabía que íbamos a hacer una operación. Como mi ambición más grande era que nos íbamos a volver al país, pensaba que nos estaban preparando para sistematizar un poco el conocimiento y volver a la Argentina a vivir clandestina, como había vivido antes.

Me sorprendió la operación, me parecía increíble.

Era como hacer justicia definitivamente, como Rigoberto López Pérez la hizo con el padre. Había que romper con eso de que los dictadores queden impunes. Empecé a entender la necesidad. A partir de que entendía, me fue fascinando y me llenó de alegría tener el privilegio de participar, porque es un privilegio haber participado junto a esos

compañeros, en algo concreto y objetivo que colaborara directamente con la revolución continental.

Todo eso pasó por mi mente mientras Ramón nos hablaba y me llenó de—no sé como explicarlo—de entusiasmo, optimismo y determinación .

7

La primera etapa del viaje de Susana y Francisco los llevó a Río de Janeiro, donde se hospedaron en un modesto albergue en el centro de la ciudad, alejado de los lujosos hoteles que bordean Copacabana. Simularon ser una pareja en luna de miel que hacía un recorrido por América del Sur.

Nadie les preguntó nada, ni siquiera cuando fueron a la biblioteca pública, donde pasaron dos días buscando en periódicos atrasados y revistas alguna mención de las actividades de Somoza desde su llegada al Paraguay.

La primera mañana de su investigación los dejó eufóricos. Una lectura cuidadosa de las crónicas periodísticas les brindó la información de que Somoza vivía en la Avenida Mariscal López en Asunción y que cada vez que aparecía en la ciudad en una limosina con chofer, lo acompañaba invariablemente un Ford Falcon rojo con cuatro guardaespaldas adentro. Otros relatos especulaban sobre sus posibles inversiones en Paraguay.

Francisco hizo reservas para ir a Asunción dentro de dos días. Se aseguró de que los argentinos no precisaban visas para entrar al país y adquirió un folleto en el cual estaban indicados todos los vuelos entre Brasil y Paraguay.

La información que obtuvieron el próximo día en la biblioteca no fue de gran importancia, salvo por algunos chismes acerca de Somoza y su amante, Dinorah Sampson, en revistas femeninas. Durante su última noche en Río, Susana le escribió una carta a Ramón en la cual se refería a Somoza como "Eduardo", nombre elegido de antemano para él. En la carta incluyó el horario de vuelos y se la envió a Ramón a su apartado postal a Bogotá la mañana siguiente mientras pagaban el hotel y se dirigían al aeropuerto.

Ambos habían memorizado antes de dejar Colombia, una larga lista de la información requerida por Ramón. Muchas de las pregun-

tas tenían que ver con procedimientos de inmigración, aduana y las medidas de seguridad que tomaban en el aeropuerto de Asunción.

Al llegar hicieron cola detrás de otros pasajeros mientras llenaban sus tarjetas de turistas. Fueron los últimos de la cola. El oficial de inmigración miró sus pasaportes falsificados y hojeó las páginas hasta encontrar el primer espacio en blanco para estampar el sello de entrada. La inspección de aduana era impersonal y descuidada. Medio abrieron la maleta de Francisco y la revisaron superficialmente. La de Susana la dejaron cerrada. Había algunos guardias uniformados en el salón de entrada y Francisco creyó detectar a varios agentes de seguridad vestidos de civil que merodeaban por ahí, pero no podía estar seguro.

Francisco recogió en la casilla de información para turistas una lista de hoteles y dos mapas de la ciudad. El horizonte camino a la capital, era plano, punteado solamente por monótonos árboles espinosos. Asunción, pronto lo descubrieron, era un somnoliento pueblo fluvial con un pobre distrito comercial.

—Parece como si el tiempo se hubiera detenido hace un cuarto de siglo. —murmuró Susana para que el taxista no pudiera oírla.

—Así es —sonrió Francisco—, desde que Stroessner tomó el poder.

El hotel era modesto y bastante limpio. La habitación tenía esa anónima falta de presunción de todos los hoteles de segunda clase. Después de pasearse por el centro de la ciudad y mirarlo todo cuidadosamente, compraron los periódicos del día en el quiosco de la esquina del hotel.

—Tengo la impresión de que después de estar aquí dos semanas vamos a conocer a todo el mundo —dijo Susana—.

—Hacete pequeñita —le aconsejó Francisco—, invisible. No empecés a bailar en las calles.

Les resultó difícil encontrar un restaurante pasable esa noche y finalmente decidieron entrar a uno suizo, media cuadra de la avenida principal. Susana se rió entre dientes mientras se sentaba, pensando en lo infeliz que se iba a sentir Armando con los pocos lugares que había para comer.

Temprano, la mañana siguiente, Francisco y ella tomaron un taxi a la Avenida Mariscal López para cumplir la primera y más importante de sus misiones: ubicar la casa de Somoza y ver qué medidas

de seguridad había tomado Samuel Genie para proteger al ex dictador. Ambos habían estudiado el mapa de la ciudad meticulosamente mientras tomaban el desayuno y cuando entraron a la ancha avenida residencial, Susana le preguntó casualmente al taxista:

—Nos han dicho que el ex presidente Somoza vive por aquí ¿es verdad?

—Sí —respondió el chofer—. Su casa queda más adelante. Siempre está rodeada de un montón de policías. Yo se las señalaré.

Aminoró la velocidad y dos cuadras más lejos señaló una casa al otro lado de la calle.

—Es aquella —dijo—, pero es raro, no hay guardias.

Mientras pasaban por enfrente se dieron cuenta de que había sido abandonada. Había un cartel en el portón de entrada que decía: "Se alquila".

Susana y Francisco se volvieron a ver sin decir nada.

—Bueno —dijo el chofer, encogiéndose de hombros—, vivía aquí hace tres semanas. Debe de haberse mudado recién.

Siguieron todavía otro trecho con el chofer, se bajaron frente a una bombonería y caminaron cabizbajos hacia la residencia deshabitada. Susana memorizó el número de teléfono de la agencia de bienes inmuebles en el cartel y pocos pasos más adelante, abordaron a una madre paraguaya que empujaba un cochecito:

—¿Es verdad que el ex presidente Somoza no vive más por aquí?

—Así es —dijo ella—, se mudó hace cosa de tres semanas.

—¿Sabe dónde vive ahora?

—No tengo idea.

Nadie parecía saber dónde se había mudado el ex dictador. Asumieron su aire de novios en luna de miel y tomaron otro taxi para pasearse por la ciudad. El chofer les señaló varios edificios públicos, pero cuando le preguntaron dónde vivía Somoza, los llevó de nuevo a la Avenida Mariscal López y pareció tan sorprendido como el otro, ante el cartel en el portón de entrada.

Regresaron al hotel y Susana telefoneó a la agencia de bienes inmuebles. Era, explicó, la representante de una casa de muebles en Buenos Aires y Dinorah Sampson había escrito hacía unas semanas acerca de la redecoración de su nueva residencia. ¿Podrían ellos darles la dirección?

La respuesta fue no. La agencia no podía hacerlo. Clic.

Para entonces ya tenían una idea general de los contornos de las áreas residenciales de Asunción y Francisco había alquilado un automóvil. Averiguaron que Somoza había comprado una elegante casa en la playa del lago Ipacaraí y se dirigieron allí con grandes expectativas. Arrendaron una destartalada lancha de motor y el botero les señaló la residencia del Presidente Stroessner, así como la de Somoza, que quedaba muy cerca. Les explicó que se trataba de una zona de seguridad y que estaba prohibido acercarse. Somoza y Dinorah casi nunca visitaban el lago salvo durante los primeros meses después de haber comprado la casa. Al final de la expedición Susana dibujó un mapa mostrando la ubicación de ambas casas con respecto al área pública y pasaron en su carro por las dos residencias desde el lado de la playa. La única entrada posible por tierra estaba bloqueada con una gruesa cadena y ambos estuvieron de acuerdo en que sería una locura entrar a pie y arriesgar ser detenidos por agentes de seguridad.

Ya en Asunción, a Francisco se le ocurrió ir a visitar farmacias cerca de la zona residencial para comprar una caja de digitalina y confiarles en broma a las vendedoras que padecía del corazón, igual que Somoza, que según tenía entendido vivía allí cerca. Su estratagema fue un rotundo fracaso.

—Debe haber una manera más fácil, —musitó Susana pensativa, cuando se sentaban a almorzar en su tercer día de búsqueda infructuosa.

Mientras comían en silencio, una idea empezó a dar vueltas en su mente y antes de terminar con el café le dijo a Francisco:

—Hoy iré directamente.

Le esbozó su plan y Francisco estuvo de acuerdo en que había que probarlo. Los dos lo examinaron paso a paso para asegurarse de que Susana no dejaría ninguna huella, ni levantaría sospechas.

> Por la tarde me vestí discreta, elegante y Francisco me llevó cerca del Hotel Guaraní y me esperó por allí en un café. El Guaraní está en el centro. Es donde va toda la burguesía, donde van los más ricos, los diplomáticos, la CIA, etc. El parqueo de ese hotel está lleno de taxis. Son todos policías. Entré al hotel, me instalé en los servicios, me pinté los ojos, la boca, estilo alta sociedad, y me arre-

glé el pelo de otra manera. Después entré a la cafetería, tomé un té y salí como si estuviera alojada allí. Tomé un taxi y le dije al chofer:

—Una amiga mía me ha recomendado un salón de belleza, pero no supo explicarme cómo llegar. Es el mismo que usa la Dinorah Sampson, queda a tres cuadras rectas de la casa del general Somoza y después se dobla a la izquierda una cuadra.

El chofer fue bien amable. Primero fuimos a las paradas de taxis a preguntar. Nadie sabía. Después a una agencia donde vendían lotería. El les preguntaba en Guaraní. Yo no entendía nada, pero escuché la palabra "Somoza" y me di cuenta que estaba averiguando. No supieron decirle nada. Se volvió a mí, desconsolado y me dijo en español, que el hombre se había marchado hacía poco y que nadie conocía la nueva casa.

No quería perder el viaje que ya se estaba haciendo jugoso para él. Además yo le dije:

—Si usted me consigue el salón de belleza yo le voy a dar una buena propina.

—Usted no se preocupe —me dijo—, yo se lo consigo. Tomamos por la Avenida España, cerca del centro. Fuimos a una estación de policía que hay por allí. El se bajó y me dijo que lo esperara un momento, que iba a averiguar. Yo lo seguí con la mirada atenta a lo que pudiera pasar. A los pocos minutos salió y me dice:

—Es cerca de aquí, ya me indicaron. Por esta misma avenida vamos a la casa del general Somoza.

A todo esto habíamos conversado. Me preguntó en qué trabajaba. Le dije que en la UNESCO, que por eso viajaba mucho. Fuimos a buscar el salón de belleza y yo veo que el va aminorando la marcha del auto y va mirando. Entonces le pregunto:

—¿Cual es la casa de Somoza?

—Una de estas —me dice—. De acá tengo que ir tres cuadras más.

A mí no me quedó claro cuál era la casa. Yo quería saber con precisión. Seguimos despacio. El hace tres cuadras, se para, mira y dice:
—No, por acá no hay paso.
—Siga otra cuadra más —le digo yo—.
La hicimos, doblamos a la izquierda y—¡no lo podía creer!—había una peluquería. Era una zona bien residencial, sin nada, sólo casas. Era una peluquería muy fina.
—Esta debe ser —dice—.
—Sí —le digo—, esta es. Espéreme, porque voy a sacar turno para el lunes.
Era un día sábado. Entré, saqué turno para el lunes. Me iban a hacer las manos, los pies, todo. Al salir le dije al taxista:
—Bueno, me va a llevar de vuelta al hotel.
Cuando calculé que me faltaba una cuadra para la casa de Somoza, le dije:
—Por favor, ¿cuál es la casa de Somoza? Quiero conocer para la próxima vez que tenga que venir en taxi. La casa me va a servir como referencia para llegar a la peluquería.
El me dice:
—No es esta que le dije, es esta otra.
—¿Está seguro?
—Sí, sí —me dice—. El policía me dijo, "es el portón que está pegado a la maderera de la esquina..."

Efectivamente esa era la casa. Después de seis días en Asunción la habían ubicado. Susana regresó al hotel y fue al baño a despintarse. Salió por la puerta de atrás y se encontró con Francisco en el café que habían acordado. Ese mismo día empezaron a hacer una serie de pasadas frente a la mansión para ver si veían algo y hacer un levantamiento de la zona. Estudiaron las características del barrio para elegir lugares o negocios desde donde pudieran mantener vigilancia sin despertar sospechas. También tomaron nota de las fuerzas de seguridad que se movían en la zona.

Habían cumplido con su obligación principal sin llamar la atención, pero aún les quedaban otras tareas. Francisco fue a la agencia de bienes inmuebles a la cual Susana había llamado para indagarse

acerca de alquileres de casas. La casa no era para él, explicó, sino para unos amigos argentinos que iban a mudarse a Asunción dentro de poco. Lo llevaron a ver dos o tres casas vacías en un barrio residencial de clase media alta. Francisco se fijó muy bien en que tuvieran los requisitos de seguridad y la privacidad necesaria para pasar desapercibidos por los vecinos. Como Susana iba a ocupar una de las casas más adelante, optó por no acompañarlo en la expedición. En vez de eso, fue al supermercado, por cuyos ventanales de vidrio se veía la casa de Somoza, dos cuadras más abajo. Inesperadamente, el Falcon rojo salió del portón mientras ella abandonaba el supermercado con su cesta de compras. El auto pasó a su lado y Susana pudo memorizar el número de la matrícula e identificó a Samuel Genie, sentado al frente, junto al chofer. Francisco y Susana mantuvieron su leyenda de recién casados en luna de miel, se pasearon por toda Asunción, visitaron las ruinas de los jesuitas e hicieron el viaje obligatorio a las cataratas de Iguazú. Dichos paseos le facilitaron a Susana familiarizarse con el sistema de carreteras en Paraguay y la ayudaron a verificar que no había puestos permanentes de policía en las afueras de Asunción.

Un buen día fueron temprano al supermercado y mientras Francisco se quedó en el auto vigilando el portón de entrada de la mansión de Somoza, Susana entró a la tienda y compró los ingredientes para un picnic. Se dirigieron a Encarnación, al sur de Paraguay, frente a Posadas, ciudad argentina junto al río Paraná. Estudiaron el tráfico fluvial, los horarios de llegadas y partidas de las lanchas de pasajeros que hacían el recorrido entre los dos pueblos y luego, metódicamente, empezaron a explorar todos los caminos de tierra laterales que irradiaban de la carretera principal hacia el río. La cuarta vez que se desviaron, Francisco estacionó el auto a la orilla del río, cruzó los brazos sobre el timón y dijo:

—Creo que éste es el lugar.

Había unas pocas casas dispersas a la derecha, una torre de telecomunicaciones frente al río por el lado argentino que seguramente tendría encendida por las noches una luz roja de advertencia y, a unos 50 metros dentro del río mismo, una boya que indicaba obstrucción.

Mientras Susana preparaba el almuerzo, Francisco se ocupó en dibujar un mapa que señalaba los puntos sobresalientes que le per-

mitirían a un pequeño barco de contrabando encontrar su camino hacia la playa por la noche.

Después de haber almorzado tranquilamente, en el camino de regreso, Susana completó el mapa, señalando con precisión el marcador de kilómetros cerca del desvío de la carretera principal.

—No te preocupés —le dijo a Francisco—, hasta con los ojos vendados puedo encontrar este lugar. Traeré a los otros a la vuelta.

La pareja en luna de miel cambió de hotel dos veces durante sus veinte días de estadía en Asunción. Estos cambios eran sobre todo beneficiosos para la seguridad de Susana, ya que Francisco no regresaría al Paraguay.

8

Susana y Francisco se habían ido hacía ya diez días y la rutina normal de entrenamiento continuaba en la finca de Colombia. El plan general de Ramón había sido delineado desde hacía rato en forma tal que sólo podría variar si Susana y Francisco trajeran alguna información inesperada del Paraguay que exigiera un cambio.

Mientras tanto, Pedro viajaba a Argentina para hacer contacto con Mario que había permanecido allí durante la represión de Videla, cuidando el arsenal oculto del ERP. Ambos tendrían que ponerse a trabajar en los detalles de cómo trasladar las armas requeridas hasta un buzón lo más cerca posible del río Paraná.

Tenían que elegir un lugar seguro que pasara desapercibido cerca de Posadas, Argentina, y preparar un escondite para las armas que iban a ser transportadas a través del río. Asimismo tenían que estar listos para activar el plan.

Ramón había decidido que el comando estaría integrado por él y Julia, Santiago y Susana, Armando y Ana. Parejas de extranjeros pueden arrendar casas sin que les hagan muchas preguntas y hacerse virtualmente invisibles si se lo proponen. Las muchachas no sólo se encargarían de mantener la necesaria cobertura doméstica sino también la continua vigilancia de la residencia de Somoza para establecer un patrón de regularidad en sus movimientos. Además, tenían el entrenamiento necesario para formar parte de la operación.

Ana y Armando descansaban una tarde a la sombra de un árbol de mango en el jardín. Ella estaba recostada sobre el tronco, espiando entre las ramas y oyendo, distraída, el parloteo de Armando. Se había concentrado en un mango perfecto que relucía rosado y amarillo. Había otros mangos que colgaban en seductores racimos, pero Ana quería *ese*.

—¿Comemos mangos, Armando? —lo interrumpió.

—Están todos fuera de alcance —dijo encogiéndose de hombros—. Ya nos comimos los fáciles.

—No importa —dijo Ana poniéndose de pie—. Haceme un estribo.

Armando suspiró y se levantó de mala gana. Mejor no discutir con una mujer. Apoyó un hombro contra el tronco, enlazó las manos y Ana, tan ágil como una adolescente, puso un pie en el improvisado estribo y el otro sobre el hombro de Armando. Hacía equilibrio en la rama más baja mientras calculaba el siguiente paso. Cuando se volteó para alcanzar una rama más alta, se resbaló y cayó al suelo.

—¡Ay! —se quejó apretándose el tobillo—. ¡Qué bruta soy!

Ana lloraba en silencio en el carro camino a la clínica del pueblo más cercano. Siguió llorando inconsolable, aún después de que el doctor le inyectara novocaína en el tobillo y con todo cuidado ponía su pie contra la placa de rayos X.

—No se aflija —la consolaba el médico mientras se dirigía al cuarto oscuro con la placa en las manos—, el dolor le pasará en unos minutos.

—Pobrecita. —decía Armando pasándole su pañuelo—, ¿Te duele mucho?

Ana se limpió los ojos, se sonó y lo miró furiosa.

—No lloro de dolor, idiota —murmuró—, lloro por el operativo. Nosotros íbamos a ser los próximos en entrar.

Susana y Francisco estaban eufóricos pero hicieron lo posible por contenerse cuando encontraron a Ramón esperándolos en el aeropuerto de Bogotá.

—Misión cumplida. —anunció Susana mientras se abrazaban— No vimos a Somoza pero traemos información sobre su escondite.

—Empezá a contar —dijo Ramón tomándole la maleta mientras se dirigían al estacionamiento. Cuando llegaron a la finca ya estaba enterado de todos los detalles del viaje y había decidido lo que harían después.

Francisco y Susana se conmovieron al ver a su amiga, recostada en el sofá de la sala con la pierna enyesada hasta la rodilla. Los otros, habían ido a su práctica de tiro y no volverían sino hasta mucho más tarde. Podían hablar abiertamente.

Debido a su habilidad en falsificación de documentos, Ramón había decidido que Ana debía ser la primera en ir a Paraguay junto con Armando para preparar la entrada del resto de los compañeros, pero ahora, con la reciente información de Susana y Francisco, eso no resultaba indispensable.

—Contale a Ana la rutina de inmigración al entrar —se dirigió a Susana.

—Es la cosa más fácil. Al pasar por inmigración te cobran un dólar por una tarjeta de turista, y vos la llenás con tus datos. Ellos guardan el original y vos la copia hasta que salís del país. Te ponen un sello de entrada en tu pasaporte y otro en la tarjeta. Eso es todo.

—El mismo sello en los dos? —preguntó Ana.

—Sí, éste.

Susana sacó el pasaporte de su bolso y lo abrió.

Ana examinó cuidadosamente los sellos de entrada y salida.

—Si perdés la tarjeta, imagino que no será difícil conseguir otra.

—Hay montones en la mesa de entrada. Aquí traigo dos que me robé para que las vieras.

Ramón aguardaba callado el veredicto de Ana. Sabía que haría cualquier sacrificio —la pierna izquierda, por ejemplo— para no ser excluida de la misión, pero también tenía plena confianza en que no permitiría que su deseo influyera en su juicio profesional como para poner en peligro a los compañeros cuando entraran al Paraguay con documentos falsos.

—¿Revisaron las visas y sellos anteriores para ver tu procedencia?

—No —dijo Susana—, el oficial sólo buscó un espacio en blanco para sellarlo.

Ana le devolvió el pasaporte y se quedó con las dos tarjetas de turismo.

—Facilísimo —le aseguró a Ramón—, facilísimo entrar —se corrigió—, la salida va a ser otra cosa.

—Bueno —dijo Ramón—, entonces adecuemos los planes. En principio Ana iba a entrar con Armando, pero ella esta inmovilizada por un mes, mínimo. Julia acaba de llegar y tiene que someterse a un repaso. Así que vos, Susana, tendrás que volver casi inmediatamente con Armando para instalarte y preparar nuestra recepción.

Susana frunció el entrecejo. Acababa de pasar tres semanas de "luna de miel" con Francisco en Asunción y ahora tenía que entrar de nuevo con un "marido" distinto. Por supuesto evitarían los hoteles donde ella y Francisco habían estado y el restaurante suizo al que solían ir.

—Sería más seguro si tuviera otro pasaporte —decidió—, ya entré una vez con éste y tiene los sellos. Me puedo arreglar diferente y usar lentes oscuros. No habrá problemas.

Ramón sabía que en cuanto al pasaporte no era difícil. Sus amigos revolucionarios en Colombia le facilitarían todo lo necesario. Suspiró con satisfacción. La operación estaba de nuevo sobre rieles. Por lo menos así lo pensó en ese momento.

Cuando Julia regresó de las prácticas de tiro esa tarde, las tres muchachas delegaron a los hombres para cocinar y se retiraron a su dormitorio a conversar.

Julia había estado comprometida en otra misión durante casi todo el período de entrenamiento y llegó a la finca apenas unos días antes de que Susana y Francisco regresaran de Asunción, lo cual no preocupaba a Ramón. Julia sabía todo lo que tenía que saber para tomar parte en la operación.

A la mañana siguiente Ana y Susana se despertaron con la entrada precipitada de Julia a la sala de baño. Se volvieron a ver consternadas mientras oían vomitar a su compañera detrás de la puerta. Minutos más tarde Julia reapareció pálida y temblorosa y se encontró con dos pares de ojos acusadores.

—Bueno, ahora ya lo saben —dijo retadora—, estoy embarazada. No le digan una palabra a Ramón todavía. Déjenme pensar y ayúdenme, por favor.

9

A principios de junio Susana regresó con Armando al Paraguay. Alquilaron un cuarto en un hotel mucho mejor que los que Susana había compartido con Francisco. De nuevo estaba de "luna de miel", esta vez con Armando pero la leyenda era distinta: Los padres de Armando le habían dado una considerable suma de dinero para que iniciara un negocio. Susana y él habían decidido invertir en Asunción y querían investigar acerca de las posibilidades que había para iniciar una pequeña empresa de construcción.

Lo primero en su agenda era alquilar una casa y Ramón había sido preciso en qué clase de casa necesitaban: "Debe tener cuatro dormitorios y una buena ubicación, o sea en un barrio lindo, muy burgués. Deben instalarse allí como si pensaran quedarse en el país. Esto nos dará libertad de movimiento y la posibilidad de relacionarnos con gente para obtener información sobre la presencia de Somoza en Asunción, sus amistades y los lugares que frecuenta".

Alquilaron un auto y al día siguiente fueron a visitar una agencia inmobiliaria para plantear sus necesidades. Estaban dispuestos a pagar en dólares, subrayó Susana.

—Con toda seguridad encontraremos lo que buscan, —dijo el gerente que no cesaba de sonreír mientras consultaba archivos—. De hecho puede ser ésta.

Sacó una tarjeta y levantó el audífono. Todo estuvo arreglado en pocos minutos. El dueño en persona los encontraría en la casa dentro de media hora para mostrársela. El gerente les dio la dirección y les señaló el lugar en el mapa.

> Yo jamás en mi vida había tenido un peso partido por la mitad —recoge Armando la historia—. Me la quería dar de muy burgués y me había vestido lo mejor posible para

ir a ver esa casa lujosa. Cuando entramos, allí estaba el dueño y me miró de arriba a abajo.

—No, no está para alquilar —me dijo, como quien dice: "A este piojoso no se la voy a alquilar". Después lo vimos por televisión y era un ministro de Stroessner. Nos alegramos que no nos la quisiera alquilar.

Susana suspiró mientras se subían al carro y se alejaban.

—Vos, Armando, olés de lejos a laburante. A veces me pregunto cuánto tiempo va a funcionar nuestra leyenda.

Armando estaba cabizbajo.

—Podemos decir —sugirió—, que mi padre era un obrero al que le fue bien, fundó su propia compañía de construcción y me enseñó a mí desde secundaria. Un asunto es saber construir casas y otro cómo doblar el dedo meñique cuando uno levanta una taza de té.

A pesar de la contrariedad inicial, encontraron al día siguiente una casa que llenaba todos los requisitos. Era del tamaño apropiado, estaba bien ubicada e incluso tenía una pequeña piscina. Lo mejor de todo, pensó Armando, es que había un lugar ideal para esconder las armas.

Armando firmó allí mismo el contrato de alquiler por seis meses y pagó el depósito en dólares. Al día siguiente se compró un Peugeot de segunda mano en excelentes condiciones y el equipo de recepción de la operación empezó a funcionar.

Durante tres meses —dice Susana—, teníamos que cuidar una infinidad de detalles que nos garantizaran ser insospechables ante los ojos de los vecinos y de los desconocidos que se acercaban a la casa. Debíamos vigilar cada movimiento de la cuadra y cada cosa que sucediera en el barrio o la zona. Para cubrir bien eso, yo tenía la obligación de tener una persona para el servicio doméstico, como tenían todos en ese sector donde nos ubicamos. Conseguí una mujer, una señora, que venía dos días a la semana: un día hacía la limpieza general y otro lavaba y planchaba. Se estaba todo el día, desde las 8 de la mañana hasta las 5 de la tarde. Esto significaba hacer una planificación especial dentro de la casa, para que cuando ella viniera, estuviera

yo sola. No conoció a nadie más que a mí. Alguna vez, muy rápidamente, vio a mi "marido", Armando; a mis "parientes", Ramón y Julia, ni los conoció.
Se daban situaciones ridículas, como por ejemplo que yo estuviera siempre controlando que los compañeros no se lavaran la ropa, como es nuestra costumbre. De lo contrario, cuando venía la mujer no tenía ropa para darle a lavar. Lo mismo ocurría con el cuidado y la limpieza de la casa. Salvo por la cocina, yo debía dejar todo lo demás para que lo hiciera la empleada.
Yo debía dedicarme a pasear en auto, ir al supermercado, atender el teléfono para mantener nuestra leyenda y estar siempre arreglada para recibir las visitas.
Los dueños de la casa tenían una buena relación con nosotros, su hijo venía a veces a ver si todo estaba bien o si necesitábamos algo. Una vez nos invitaron a una cena en su casa, porque cumplía años el muchacho. Armando y yo fuimos a la fiesta y allí conocimos más gente de Asunción. Después de esta fiesta tuve que recibir a dos mujeres que vinieron a tomar el té conmigo y conversar sobre las bellezas de Buenos Aires. Esto para mí fue lo más pesado; las mujeres son muy curiosas y suspicaces. Tenía que cuidar de cada palabra que decía.
Hicimos relaciones y amigos. Esto tiene sus ventajas y problemas, porque se producen invitaciones, compromisos, llamadas telefónicas, etc., que se deben evitar, porque las relaciones no pueden pasar de ser superficiales.
La casa tenía también un jardinero que venía cada veinte días más o menos, para arreglar todo lo necesario. Nosotros debíamos mantenerlo y vigilarlo muy de cerca, porque era justamente en el patio donde habíamos construido el buzón de armas. Este señor tenía como 50 años, era muy bueno y agradable. Yo lo entretenía para que hiciera lo menos posible. El venía por la mañana, comía a mediodía, cobraba y se iba. Nunca se quedaba más tiempo.
La casa tenía un hermoso patio amurallado con césped, piscina, jardín y un lugarcito para hacer asados. Tuvimos

que construir un lugar seguro donde guardar el armamento, fácil de abrir y cerrar para cuando fuera necesario. Cavamos un pozo en un sector del patio al que no se iba nunca. Como Armando estaba en el negocio de la construcción, fue fácil traer a la casa unos ladrillos y cemento. Cubrimos los lados del pozo con ladrillos y mezcla para que no se nos desmoronara y fuera un lugar seco. Después le pusimos una tapa de esas de concreto que se usan en las cámaras sépticas y sobre la tapa colocamos las lozas originales que le habíamos sacado. Encima pusimos un macetero con plantas, más grande que la tapa.
Mientras lo hacíamos rogábamos que no lloviera para no demorarnos. De día no podíamos trabajar, lo hacíamos durante la noche. Lo hicimos en dos noches: 14 ó 16 horas en total. Quedó perfecto. Cuando guardamos las cosas las forramos bien en plástico por la humedad y mientras estuvieron ahí, dos veces las revisamos para estar seguros de que no se nos deterioraba nada. Cuando trasladamos las armas a la otra casa, volvimos a rellenar el pozo con tierra, pusimos las lozas otra vez y el macetero, que quedó como un regalo nuestro a la casa.

Mientras tanto, Armando también tenía que vivir su leyenda. Su experiencia en el negocio de la construcción consistía en dos años de trabajo como albañil en Buenos Aires antes de entrar a trabajar como chófer de camiones.

Armando explicó las actividades diarias en las que se ocupaban para no despertar sospechas:

> Salía a un horario determinado, como demostrando una actividad real. Siempre hice el chequeo de la casa de Somoza a una hora distinta para ver si había movimiento. Susana hacía otro tanto. A veces los dos juntos. Con sólo dos personas era imposible establecer un chequeo eficaz. Aparte de eso, hablé con la gente. Iba a ver los materiales de construcción, se suponía que estaba haciendo estudios de mercado, viendo cómo andaban las inversiones. Hice

algunas amistades, inclusive hubo gente que fue a nuestra casa. Era gente de clase media. No hubo problemas nunca. Teníamos facilidad para relacionarnos. Nadie sospechaba. Una vez instalada la casa, tuvimos otros objetivos que cumplir antes de que los demás llegaran. La cuestión del chequeo de rutas y el lugar para recibir las armas fue positivo. Lo que no pudimos cumplir al cien por ciento fue el chequeo del objetivo. Era difícil, sin ningún tipo de datos sobre un individuo que no tenía una actividad regular, que podía salir a cualquier hora o no salir.
Lo más que hicimos fue conocer la zona, conocer la casa, las vías por donde se podía llegar allí. Fuimos a restaurantes para ver si se daban las condiciones como para que él fuera, ese tipo de cosas. Mucho más no podíamos hacer en Asunción.
Para el traslado de armas de Argentina a Paraguay, fue otra cosa. Hicimos tres viajes a la frontera. Vimos las condiciones de la ruta que eran favorables desde el punto de vista operativo; no había controles. Pasábamos por un cuartel, y lo único que había era un soldado parado en la puerta donde uno tenía que reducir la velocidad, pero nunca paraba los automóviles.
Hicimos un contacto preestablecido con Francisco que se cruzó al lado paraguayo. Allí buscamos el lugar de la entrega de las armas.

El primer sitio que Francisco y Susana habían elegido tuvo que ser abandonado por el consejo de un contrabandista con el cual Pedro y Francisco habían hecho contacto. Afirmaba que era peligroso porque a veces había vigilancia de la policía desde las pocas casas esparcidas del lado paraguayo del río. Francisco los condujo a un nuevo punto de desembarque que su amigo, el contrabandista, les había asegurado que estaba a salvo.

El lugar era fácil de ubicar porque era una de esas zonas donde el contrabando es algo diario —dice Armando—. Los contrabandistas tienen sus puntos de entrega. Es co-

mún que allí vaya un vehículo a buscar bultos. El contrabando es bien grande. El Paraguay no tiene nada. Ni comida. Todo lo que se vende en los supermercados viene de Argentina o del Brasil.

Las armas venían ya empacadas en tres cajas de madera marcadas como piezas de automóviles. Armando anotó las dimensiones para estar seguro de que iban a caber en el baúl de su Peugeot. Como a Ramón se le esperaba en los primeros días de julio, Armando hizo arreglos con los otros dos para que las armas cruzaran el río el 8 de julio.

Francisco tenía que telefonearle a Armando la noche anterior a las 8 p.m. para estar seguros de que no había habido ningún cambio de último momento. La noche de la transferencia, cuando el equipo de recepción oyera el motor del bote que se acercaba, iban a encender tres veces una lamparita roja para indicar que todo estaba bien. La señal iba a ser repetida cada 15 segundos hasta que los ocupantes del bote respondieran con dos destellos blancos.

Armando también le mandó a decir a Osvaldo a través de Francisco, que tenía que entrar al Paraguay el 4 de julio y esperar el contacto en el Bar Linda Vista, en la Avenida España, a las cinco en punto de la tarde. Osvaldo era el séptimo miembro del grupo.

Después de haber establecido la infraestructura esencial para la operación, Armando y Susana empezaron su vigilancia diaria a la residencia de Somoza y se ocuparon también en recoger toda la información posible acerca de las actividades del ex dictador en Paraguay.

Había una revista —nos cuenta Susana—, que lo sacaba a Somoza en esa casa en el lago donde iba a pescar con amigos. Tenía amigos que eran del grupo de Stroessner. Estaban ligados a un sector que invierte en tierras. Somoza compró 18 mil hectáreas de terreno en el Chaco paraguayo porque parece que tenía intenciones de establecer el sistema de regadío para el cultivo del algodón. También descubrimos que había adquirido una cantidad impresionante de hectáreas de terreno en el Estado de Goiás, en Brasil, cerca de Brasilia. Eso es algo con lo cual los brasi-

leños tuvieron problemas, porque este hombre lo compró mediante dos testaferros. Estos dos testaferros se lo compraron a su vez a personeros del Estado Goiás, que es muy rico en minerales. Después él tuvo algunos problemas en Paraguay porque parece que había empresarios que querían que invirtiera en determinadas cosas y él no tenía interés; no estaba muy seguro de quedarse allí. Había rumores de que el hombre tenía ganas de irse a vivir a Punta del Este, Uruguay.

El viajaba a Buenos Aires a hacerse chequeos del corazón y quería vivir en Punta del Este porque es otro nivel de la dolce vita: casinos, hoteles, fiestas, mujeres. Eso nos preocupó constantemente durante los meses que estuvimos allí esperando la oportunidad.

"Armando"

Dibujo de Dieter Masuhr hecho en el Frente Sur en 1979.

"No tenía en lo más mínimo figura de combatiente; era muy gordo y sudaba terriblemente en el calor nicargüense. Pero rápidamente se ganaba el respeto de los compañeros. Ni un sólo instante, ni siquiera co miendo, se separaba de su fusil"

10

Yo iba caminando por el centro de Asunción —recuerda Armando— cuando alguien me grita de atrás: "¡Armando, Armando!". Era Julia que iba en un auto con Ramón y me vieron. Imagínate lo pequeño que era Asunción si Ramón y Julia tropezaron conmigo apenas llegaron a la ciudad.

Fue el 2 de julio de 1980. Acababan de dejar sus maletas en el hotel y decidieron ir a dar una vuelta por el área donde vivía el ex dictador, cuando tuvieron el inesperado encuentro. La cita con Armando y Susana, arreglada de antemano, iba a ser hasta el día siguiente, el 3 de julio, en un café del centro.

Armando tomó el timón del auto y llevó a los recién llegados a la zona de operaciones, señalando los mejores puntos de vigilancia desde los cuales se podía tener bajo observación la residencia de Somoza. Susana y él habían logrado identificar los cuatro vehículos que usaba el séquito de Somoza y habían anotado los números de tres de las matrículas. Había dos limosinas Mercedes Benz, una azul y otra blanca. Estaba el Falcon rojo, que manejaban los guardaespaldas de Somoza y el Cherokee Chief, de uso general.

Después de una vuelta breve, Armando volvió donde tenía estacionado el Peugeot y los guió a su casa para darle una sorpresa a Susana. Durante tres horas Ramón los interrogó acerca de la nueva información que habían conseguido durante sus tres semanas en Asunción y del progreso hecho en los preparativos del embarque de las armas.

Poco antes de las cinco de la tarde los tres hicieron la expedición ritual al supermercado coreano en la Avenida España, situada apenas a dos cuadras de la residencia de Somoza. Armando había hecho una lista de ingredientes especiales para la cena de esa noche y se la

entregó a Susana. Las dos muchachas entraron a hacer las compras mientras Ramón y Armando se quedaron en el área de estacionamiento, dentro del auto, revisando los posibles estratagemas operativos que ofrecía el terreno. Después se bajaron, se pusieron a conversar, mantuvieron los ojos clavados en el portón de entrada de la residencia de Somoza. No había ninguna actividad. Nadie entró ni salió.

Armando tenía ya preparada en el patio la parrilla con carbón para el asado. A las seis y media de la tarde los cuatro empezaron a pasarse el mate ceremonial y después de muchas vueltas, Armando abrió, como algo excepcional, una botella de whisky escocés para celebrar la reunión mientras su genuino asado ríoplatense, rodeado de papas envueltas en papel de aluminio, esperaba el punto de perfección. Julia comió casi tanto como Armando. Todavía se sentía miserable en las mañanas, le confesó a Susana, pero en la noche siempre estaba hambrienta.

—¿Ya lo sabe Ramón?

—Todavía no; ahora que estamos aquí, se lo voy a ir diciendo de a poco.

Ramón y Julia durmieron esa noche en los cuartos de huéspedes y a la mañana siguiente fueron al hotel a recoger su equipaje. Fue ese mismo día, de vuelta hacia la casa de Armando y Susana, que Julia le confesó a Ramón que tenía tres meses de embarazo.

> El me miró un poco asustado, pero yo le dije que no había problema. Yo tenía una duda inmensa. Era una situación muy importante desde el punto de vista humano. Había el ejemplo de otras compañeras embarazadas que han tenido que enfrentar la tortura, los campos de concentración. Para mí era muy importante el hecho de que yo quería participar en eso porque creía que era valioso para América Latina, para Nicaragua y para nosotros en particular, pero también pensaba que era muy injusto arriesgar a mi hijito. Ramón me dijo que tendría que haberle dicho antes, que iba a trabajar pero que no iba a arriesgar nada, que en caso de dificultades iba a salir del Paraguay.
>
> La cobertura que usamos para llegar a la casa de Armando y Susana era la de ser sus parientes. Dijimos que él, Ra-

BBCN

món, estaba enfermo, que tenía un problema. Andábamos como de turismo; supimos que ellos estaban allí y fuimos a visitarlos. Según la leyenda, Ramón se enfermó y nos tuvimos que quedar más de lo previsto. El que menos apareció era Ramón. Sin embargo, por más medidas que tomáramos, él es un hombre muy activo y nos era difícil controlarlo. Lo que tratábamos era de que saliera lo menos posible, de que participara lo menos posible en los chequeos, de que casi no se dejara ver.

Hay que ver que Ramón es el hombre con más experiencia militar que hemos tenido en toda la historia de nuestro partido. Eso le da mucha seguridad frente a las cosas. Nos inspiró con una convicción muy grande de que éramos capaces de lograr el objetivo que nos habíamos propuesto. Nunca se puso nervioso. Uno lo podía ver a veces un poco enojado, pero siempre nos infundía la seguridad de que éramos capaces de hacerlo y de que lo íbamos a hacer. Era muy importante, una cuestión de honor. Cuando pasaban las semanas y veíamos que el objetivo no aparecía, incluso nos planteamos la posibilidad de entrar a la casa de Somoza, que hubiera sido una locura. Lo hubiéramos hecho, aunque hubiésemos muerto tal vez algunos, pero lo hubiéramos logrado porque había una gran convicción de que había que hacerlo.

Después de haber estudiado personalmente la zona de operaciones, fue obvio para Ramón, que la tarea principal del equipo era la de montar un sistema de vigilancia para poder determinar alguna pauta en las idas y venidas de Somoza, alguna rutina previsible que pudiera posibilitarles formular un plan concreto de operaciones. Ramón explica algunas de las dificultades inherentes:

La Avenida donde vivía Somoza se llamaba Avenida España. El lugar propio de su casa se llamaba Avenida Generalísimo Francisco Franco, pero todo el mundo la conoce como Avenida España: una avenida que cambia tres veces de nombre y su recorrido va desde ese barrio residencial

BBCN

donde vive toda la alta burguesía de Asunción, hasta el centro de la ciudad. Es una avenida muy transitada que tiene mucho control porque es una de las dos vías de acceso que hay al centro de la ciudad.
Es una zona donde no hay negocios, no hay sitios que justifiquen permanecer mucho tiempo en el lugar. Tuvimos que vigilar la residencia a través de pasadas en buses, pasadas caminando, o quedandonos a conversar por períodos que no podían ser más largos de media hora. Además de eso, era una zona muy controlada porque es donde vivían la mayoría de los personeros y ministros de Stroessner. El mismo Stroessner vivía en esa zona.
Empezamos a pensar ya en el operativo, teniendo en cuenta que en los preparativos habíamos visto distintas variantes: explosivos, bazuka, emboscada, francotiradores. Distintas variantes de acuerdo con las posibilidades que se presentaran. Pero todavía no se le había visto a Somoza ahí.
Entonces, como ya éramos cuatro dentro del país, lo primero que hicimos fue un nuevo plan de chequeo del objetivo, basándonos en algunos puntos que nos permitían permanecer quietos algún tiempo, y caminar otras veces. Estos chequeos se podían montar desde cuatro puntos: un supermercado, dos estaciones de servicio y un recorrido por el cual si él salía era posible que pasara por ahí, pero ninguno de los puntos era para aguantar más de una hora. En la estación de servicio lavaban el carro, le cambiaban el aceite, lo engrasaban. En el supermercado, mientras la mujer compraba, el supuesto marido esperaba afuera en el auto. Veía todos los movimientos desde ahí. El chequeo caminando consistía en un recorrido de unas 10 cuadras que si uno lo hacía lentamente llevaba unos 45 minutos. El otro era otra estación de servicio, también con el mismo argumento. Eran cuatro puntos por los cuales por algunos de ellos él tenía que pasar obligadamente.
Nosotros primero tendimos a buscarle a él un movimiento regular. Montamos un chequeo que consistía en cubrir

todos los horarios diurnos durante unos 10 días. Primero, vamos a suponer, lunes de 8 a 9, el martes de 9 a 10, el miércoles de 10 a 11, el jueves de 11 a 12 y así sucesivamente y variando las personas.
Lo primero fue tratar de detectar un movimiento regular. Por ejemplo: si nosotros el día martes entre las 8 y 9 de la mañana lo encontrábamos a él en un movimiento, después íbamos a comenzar a repetir durante toda la semana ese horario, si no se daba los martes teníamos que ver si era un movimiento semanal o quincenal. Si no se repetía más, era que no tenía movimiento regular.
Eso no nos dio resultado; el único resultado fue que veíamos pasar alguno de sus vehículos, pero en distintos horarios y nunca regularmente. A él no lo veíamos.

Armando, que ya había estado en Asunción casi cuatro semanas, suspira cuando recuerda el sistema de chequeo que los cuatro establecieron:

> Día por medio llevaba el auto a lavarlo. Soy un maniático, les decía, yo no puedo andar en el auto si tiene aunque sea una partícula de polvo. Nunca se mantuvo un auto como ese, lavado, engrasado día por medio. El auto no era nuevo, nuevo, pero estaba en muy buen estado.

Quedaba la esencial tarea de traer las armas desde Buenos Aires y pasarlas a través del río a al otro lado. A Pedro, Francisco y a Osvaldo, que habían sido entrenados en Colombia, se les confió ese delicado trabajo. Francisco, que había entrado a Paraguay en abril con Susana para ubicar la residencia de Somoza, conocía el objetivo del comando. Pedro y Osvaldo, en cambio, no tenían idea. Ramón los envió de Colombia para Argentina antes de que Susana regresara de su primer viaje.

> Mandamos a Pedro y a Osvaldo a Argentina a hacer un estudio fronterizo para ejecutar un paso clandestino de armamentos —cuenta Ramón—. No sabían que el blanco

era Somoza. Creían que era para un movimiento revolucionario paraguayo.
Fueron a las provincias de Misiones, limítrofe con Paraguay y con Brasil. Está dividida de Paraguay por el Río Paraná. Hay épocas del año en que hay poca agua. Ellos conocían la zona. Cuando fueron a la Argentina ya llevaban una serie de encuentros y más o menos habíamos calculado un plazo de un mes para resolver el problema de cómo pasar las armas de Argentina a Paraguay.
Pedro y Osvaldo conocían la zona y la gente del lugar. Se ligaron a individuos que hacen contrabando de mercadería, como medio de vida: gente sencilla y pobre que vive de eso como única posibilidad. Estas zonas son muy pobres y miserables. Se ganaron la confianza de un viejo que les alquiló su bote y les dio buena información sobre cuáles eran los lugares más apropiados para cruzar clandestinamente al otro lado. Para el viejo los compañeros llevaban repuestos de autos al Paraguay para comerciarlos.
A la vez, Pedro tenía un contacto con otro compañero que tenía que trasladar las armas desde Buenos Aires hasta el norte. Era el compañero Mario que estuvo siempre en Argentina. Ellos tenían su encuentro primero en una ciudad intermedia, que era Paraná, capital de la provincia Entre Ríos en el litoral argentino. En ese encuentro arreglaron la forma y la fecha que las iban a pasar. Para recibirlas Pedro alquiló una casita muy humilde al lado del río. Siendo él de la zona, pudo hacer eso sin llamar la atención. Pedro las escondió un día en ese ranchito y después al otro día las pasó. No las tuvo durante mucho tiempo.
El FAL que iba a usar Armando en el operativo provenía de la toma del arsenal del Batallón 141. Algunas de las pistolas también. La bazuka, los Ingram y el M-16 tenían otro origen. Nosotros, a fines de 1975, antes del golpe militar, compramos un armamento especial en el mercado negro del Paraguay. Esto lo teníamos guardado en Argentina. Luego se produce el golpe militar en marzo del 76, y

nuestra situación cambia. Tuvimos muchos problemas, pero esas armas siguieron guardadas y a cada una de ellas se le había limado cuidadosamente el número de serie.
Así fue que cuando Francisco regresó a Colombia con Susana, lo mandamos inmediatamente a juntarse con Pedro y Osvaldo en Argentina y entre los tres hicieron el traslado de las armas.
Francisco ya había elegido el lugar donde iban desembarcar con las armas provisionalmente, pero después tuvieron que cambiarlo para adaptarlo a las indicaciones del viejo y a las condiciones reales. Francisco había interiorizado en conversaciones con el dueño de la canoa para ver cómo era la cuestión del lado paraguayo, los horarios en que convenía pasar.

Armando cuenta el operativo para recoger las armas y trasladarlas al buzón que les esperaba en el patio de la casa de Asunción:

Ramón y yo fuimos al lugar de desembarque, recogimos las armas y las llevamos en el baúl del auto. Ya habíamos determinado el día, la hora. Era un lugar solitario por un camino de tierra. No hubo problemas. El tipo que manejaba el bote se creía que era contrabando. Repuestos, le habían dicho Francisco y Pedro. Nosotros con el tipo ni hablamos ni nos debe haber visto. No nos pararon a la vuelta; incluso al pasar por el cuartel ese, nos saludó el policía.
Allí hay otra ventaja que es propia del régimen corrupto: todo el que huele a dinero es un señor. La policía es muy atrasada.
Todo lo que tiene olor a dinero en el Paraguay es digno de respeto. El ser humano vale por lo que aparenta. Cuando trasladamos las armas, lo mismo. Ibamos cargados de armas, pero con aspecto de burgueses. En esos países tan oprimidos están acostumbrados a que el que tiene dinero es el que manda. Nosotros eso lo explotábamos. Cualquier problemita que teníamos nos poníamos firmes allí y el

policía sabe que el dinero tiene más poder que todo con ese gobierno tan corrupto. Con diez dólares uno compra a un juez. Todas esas cosas, aunque a uno le revuelvan el estómago, las tiene que aprovechar. Llegamos a Asunción sin ningún problema.

Fue casi al final, unos cien metros antes de llegar a la casa de seguridad, que se encontraron con el único problema durante todo el viaje.

> Ibamos llegando —recuerda Armando—, y a una cuadra de la casa había un patrullero estacionado con 10 policías adentro. Si nosotros hubiéramos venido del supermercado ni caso le hubiéramos hecho, pero si nos revisaban el vehículo hubieran descubierto las armas, porque no estaban escondidas, nada.

—¿Entramos o seguimos de largo? —le preguntó Armando a Ramón. Este hizo un cálculo relámpago mientras el Peugeot se acercaba a la entrada del garaje. ¿Era casual la presencia del patrullero o es que la policía los estaba esperando para agarrarlos con las manos en la masa? Si hubieran cometido un error tan grave en la seguridad, de todos modos estaban condenados. ¿Los habría delatado el viejo contrabandista? Imposible. Estaba de vuelta del lado argentino del río, en compañía de Pedro y Francisco. Además, no tenía la menor idea de donde vivían ellos en Asunción. No. Imposible que haya habido una falla en la seguridad.

—Entremos —dijo Ramón rápidamente—, no podemos estar paseando por las calles de Asunción toda la noche.

El Peugeot dio la vuelta y paró frente a las puertas del garaje. Ramón bajó, abrió las puertas y las empujó de par en par. Armando metió el vehículo y Ramón volvió a cerrar las puertas. Entró a la casa por la puerta interna sin saludar a las mujeres, subió al segundo piso y espió por la ventana del dormitorio oscuro que daba a la calle. Pasaron cinco minutos, mientras Armando en la sala, les explicaba el posible peligro a Susana y a Julia. Diez minutos y nadie se movía en el patrullero.

Habían recogido las armas a las 10 de la noche y ya había pasado la medianoche. Apagaron las luces de la sala, encendieron las del otro dormitorio del frente de la casa, y después las del baño de arriba. Ramón continuó su vigilia en el dormitorio oscuro. Diez minutos más y toda la casa estaba en tinieblas. El patrullero arrancó a las 2 de la mañana y nunca lo volvieron a ver. A las 2 y media las armas estaban depositadas en su buzón del patio y allí permanecieron seguras, hasta el próximo traspaso.

11

El muchacho flaquito de ojos escrutadores se sentó él sólito en el banco de atrás de la lancha de pasajeros que hacía el trayecto entre Posadas, Argentina, y Encarnación, Paraguay. Llevaba pantalones vaqueros y una campera sobre la camiseta de mangas cortas. Sus zapatos tenis estaban gastados y el bolso Adidas en su regazo, contenía todas sus posesiones. Su rostro, largo y delgado, no cambió de expresión mientras el barquito atravesaba las aguas del río Paraná. De vez en cuando se pasaba la mano por el negro cabello alborotado.

Asunción tiene que ser mejor que Santa Fe, se decía, con esa alza de precios que hay en Argentina y los escasísimos trabajos de construcción. Sin embargo, fue la muerte de Doña Manuela la que cambió todo. La abuela de Graciela le había dejado en herencia a Manuel, el padre de la muchacha, una casita en las afueras de Asunción y la familia había decidido mudarse de nuevo al Paraguay tan pronto como Manuel terminara su contrato de carpintero en un edificio de oficinas en Santa Fe. El trabajo de Osvaldo como albañil había terminado a fines de junio y tenía un mes, o a lo mejor dos, para encontrar un trabajo estable en Asunción antes de que llegara la familia de Graciela y él tuviera que reanudar las pacientes negociaciones con Manuel, que lo llevarían un día a arrodillarse junto a su novia frente al altar, mientras el cura pronunciaba los votos matrimoniales.

Después de desembarcar, pasó por inmigración sin que nadie se fijara en él y tomó el autobús de las 11 a.m. para Asunción. Almorzó bien en un café de trabajadores, junto a la estación de autobuses, y se puso a dar vueltas a pie por la ciudad para familiarizarse con el distrito comercial y ubicar el Bar Linda Vista donde tenía una cita con Ramón a las 5 de la tarde. Estaba seguro de que Ramón aprobaría la leyenda que había venido construyendo en la lancha.

Ana se sentía desconsolada mientras con gran esfuerzo caminaba con la ayuda de dos muletas, desde la oficina del médico hasta donde estaba el carro estacionado. Durante semanas había ido tachando los días en el calendario pegado al costado de la refrigeradora en la escuela de entrenamiento y ahora, el viejo doctor había echado por el suelo sus esperanzas al insistir en que la pierna debía permanecer enyesada por otras dos semanas. Santiago le ayudó a entrar al auto y colocó las muletas entre el asiento y la puerta.

—No aguanto más, Flaco— explotó ella mientras él ponía en marcha el motor. —Somos los últimos en la finca y no hay nada que hacer allí. ¿Por qué no le consultamos a otro médico en Bogotá? Le diré que me quebré la pata una semana antes.

Santiago estuvo de acuerdo. Estaba tan impaciente como ella por irse. Empacaron su ropa tan pronto como regresaron a la finca, cerraron la casa y se dirigieron a Bogotá esa misma tarde.

El traumatólogo que eligieron era joven, de la nueva generación. Escuchó con simpatía lo que Ana le contaba y el por qué era tan urgente que viajaran al Uruguay, donde Santiago tenía un trabajo esperándolo. Aceptó la fecha del accidente y estuvo de acuerdo, que si andaba con cuidado, podría, a lo mejor quitarse el entablillado una semana antes. Después de haber removido el yeso, tomó rayos X del tobillo y luego de unos minutos de espera angustiosa de parte de Ana, anunció que el hueso fracturado estaba de nuevo sólido y que después de una semana de ejercicios de rehabilitación su pierna estaría igual que antes.

> Era terrible —recuerda Ana—. tenía toda la pierna peluda, peluda y negra. Me rasuré con la maquinita de Santiago. Tuve que hacer rehabilitación, pero sólo fui un día, después los ejercicios me los hacía Santiago. Viajé al Paraguay con él pocos días después de quitarme el yeso.

Cuando Ana y Santiago llegaron a Asunción el 16 de julio, como había dicho Ramón, Osvaldo había estado ya buscando trabajo por la Avenida España durante casi dos semanas. Ninguna de las gasolineras necesitaba un asistente y en el supermercado coreano no había vacantes.

En el "Bowling" estaban dispuestos a tomarlo como ayudante, pero era un trabajo dentro del edificio, que no habría ayudado en nada a vigilar la residencia de Somoza. Osvaldo se mudó de su modesto hotel a una pensión barata y, salvo contactos regulares con Ramón, permaneció alejado de los otros miembros del equipo. Durante el día, podía pasar más tiempo que los otros en el área, manteniéndose atento a cualquier actividad que hubiera en la mansión de Somoza, pero desgraciadamente no hubo nada que reportar.

Pasamos por uruguayos —nos cuenta Ana—. Había muchos uruguayos en el Paraguay. Por razones económicas nos íbamos allí unos meses para intentar un negocio. Santiago era muy bueno para decir leyendas y explayarse en cosas inventadas. Aparte de la presencia que tenía —alto y elegante— se desenvolvía muy bien. Cuando llegamos era julio y Asunción estaba lleno de turistas. No había lugar en los hoteles. En la dirección de turismo había muchos particulares que iban a esperar a los turistas para alquilarles una habitación en su casa y escogimos un cuarto de esos. Tuvimos una buena relación con los dueños. Desayunábamos con el matrimonio. Santiago les contaba todo lo que veníamos a hacer y el marido nos aconsejaba. La leyenda era que Santiago quería abrir un comercio. El otro nos dice que si traíamos mucha plata que no la largáramos enseguida, que en el Paraguay había mucha crápula.
Alquilamos un Volkswagen celeste. Lo tuvimos todo el tiempo, renovando el contrato cada 15 días.

Cuando Santiago llegó con Ana nos encontramos en el centro de Asunción —recuerda Armando—. Santiago lo primero que me dijo fue:
—¿Cuándo lo hacemos?
—¿Cómo lo vamos a hacer —le dije—, si ni siquiera lo hemos visto?
Habían pasado cinco semanas desde que establecimos los chequeos ordenadamente y nadie había visto al tipo. Hubo momentos en que dudábamos hasta de que estuviera allí.

A Santiago le agarró la amargura y esa misma noche organizamos los chequeos los seis.

Cuando por fin alquilamos la casa de Lambaré —prosigue Ana su relato—, tuvimos una sorpresa poco agradable que es un problema típico en esos casos. Habíamos estado recorriendo los barrios buscando casa y vimos que ésa, que finalmente alquilamos, tenía un cartel con el nombre de la inmobiliaria. Fuimos allí, le dijimos a la dueña que teníamos interés en esa casa. Nos empezó a hablar del terrorismo. Nos contó de una guerrillera que le puso una bomba a Cardozo debajo de la cama. Estaba horrorizada. La mujer ésta había vivido mucho tiempo en Argentina, era esposa de un embajador. Le dice a Santiago:
—Qué raro, tenés un acento parecido al de los argentinos. A mí se me nota menos porque soy de Buenos Aires, pero a Santiago, que era del interior, se le notaba más.
El dijo que había una zona en el Uruguay donde se hablaba así. La mujer esa nos hizo esperar hasta poco antes de cerrar, porque iba a venir la dueña de la casa para que la viéramos por dentro. Como a las 6 de la tarde abre la puerta y dice:
—Aquí tenés unos compatriotas que quieren ver tu casa.
Cuando estuvimos con la paraguaya, el que llevaba la voz cantante era Santiago, pero a partir de allí me cogió y me dijo:
—Yo no voy abrir la boca. Hablá vos.
La mujer estuvo discreta. Sólo nos preguntó si éramos los dos solos. En el viaje no hablamos nada, lo único que le preguntó a Santiago fue que dónde trabajaba en Uruguay. Santiago le contestó algo así como "Ruy-y-y", una cosa que no se entdía para nada. Eso fue todo lo que dijo en los veinte minutos del viaje. Ya dentro de la casa ella nos preguntaba:
—¿Qué les parece?
Santiago me miraba como para decirme, "Decí vos".

Al otro día fuimos a firmar contrato pero ya con la otra. No vimos más a la dueña.

Santiago y Ana se mudaron a su nueva casa y Osvaldo siguió buscando trabajo cerca de la Avenida España, pero no encontró nada que le permitiera tener la residencia de Somoza bajo observación. Todos los miembros del equipo se concentraban ahora, no en establecer una rutina en las idas y venidas del ex dictador, sino simplemente en tratar de verlo por primera vez y verificar que vivía en su fortaleza de Asunción. Pese a la llegada de Santiago y Ana, que se incorporaron a la vigilancia, pasó todavía otra semana de frustración cada vez mayor. Somoza permanecía invisible.

Cuando llevábamos 40 días sin ver a Somoza —dijo Ramón—, teníamos lógicamente una preocupación grande. Ibamos cambiando las formas de chequeo y analizábamos semana a semana distintas variantes para localizarlo. Un poco nos autoconvencíamos de que la semana siguiente las cosas cambiarían, pero a medida que los días pasaban sin resultados, nos dábamos cuenta de que las cosas iban a ser más complicadas de lo que pensábamos antes de iniciar los chequeos y nos empezaba a preocupar el tiempo de permanencia en el lugar, la repetición de nuestra presencia en lugares que no la justificaban plenamente, etc.
Día por día recibía los informes de los compañeros y les pedía que observaran atentamente si no llamaban la atención de alguien.
La falta de éxito nos comenzaba a afectar. Algunos compañeros empezaban a sentir que resultaban sospechosos y que eran observados. Analizábamos estos casos minuciosamente y si no llegábamos a una conclusión clara de que se trataba de una casualidad, suspendíamos su actividad hasta comprobar la realidad.

Fue en medio de esa tensión agobiante que Armando salió de su casa a las 8 de la mañana del 22 de julio. Iba a lavar su Peugeot en la segunda gasolinera y eso le permitiría observar la residencia por lo menos durante 45 minutos.

Iba por una calle que pasaba por detrás de la casa de Somoza —nos cuenta Armando—, cuando veo un Mercedes blanco y atrás un Ford Falcon rojo. Era pura casualidad. Cuando lo tengo como a cien metros, enfrente, y veo a los dos autos juntos, pensé que podían ser ellos. Entonces miro dentro del Mercedes blanco y veo al objetivo, sentado delante en una posición digna del dictador, típica. Yo no lo conocía nada más que por fotos, pero fue verlo gordo, blanco y sentí como un rayo que me caía encima y digo:

—¡Allí está!

Me tuve que volver a la casa porque temblaba como una hoja, y lo agarro a Ramón. No podía explicarle porque estaba muy emocionado. Ramón se puso muy contento. En total llevábamos como 40 días de estar allí y no lo habíamos podido ver nunca.

Empezamos a sacar conclusiones. En los chequeos, nosotros nunca habíamos descubierto que la casa tenía otra salida por atrás donde había un portón en la muralla. Por la manera en que iba vestido, con una camisa deportiva, pensamos que venía de hacer gimnasia. Otra conjetura que sacamos es que el tipo usaba esa puerta trasera por motivos de seguridad, ya que por las puertas de adelante salían todos los autos para hacer las compras, salían los custodias, las visitas. Entonces cambiamos algunos chequeos para tratar de cubrir esa calle de atrás.

El equipo de nuevo estaba con la moral en alto. Ramón tuvo una cita clandestina con Osvaldo y le dio instrucciones que buscara trabajo también a lo largo de la calle que pasaba detrás de la residencia de Somoza.

Hay un granito de verdad en el dicho "cuando hay lluvia hay diluvio". Justo a la mañana siguiente, Susana y Julia pasaban frente a la casa del ex dictador a las 8 de la mañana, camino al supermercado, cuando lo vieron.

Susana recuerda así el episodio:

La casa tenía una muralla blanca, con dos portones negros, inmensos, en los extremos. Cruzamos el primer portón y cuando estamos cruzando frente a la muralla para llegar al segundo, se abre el portón y sale el auto. Nosotros nos paramos para que el auto saliera. Lo tenemos allí. Fue horrible, fue tenerlo al alcance de la mano. Nos miró. Quedamos petrificadas.

Después, pasamos tanto allí por esas aceras que me llegaron a conocer. Yo pasaba mucho más que Julia. Julia es muy llamativa, por sus ojos, por su estatura. A ella se la podía identificar mucho más que a mí. Yo tengo un tipo más común. Pasaba como que podía ser de allí. La gente que trabajaba en la casa de Somoza, la custodia, el personal de servicio, ya me piropeaba. Me habían identificado. A veces pasaba por la vereda de enfrente como para que me permitiera ver más lejos por si abrían, pero también me silbaban. Armando me decía:

—Vos sonreíles, no sabemos todavía si no vamos a necesitar entrar allí.

Podía ser que tuviéramos que llegar a la casa a ofrecer un servicio, a preguntar algo. Julia había visto la posibilidad de que ella entrara con determinada fachada a entrevistarlo a él. Ana también pasó mucho por allí, pero estuvo menos tiempo.

Por casualidad lo vimos a Somoza otra vez aquella misma noche, pero la irregularidad de sus salidas era desesperante. Nuestros chequeos tenían que ser casuales. El sábado y el domingo no había lugares abiertos como para justificar nuestra presencia. Cada vez las posibilidades eran más reducidas. Si a eso se le suma que nuestra cara no se puede repetir cuatro veces al día, era bien pobre el chequeo. Por eso el plan se iba modificando sobre la marcha.

Dos días después de que Susana y Julia vieron a Somoza, Osvaldo tuvo un golpe de suerte y se puso en contacto con Ramón para comunicarle las buenas nuevas.

Anduve buscando trabajo allí lo más cerca posible —recuerda. Exactamente atrás de la residencia de Somoza había una casa en construcción casi por terminar. La posibilidad estaba en trabajar como albañil o como pintor. Como la casa estaba por terminar, busco como pintor. En ese momento no estaban los contratistas y había que esperar hasta el fin de mes a que viniera uno. La posibilidad existía porque iban a necesitar pintores, aunque fuera como ayudantes.

El lugar tenía una visión buena si él salía por atrás. De adelante no se podía ver. Era un edificio de dos pisos que quedaba a una cuadra de allí. También había la posibilidad de que si yo conseguía trabajo atrás controlara una de sus dos posibles salidas.

Había un compás de espera hasta que llegaran los contratistas. Entonces aproveché y me quedé media hora, una hora, diaria, hablando con los obreros, tomando mate, dando vueltas y mirando la casa allí.

Las cosas no sucedieron como se había previsto. La entrada trasera de la residencia de Somoza resultó ser una pista falsa. Fuera de la primera vez que Armando vio al ex dictador, nunca más se le detectó entrando o saliendo por ahí. Si Osvaldo hubiera aceptado trabajar como pintor de brocha gorda no le habría servido de nada al equipo.

12

—El problema central es que Somoza no tiene horario fijo para sus salidas y entradas. Todo parece caprichoso.

Ramón les hablaba a los otros tres como quien piensa en voz alta. En sus manos tenía el diagrama gráfico del chequeo con cuatro o cinco "X" rojas distribuidas al azar sobre el papel cuadriculado.

—Aparte de esa irregularidad —prosiguió—, está la insuficiencia de nuestros horarios de chequeo. El podría salir y entrar varias veces diarias sin que ninguno de nosotros estuviéramos presentes para detectarlo. Aún si el trabajo de Osvaldo resultara, él sólo podría cubrir la entrada de atrás y tendríamos el mismo problema de siempre chequeando la entrada principal. Obviamente necesitamos un puesto fijo de observación desde donde podamos vigilar la entrada continuamente durante todo el día. ¿Alguien tiene sugerencias?

Hubo un silencio incómodo que Julia rompió:

—Allí en la esquina del semáforo frente al supermercado siempre hay vendedores ambulantes de frutas y tomates que se acercan a los coches parados. Ninguno de nosotros tenemos la pinta para hacer eso, pero tal vez Osvaldo podría...

Armando consideró la idea y sacudió la cabeza negativamente.

—Esa gente es muy pobre y defenderían los pocos centavos que ganan contra cualquier intruso. Sin duda verían a Osvaldo como a su enemigo mortal. Pero también hay tres quioscos cerca que venden periódicos y revistas. Uno de ellos sería ideal si Osvaldo pudiera conseguir un empleo allí.

Fue el turno de Ramón de decir que no.

—Ya ha probado suerte —dijo—, y no hay nada.

—¿Y si Osvaldo ofrece comprar? —insistió Armando—. He visto que uno de ellos está mal atendido; permanece cerrado muchas veces.

—¿De veras? —se interesó Ramón—. Alguna cosa así podría ofrecer posibilidades.

Esa misma noche Ramón se reunió con Osvaldo y los dos discutieron largamente la manera de acercarse a los dueños de los tres quioscos.

> Me hice amigo con los revisteros esos —toma Osvaldo el hilo de la historia—, había tres revisterías, dos que estaban a 150 metros y la otra a 250 metros de la casa de Somoza. Las más cercanas tenían mejor ubicación pero también iban mejor económicamente. Tenían más revistas, más cigarrillos, más cosas.
> Como el de 250 metros también tenía visión de la casa y estaba mal económicamente, entonces yo fui a hablar con el dueño y me dice que sí, que la posibilidad está, que podía ser. El no era dueño, era socio con otra persona y tenían otro quiosco en el mero centro de la ciudad. Primero dije que lo quería comprar, pero él se echó para atrás y me dijo que no le convenía. Entonces hice la propuesta de que yo iba a invertir plata allí. Ofrecí comprar más revistas, cigarrillos, varias cosas. Dije que iba a arreglar la vereda que estaba rota, a poner luz eléctrica para poder vender de noche y cosas así. A él le tentó la oferta y propuso que me iba a dar dos meses de plazo para que yo quedara con las ganancias y me levantara un poco.
> Ibamos a hacer un contrato en que acordábamos que después de dos meses él me iba a dar el 10 por ciento de las ganancias. Inclusive estamos pensando también con el dueño poner otro quiosco en otro lugar, que él creía que era mejor. Yo lo acepté. Desde un principio le dije que sí, pero que me dejara trabajar por lo menos dos meses allí para que yo recuperara parte de la plata invertida. Quedamos en eso pero no firmamos un contrato ni nada.
> Voy a trabajar allí y veo que está bien la ubicación y todo lo demás. Me pongo a trabajar y lo dejo al pibe que estaba vendiendo anteriormente como ayudante, para no dejarlo en la calle, que hubiera sido jodido. Me voy a dormir a

veces a su casa, voy a visitarle la casa, me hice amigo de la familia, todo. Yo vivía todavía en la pensión ésa. Me hago amigo de un montón de gente; chicas que trabajaban de domésticas, gente de allí de la zona que compran revistas, que piden prestado. Incluso con policías que cuidaban a otro personaje de allí del Paraguay. Con un montón de gente. Todo el tiempo estaba controlando el paso del hombre.

Parece que el dueño tenía intención de quitarme el quiosco después, pero acepté el contrato: una parte firmada en papel y el resto de palabra de que yo iba a atender, arreglar la vereda y poner la luz. Después, íbamos a ir a medias para un quiosco nuevo. El también iba a poner plata, todo a medias. La otra posibilidad quedó como futura, pero no llegamos a concretar nada.

Mientras Osvaldo hacía las negociaciones preliminares con el dueño del quiosco, el resto del equipo continuaba con el chequeo diario y pasaba mucho del tiempo libre revisando posibles planes para llevar a cabo la operación una vez hubieran fijado al blanco en un lugar específico y dentro de un límite de tiempo.

Los restaurantes de alta categoría en Asunción parecían una buena idea, ya que se sabía que Somoza iba de vez en cuando a cenar a los más exclusivos. Un día, por ejemplo, mientras Ramón, Julia y Santiago, estaban almorzando en un restaurante modesto en el centro de la ciudad, vieron al Mercedes Benz blanco, al Ford Falcon rojo y a Samuel Genie, el jefe de seguridad de Somoza frente a un restaurante mucho más elegante, en la acera opuesta. Genie permanecía parado allí, mientras Somoza y sus amigos terminaban de almorzar.

Ramón, Julia y Santiago esperaron dos horas acechando la salida del ex dictador, pero no hubo caso.

Al día siguiente Ramón mandó a Santiago y a Julia a almorzar allí para tomar nota de la distribución interna y de las salidas secundarias. Ramón no podía ser visto en ese lugar. Los dueños del restaurante eran una pareja de argentinos y posiblemente podrían reconocerlo.

Me acuerdo —dice Julia—, que Santiago se había comprado un traje gris. El era un hombre alto, muy elegante. Un hombre que, como Susana, sabe comportarse. Si está con el pueblo él habla campechanamente, si está en un lugar que es lujoso él se adapta. Yo le dije:

—Estás super elegante.

Ese era el traje que él iba a utilizar para la retirada. Con ése iba a salir por el aeropuerto.

—No tenés cara de revolucionario —le digo— parecés un *gentleman*.

Mientras estábamos chequeando y almorzando, viendo como eran las cuestiones del restaurante, él me preguntaba cómo me sentía, cómo estaba. Santiago era muy humano, y una mujer embarazada es más sensible. Yo incluso no estaba segura si quería otro hijo, ya había tenido una experiencia con mi hijo más grande en la clandestinidad y le decía:

—Mirá si me tengo que volver a la Argentina con otro hijo; ya no quiero arriesgar más.

Entonces él me decía que una revolucionaria tenía que ser madre. A mí lo que me daba miedo era que al avanzar mi embarazo, por más deseos que yo tuviera, podía ser una carga para los compañeros. Todas esas cosas las hablaba con él. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Incluso años atrás cuando estuvo herido en la pierna en el monte, fue a mi casa; lo llevaron allí para recuperarse. El era una persona muy humana y a mí esa conversación me hizo mucho bien.

Había otro restaurante de alta categoría en Asunción, el cual Somoza frecuentaba. Una noche Ramón propuso que las dos parejas fueran a cenar allí y chequearan la distribución interior. Como siempre, en esas ocasiones especiales, Susana vigiló el atavío de Armando.

—Tenemos que ir elegantes, che —lo aconsejó—, ponete el traje azul con camisa a rayas y la corbata gris.

Ella fue a vestirse y encontró a Julia con el seño fruncido, buscando entre sus poquísimos trajes. Le mostró a Susana un conjunto elegante y se lamentó:

—Es lo único decente que tengo, y ya no me cabe.

Susana insistió que se probara de nuevo y era verdad: un mes no había pasado en vano y Julia lucía ahora una perceptible protuberancia.

Susana suspiró y se puso a buscar entre los vestidos.

—Ponete éste —decidió, entregándole a Julia un conjunto estilo pijama.

—No puedo, Susana. Lo compré para andar cómoda en casa.

—Están muy de moda, che —le aseguró Susana—, con un collar llamativo y aretes grandes estarás de lo más bien.

—Ramón no entiende de modas. Se va a enojar.

—No te quités el abrigo y así no se notará tanto.

Cuando bajaron la escalera Susana miró a Armando con ojos críticos.

—¿Y el chaleco?

Armando se movió incómodo.

—Con toda esta inactividad —confesó—, parece que he ganado unos kilos y ya no me queda.

—Andá y ponételo —le ordenó Susana—, tenemos que aparentar clase.

—Pero, Susana —protestó Armando—, me queda ajustadísimo y muy incómodo.

—Andá y ponételo, proletario —dijo Susana en tono firme y Armando tuvo que obedecerle.

Se le veía incómodo cuando se sentaron a la mesa, pero al empezar a estudiar el menú, su rostro se iluminó y pidió una entrada de tallarines con queso, seguida de un "baby beef" ríoplatense: un filete grueso y jugoso que casi desbordaba el plato.

Empezó a comer con gusto en cuanto llegaron los tallarines.

—Armando —le silbó Susana—, no comás tan rápido. Es poco elegante.

Armando empezó a comer más despacio y mientras la montaña de tallarines metódicamente desaparecía, Ramón le aconsejó:

—Tené cuidado, no comás demasiado, el chaleco no te va a aguantar.

Armando lo miró indignado.

—No me voy a privar de esto que me gusta tanto.

—Armando —Susana secundó a Ramón—, no comás más. La gente fina nunca termina todo lo que hay en el plato.

Armando volvió a ver los platos de los otros comensales.

—Qué horror —comentó.

Julia que estaba sentada frente a él, hacía lo posible por ahogar un ataque de risa.

—Por favor, Armando —suplicó—, si se te sale un botón a mí me sacás un ojo.

Ese comentario, desafortunadamente atrajo hacia ella la atención de Ramón.

—Por qué no te quitás el tapado, —sugirió— acá hay que estar sin abrigo.

—No —dijo Julia poniéndose seria—, tengo frío.

—No queda elegante —insistió Ramón—, quitate el abrigo.

Julia suspiró.

—Lo que pasa —dijo—, es que tengo un conjunto que está muy de moda pero parece un pijama.

—No importa —dijo Ramón—, quitátelo.

Julia se puso de pie y se quitó el abrigo. Ramón se le quedó mirando, horrorizado. Armando, con la cara colorada, resopló.

—En serio se vino en pijama —susurró Ramón incrédulo—, está loca.

Julia se sentó de nuevo.

—No es un pijama. ¿Cómo voy a venir en pijama?

—Ni se te ocurra ir al baño —le advirtió Ramón—, ponete el tapado.

—No, Ramón, ahora no me lo pongo —dijo ella—, no quiero llamar la atención.

Osvaldo comenzó a trabajar en el quiosco más o menos el 12 de agosto —nos cuenta Ramón—. Como es un tipo bien simpático, enseguida estaba rodeado de paraguayos, les vendía revistas pornográficas a los policías, a otros les prestaba revistas para leer ahí mismo.

El quiosco estaba ubicado a 250 metros de la casa de Somoza. Era un lugar por donde él cuando fuera para el

centro, obligatoriamente tenía que pasar, porque sólo había dos posibilidades: o seguir recto por la Avenida España o doblar por una avenida donde estaba ubicado el quiosco en esa esquina.
A partir del 22 de julio, vimos a Somoza cuatro veces en una semana y nos entusiasmamos, pero después no se le volvió a ver hasta el 12 de agosto: día que Osvaldo monta el quiosco. Osvaldo atendía allí desde las 6 de la mañana hasta las 8 de la noche. El primer día ya lo vio al tipo a las 12 del mediodía y a las 4 de la tarde. Otra vez nos entusiasmamos. Hicimos una planilla de movimiento con todos los horarios del día.
Desde entonces Osvaldo lo ve prácticamente a diario hasta el miércoles 20 de agosto.

Osvaldo tiene una historia que lo liga directamente al norte de Argentina —nos cuenta Susana—. Conoce mucho a los paraguayos, sabe algo de guaraní, es un villero, se ha manejado mucho entre la gente. Es muy vivo, es bicho, como decimos nosotros, anda en toda esa cosa de que negocian que venden. Tiene las características justas para decir que no lo van a engañar. Está siempre negociando. Tiene un montón de características que lo hacían el hombre ideal para buscar un puesto fijo allí.
Cuando instala el quiosco ya él chequea sólito, no hacía falta que fuéramos nosotros. Pasábamos diariamente por ahí. Yo, por ejemplo, iba en auto, pasaba por el quiosco, me paraba a comprar una revista y Osvaldo me la vendía. Dentro de la revista había un mensaje para Ramón o algo observado durante el día. Teóricamente no nos conocíamos.

Fuimos precisando algunos detalles —prosigue Ramón—. Por ejemplo, Osvaldo tiene una mirada muy penetrante, que uno se da cuenta cuando lo está mirando. Para corregir esto, ya que era riesgoso, implementamos una práctica, cuando él estaba en el quiosco. Esta consistía en que noso-

tros pasábamos en un auto y él tenía después que decirnos cuántos íbamos, en qué ubicación estaba cada uno y otros detalles, haciéndolo de tal forma que nosotros no nos diéramos cuenta que nos estaba observando. Tenía que aprender a observar sin ponerse en evidencia de que lo estaba haciendo y lo consiguió.

El quiosco de Osvaldo resolvió el problema más crítico: el de ubicar a Somoza cada vez que salía de su casa y observar qué rumbo tomaba normalmente. El comando estaba jubiloso y Ramón empezó a planificar el próximo paso del operativo. Pero el jueves, 21 de agosto, Osvaldo no vio al objetivo, ni el día siguiente, ni durante el fin de semana. Mientras pasaban los días, poco a poco creció el temor, y después la convicción de que Somoza había desaparecido de Asunción.

13

Aún antes de que Osvaldo resolviera el problema de tener bajo observación, desde el quiosco, los movimientos de Somoza, ya Ramón y los otros descartaban varios planes para llevar a cabo la operación. Una de las posibilidades que consideraron fue la de comprar un camión, cargarlo con vegetales, esconder las armas entre las cajas e ir de puerta en puerta vendiendo verduras a lo largo de la Avenida España, esperando a que pasara el objetivo. Una variante de esto era tener un camión cubierto estacionado en la Avenida, con el equipo armado adentro, acechando la oportunidad. Una tercera posibilidad era esperar a Somoza en una esquina con las subametralladoras cortas y las pistolas escondidas en bolsas de compras. Esta última fue inmediatamente rechazada porque no se sabía si la limosina de Somoza era blindada. Las primeras dos, también fueron rechazadas, ya que en esa área, fuertemente custodiada, un camión llamaría tarde o temprano la atención y las armas hablarían por sí mismas.

> Pensamos en una serie de posibilidades —recuerda Armando— si él hubiera tenido una regularidad, cualquiera hubiera servido.
> El núcleo del problema estaba en la necesidad de esperar en un lugar sin llamar la atención hasta que el objetivo apareciera.

Cómo último recurso, el equipo discutió seriamente la posibilidad de irrumpir en la residencia de Somoza en un momento en que ellos estuvieran seguros de que el ex dictador se encontraba allí. Santiago, que fue con Ana el último en llegar a Asunción, pensó en intentar hacer una entrada subrepticia en el aserradero, junto a la residencia

de Somoza, para estudiar las posibilidades que tenía como punto de partida para el asalto. Una noche, ya tarde, se dirigió allí para probar, pero media cuadra antes de llegar lo detuvo un patrullero y le pidieron sus documentos. El incidente, por supuesto, apagó el entusiasmo de todos en cuanto a esa incursión suicida.

El hecho era que Somoza había desaparecido y la posibilidad de que hubiera decidido abandonar Asunción para instalarse en Punta del Este, Uruguay, era muy probable. La continua tensión de no saber sus planes aumentaba día a día, junto al problema del creciente aburrimiento. Asunción ofrecía tan pocas diversiones que una noche, Julia, Ramón, Armando y Susana se tropezaron con Osvaldo, que salía de uno de los cines principales cuando ellos entraban en la última sesión. Se acomodaron en sus asientos durante el intermedio y justo antes de que las luces se apagaran vieron entrar a Santiago y Ana, que se sentaron varias filas adelante. La película, recuerda Osvaldo, era *Un Puente Lejano*.

En otra de las raras ocasiones en que todo el equipo se reunió en casa de Armando y Susana para revisar los planes operativos, a Osvaldo, impulsivamente, se le ocurrió anunciarles que era su cumpleaños. Eso fue suficiente para que la reunión se transformara en una fiesta. Quizás la inspiración le vino porque se tuvo que esconder, para que nadie lo viera, agachado en el asiento de atrás del Peugeot, cuando iban para la reunión. Eso le hizo sentir que él era el más solitario de todo el grupo.

> Ibamos a hacer un asado y evaluar el plan. Entonces en ese momento se me prende la lamparita para mantener un hilo allí, con ellos. La mayor parte del tiempo tenía que estar trabajando en el quiosco. No era un trabajo, porque estaba sentado. No era un sacrificio. El problema fundamental, que yo en ese tiempo no me daba cuenta, era la tensión que uno va acumulando. Yo quería estar con ellos, juntos, que hablaran de todo eso para estar tranquilo. Con todo el resto de la gente, y tenía un montón de amigos, amigas, conocidos y todo eso, no podía hablar nada.

Cuando los otros empezaron a colmarlo con improvisados regalos de cumpleaños, Osvaldo confesó que no era en realidad su cumplea-

ños; simplemente había querido animar un poco las cosas. A pesar de su confesión, todos insistieron en que se quedara con los regalos.

Aunque Somoza seguía sin aparecer, Ramón insistió en continuar con el desarrollo de los planes para la operación final. Era obvio, continuó, que no había una manera factible de improvisar un lugar para llevar a cabo la operación. Así como el problema del chequeo había sido resuelto con la instalación de Osvaldo en un punto fijo de observación, tenía que encontrarse un lugar fijo donde el equipo pudiera esperar la oportunidad para ejecutar el plan.

Uno de los pocos movimientos previsibles que habían podido establecer con respecto a Somoza era que, siempre que salía de su casa en el Mercedes Benz, continuaba recto por la Avenida España, en vez de doblar a un lado o al otro, en la intersección donde estaban los semáforos.

A lo largo de ese trecho de Avenida España, que llevaba hacia el centro de la ciudad, había sólo dos casas que se alquilaban. Una de ellas estaba sin amueblar y podía presentar una serie de problemas de gastos y seguridad si quisieran alquilarla como base operativa. La otra parecía estar por lo menos parcialmente amueblada, pero era más grande que la primera: ideal para la residencia de un embajador o un rico. El problema residía en cómo acercarse al dueño de la casa. Debían tener una leyenda convincente que justificara alquilar una casa tan grande por tan poco tiempo.

—¿Alguien tiene alguna idea?

Ramón se echó para atrás en la silla y esperó. Después de una pausa, mientras los otros estaban todavía buscándole solución al problema, Julia dijo:

—Se me ocurre algo que puede parecer un poco alocado, pero sucede que en uno de sus últimos álbumes, Julio Iglesias tiene tres canciones sobre Paraguay que se han vuelto bastante populares...

Siguió exponiendo su plan y a todos les entusiasmó. Lo examinaron desde varios ángulos y consideraron las posibles complicaciones.

La elegante muchacha con el cabello recogido y grandes ojos de gata, se inscribió en el mejor hotel, descontando el Hotel Guaraní, una hora después de que el avión de la mañana de Buenos Aires llegara a Asunción.

Se instaló en su habitación, hizo una llamada telefónica y concertó una cita para esa misma tarde.

A mí la pancita ya un poco me aparecía —cuenta Julia—. Me compré ropa un poco suelta pero bien a la moda, hice todas las cosas que no hacía nunca, como ir a la peluquería. Llamé por teléfono desde el hotel y la dueña me citó a la casa que estaba por alquilar. Era un casa bacana, bastante lujosa, con cuatro baños, un montón de habitaciones y piscina.

Necesitaba muebles, era muy difícil que cualquier turista la alquilara. ¿Quién era capaz de alquilarla? Un diplomático, un hombre de negocios o un artista. Y como Iglesias tiene tres canciones paraguayas, surgió la idea de que él iba a hacer una película en Paraguay.

La mujer estaba con su marido. Ella era chilena. El hombre estaba allí como para poner la firma, nada más. Ella era la que hacía los trámites, la que conversaba conmigo, la que regateaba, todo. Era de esas burguesas que están bien seguras de sí mismas. Altanera. Y empieza a preguntar quién soy. Le digo que soy argentina, que la casa la necesitábamos para hacer un tipo de trabajo. No le quería largar de pronto que era para Julio Iglesias. Le iba preguntando el precio, si ellos vivían aquí. La mujer era muy compuesta, ella con mucho tacto hizo todas las preguntas, pero a lo último me dijo —¿Pero para qué la quiere?— Entonces yo le dije:

—Le voy a decir la verdad, señora, pero queremos la mayor discreción porque para nosotros sería una situación muy delicada, incluso podría afectar su casa.

Le hice un preliminar bastante grande y ella:

—Bueno, sí, sí, pero ¿para quién es?

—Bueno, —le dije—, para Julio Iglesias que va a filmar una película aquí.

—¡Uy! —dijo—, ¡No puedo creer!. Mi casa va a ser famosa.

La casa que alquilaron "para Julio Iglesias" y desde donde se realizó el operativo.

Y yo decía para mis adentros, "claro que va a ser famosa su casa, pero no por lo que usted cree". Fue graciosísimo, yo tenía que hacer esfuerzos para no reírme. Cuando le dije "Julio Iglesias", la mujer cambió de cara, cambió todo.

—Ay, —dijo—, mi hija está en Chile. Quizás venga para conocer a Julio Iglesias. ¿Habrá la oportunidad de venir a verlo?

—Si, por supuesto —le digo—. Claro que nosotros necesitamos por lo menos un mes para acondicionar la casa antes de que él llegue. Usted sabe cómo son los artistas, pero por favor, la discreción más estricta porque si no vamos a tener la casa llena de gente, y eso es lo que él no quiere. Que se sepa que está Julio Iglesias en Asunción pero que no se sepa dónde. Si usted quiere venir a visitarlo y conocerlo, no tenemos ningún inconveniente.

La mujer estaba entusiasmada. Me invitó a su casa para arreglar lo del alquiler y Ana ya me había preparado una documentación donde el representante de Julio Iglesias me autorizaba para alquilar una casa para él, y otro carnet emplasticado, que me acreditaba como miembro de la Asociación de Artistas Argentinos. Más tarde descubrimos que esa asociación había dejado de existir cuando Ramón era joven, pero ella no sabía absolutamente nada y aceptó todo; estaba totalmente fascinada.

Me pidió una dirección para localizarme y yo sabía que iba a querer confirmar, que me iba a llamar. Por eso me fui a uno de los mejores hoteles y me quedé allí dos o tres días. Ella llamó por teléfono, firmamos el contrato y le dije que tenía que volver a la Argentina.

La llamativa muchacha, con un único pero fino bolso de viaje, dejó el hotel dos horas antes de que el avión del mediodía saliera para Buenos Aires. El botones que llevaba su maleta hasta la acera recibió una buena propina. Julia también premió al portero quien le preguntó si podía llamarle un taxi.

—No, gracias —dijo ella con una sonrisa—, hay unos amigos que me van a recoger. Aquí están ahora.

Armando puso su maleta en el baúl del Peugeot y ella subió al asiento trasero junto a Ramón. Julia abrió su cartera mientras Armando arrancaba el carro y con ademán florido, le entregó el contrato a Ramón.

—Es nuestra —dijo—. Tenemos la base operativa.

El último obstáculo había sido resuelto. Con una base fija situada en la avenida por donde Somoza viajaba, el equipo estaba ahora preparado para perfeccionar los planes y tenderle la trampa mortal al ex dictador, siempre y cuando volviera a aparecer.

La recién alquilada residencia, pese a estar situada en un lugar ideal para el operativo, estaba a su vez ubicada entre las fauces del león. Ramón nos explica:

> El vecino de al lado era el Ministro de Turismo del Paraguay y los dos vecinos al otro lado eran amigos personales de Stroessner. La casa de éste quedaba a 200 metros. Era una zona muy escogida. A 400 metros, estaba el Estado Mayor del Ejército, a 300 metros la Embajada Norteamericana. Enfrente de la casa de Stroessner había una custodia de seguridad permanente. Tuvimos que cuidar mucho de cada uno de nuestros movimientos para no despertar la más mínima sospecha.
>
> —El alquiler nos costó cuatro mil 500 dólares: mil 500 por mes y pagamos tres meses por adelantado para entrar a la casa.
>
> Fue necesario ponerle un cuidador, para no hacernos ver mucho nosotros. Julia le había dicho a la dueña que dentro de unos días iban a venir unos electricistas para arreglar la iluminación interior según las exigencias de Julio Iglesias. Pero ya estábamos a fines de agosto y Osvaldo no había visto ni un pelo de Somoza desde el día 20.

14

Hacía ya tres meses que Armando y Susana vivían en la casa de Asunción y la leyenda de Armando se gastaba peligrosamente. No habían podido evitar, debido a las supuestas actividades inversionistas de Armando, rodearse de un círculo creciente de conocidos. Mientras pasaban las semanas, los amigos ocasionales se comenzarían a preguntar tarde o temprano: "¿Cuándo va a empezar Armando con su negocio de construcción?" Susana nos describe el clima psicológico que prevalecía durante esa última etapa:

> Una cosa que a nosotros nos puso tensos fue la demora. Era una operación que estaba planificada para hacerse en dos meses como máximo. Los imponderables no los pone uno. Llegó un momento en que las demoras se hicieron insoportables. Pensábamos que debíamos planificar de nuevo con vistas a quedarnos más tiempo. Habíamos hecho una leyenda con Armando para quedarnos dos meses, que nos quedaba perfecta. La prueba está que nos quedamos tres.
>
> Todo el plan que nos trazamos, las leyendas, todos los movimientos, la situación, se agotaba. Existía el peligro permanente de incurrir en errores que nos llevarían a tener problemas de seguridad. Los problemas fundamentales de seguridad pasaban no sólo por nuestra integridad física, sino porque la operación podía perderse para siempre. Nos mataba la ansiedad. Podíamos caer en el voluntarismo. Eran días de tensión para resolver eso. Nos reuníamos y conversábamos y pensábamos.
>
> Tomamos la decisión de dejar la casa y que Armando y yo teníamos que desaparecer de Asunción un tiempo para

enfriarnos. Nos vamos por una razón bien justificada, porque el negocio no caminaba. Nos vamos a ver si emprendemos negocios en otra parte. Ibamos a Brasil, porque es un país lindo, con unas hermosas ciudades. Podíamos invertir, tendríamos una vida más como la que queríamos. Eso era perfectamente creíble, porque era real. Nos vamos, nos despedimos, pero el problema que subsiste en forma permanente, muy tenso para Armando y para mí, es que todo el resto del tiempo nosotros tenemos que estar en comunicación con Asunción o estar en Asunción y evitar todo contacto con la gente que habíamos conocido.

El dejar la casa no fue un simple asunto de cortar la electricidad y entregarle la llave al dueño. Ramón y Julia tenían que encontrarse otra casa y, sobre todo, un nuevo buzón donde esconder las armas. La transferencia tenía que ser llevada a cabo sin correr ningún riesgo. La casa que alquilaron Santiago y Ana era la solución lógica para el nuevo escondite. Santiago resolvió el problema quitando el espaldar del sofá. Colocó las armas allí adentro y volvió a poner el respaldo.

Ramón y Julia se mudaron a un departamento pequeñito. El Peugeot se lo vendieron a un agente de carros usados y los dueños de la casa donde vivieron Armando y Susana por tres meses, dieron una fiesta de despedida la noche antes de que ellos partieran para Brasil.

El período de "enfriamiento" de Armando y Susana resultó ser precisamente eso. Llegaron a principios de septiembre a un pequeño pueblo de la costa, en el sur de Brasil. Armando nos cuenta su experiencia:

> El taxista que nos llevó del aeropuerto nos dice:
> —A ustedes no les va a gustar mucho en este momento. Esta playa es hermosa, divina, cuando hay sol, pero ahora no hay nadie. Han venido en mala época.
> Llegamos en pleno invierno, estaba lloviendo y éramos los únicos turistas que había ahí. Estaba todo cerrado, ni siquiera el hotel estaba abierto. Allí hay 15 días al año que hace frío y nosotros llegamos el primer día, justo cuando comenzaba el invierno.

Lo peor es que no podíamos cambiar de lugar porque teníamos la cita preestablecida ahí. Nos quedamos en un departamentito sobre la playa. Hasta los restoranes estaban cerrados. Lo único que había abierto era un negocio pequeño de comestibles donde nos abastecíamos. La mujer que nos alquiló, vivía en el mismo edificio y no entendía nada. Ella se habrá creído que yo era un tipo casado, de plata, que me había enganchado a una muchacha por ahí y que me la llevaba a pasar unos días. Yo le decía que me gustaba mucho el mar y me iba al mar lloviendo y con un frío bárbaro. Corría arriba y abajo por la playa y me metía en el agua y venía helado, muerto de frío.

Estuvimos solos en ese departamento sobre el mar —recuerda Susana—. Yo toda arropada, sentada en un sillón, mirando llover por la ventana. No pasaba ni un alma, ni un auto, ni un pájaro. Nada. Estaba todo cerrado: hoteles, restaurantes, bancos. Es tan muerto cuando no hay turismo que no funciona nada. Había cuatro pobladores del lugar con un almacencito. Se vendían las provisiones indispensables y nosotros sin nada que hacer. La dueña, estaría resfriada, enferma, no sé, tampoco se la veía. Después de cinco días fuimos a una cita en una ciudad cercana y no apareció nadie. Esperamos dos días más y volvimos a la segunda cita. Allí llegó Julia.

Ramón llevó a Julia hasta el aeropuerto de Asunción para un avión hacia Brasil donde ella iba para ponerse en contacto con Armando y Susana. Cuando iban entrando al área de estacionamiento Julia le apretó el brazo a Ramón:

—Mirá —dijo—, allí están los carros.

El Mercedes blanco de Somoza y el Ford Falcon rojo daban una vuelta despacio en el parqueo. Había cuatro guardaespaldas en el Falcon. Somoza no iba en el Mercedes.

—Llega de Buenos Aires —decidió Ramón—. El avión de la mañana aterrizará dentro de una hora.

Ambos dedujeron que durante esos 20 días de agonía, debido a la desaparición del ex dictador, Somoza debía encontrarse en Buenos Aires haciéndose revisar por su médico.

—Traete con vos a Armando y a Susana lo más pronto posible —fueron las últimas palabras que Ramón le dijo a Julia mientras la despedía.

Julia pasó la noche con Armando y Susana y a la mañana siguiente tomaron un avión para Iguazú y cruzaron la frontera hacia el lado paraguayo de las cataratas. Julia regesó sola a Asunción. Armando y Susana alquilaron un automóvil y se hospedaron en un hotel en la ciudad fronteriza llamada Presidente Stroessner. Esa misma tarde Susana fue a un salón de belleza para reparar los daños que el sol y el viento le habían causado a su cabello durante las vacaciones brasileñas. Era un salón unisex que también atendía a caballeros. En el escaparate había una variedad de pelucas masculinas y femeninas.

Susana apretó los labios mientras examinaba una desgreñada peluca masculina. "Justo para el tipo de Armando", se dijo, "cuando volvamos a Asunción tendremos que andar disfrazados". Salió de la peluquería con su cabello limpio y brillante, llevando la peluca dentro de una bolsa de papel.

En Asunción, Ramón estaba convencido que Somoza había vuelto y puso a Osvaldo en estado de alerta, pero durante los próximos días no se apareció.

Julia telefoneó a la dueña de la casa operativa para decirle que había venido de Buenos Aires para contratar el equipo de electricistas y que dentro de pocos días ellos entrarían en la casa para comenzar su trabajo de instalación.

15

Ana salió de Asunción para una importante ciudad brasileña poco después de haber preparado la documentación falsa que le daría visos de verdad a la leyenda de Julio Iglesias, permitiéndole así al equipo, alquilar la casa operativa. Aún tenía un papel importante que jugar en el plan de retirada suyo y de Santiago, pero su presencia no era necesaria en Paraguay. Arrendó un cuarto en un hotel de segunda y vivió allí sin llamar la atención. Se pasaba el día leyendo y escuchando todas las emisiones noticiosas que su radio era capaz de recoger.

Ramón se sentía incómodo con el apartamento que habían alquilado con Julia. La propietaria era demasiado entrometida. Habían pagado la primera semana por adelantado, pero cuando el plazo hubo terminado los dos empacaron sus maletas y se fueron, no sin antes explicarle a la dueña, que habían tenido que acortar sus vacaciones debido a una llamada inesperada que él había recibido de su oficina en Buenos Aires. Pasaron a la casa de Lambaré con Santiago unos pocos días y después se instalaron en un hotel grande e impersonal.

Armando y Susana salieron de Presidente Stroessner a la mañana siguiente de su llegada. Tenían que estar en Asunción en las primeras horas de la tarde para una cita operativa. Había muchas horas que matar. Susana insistió en que Armando llevara su peluca y él de mala gana aceptó. La peluca le daba calor y picazón en la cabeza. Empezó a rascarse distraídamente y la peluca se le ladeó. Se la acomodó con una mano mientras mantenía la otra sobre el timón, y le preguntó a Susana si estaba bien. Ella le aseguró que sí, que perfecto.

Armando no estaba satisfecho con el auto que habían alquilado el día anterior. Antes de recorrer cinco kilómetros se dio cuenta de que no les serviría. El motor fallaba, la suspensión estaba mala y Arman-

do se prometió que lo cambiaría en cuanto regresaran a Presidente Stroessner.

Se detuvieron para almorzar en un restaurante de Coronel Oviedo y cuando Armando salía del auto, su cabeza rozó con el marco de la puerta y la peluca se le torció cayéndole sobre la ceja derecha.

—Ajustátela —se echó a reír Susana—, te ves ridículo.

Armando gruñó, pero no dijo nada. Volvió a meterse al auto y se la arregló frente al espejo. En el restaurante eligió una mesa en la esquina, al fondo, y mientras estudiaba el menú, le dijo entre dientes a Susana:

—Se están codeando y me señalan.

—No seas tonto, Armando. Te sentís incómodo, eso es todo.

La distancia entre Presidente Stroessner y Asunción es de 330 kilómetros. Hicieron el recorrido en silencio. Después de todos esos meses de tener que estar juntos a la fuerza, no había más de qué hablar. Ambos se sentían tensos, con la certeza de que el clímax de la operación se avecinaba, con la angustia de que a pesar de la peluca de Armando, las gafas oscuras de Susana y su nuevo peinado, podrían ser reconocidos en las calles de Asunción por alguno de sus amigos. En caso de que eso sucediera, iban a decir que Armando había dejado el Peugeot en consignación en el lote de carros usados y regresaba ahora para recoger el resto del pago.

La reunión en casa de Santiago aumentó la tensión. Estaban casi seguros de que Somoza había vuelto a Paraguay y Ramón decidió que el comando debía mudarse a la casa operativa el lunes, 15 de septiembre. Hasta entonces, el peligro de que Armando y Susana pudieran ser reconocidos era demasiado grande como para permitirles quedarse en Asunción. Sería mejor que siguieran alquilando su cuarto del hotel en el pueblito fronterizo y viajaran a la capital una vez al día para mantener contacto con el resto del equipo.

—Sé que va a resultarles duro —les dijo Ramón—, pero es necesario que sigan viajando. Cualquiera que alquile un cuarto de hotel en estos días, automáticamente va a ser considerado como sospechoso. Si yo estuviera en tus zapatos, Armando, haría algo acerca de esa peluca. Es demasiado obvia.

Antes de salir de Asunción a su regreso, Armando y Susana se detuvieron en un supermercado y compraron pan, mantequilla, salchichas, queso y otros ingredientes para preparar bocadillos que iban

chichas, queso y otros ingredientes para preparar bocadillos que iban a precisar en los largos viajes de los próximos días. Mientras Armando salía de la tienda llevando una caja de cartón con todas las compras, un grupo de granujas en el área de estacionamiento empezó a silbarle. Uno de ellos, ahuecó sus manos alrededor de los labios y le gritó:

—¡Comprate una peluca!

Armando entró al auto y depositó la caja en el asiento trasero. La próxima parada era una gasolinera. Mientras hablaba con nosotros, años más tarde, todavía apretaba los puños, exasperado, recordando su última humillación:

> Todo el día la peluca se me enganchaba, se me corría, se me despeinaba, se me iba de lado, me aguanté todo. Cuando volvíamos a Presidente Stroessner me bajé en la estación de servicio para cargar nafta y el tipo se me queda mirando a la cabeza. Yo le quiero pagar y el hombre no ve el dinero, tiene los ojos clavados en mi cabeza. Subo al auto ya furioso y le digo a Susana:
> —Ya viste; llamamos mucho más la atención así que sin peluca.
> Me la saqué y la tiré al fondo del auto. No volví a ponérmela hasta que la usé finalmente durante la operación.

Armando y Susana no eran la pareja ideal, todo el mundo lo sabía. Al principio Ramón quería que Armando fuera el compañero de Ana y Santiago de Susana, pero debido al tobillo fracturado de Ana, los planes se tuvieron que modificar.

> Era cuestión de conocerlos —recuerda Julia—. Era una pareja muy especial desde todo punto de vista. La forma de ser de Susana era muy contrastante. Verlos a los dos en las calles de Asunción y a él con una peluca resultaba increíble. Yo lloraba de risa.
> Eran bien diferentes. Susana no estaba muy feliz al principio. Como revolucionarios nos apreciamos todos y sé que entre ellos se querían muchísimo, pero era un problema de diferencias de criterio para resolver algunas cosas prácti-

cas. Si tenían que ir a algún lado, Susana se preocupaba de la camisa que se iba a poner Armando. El es un hombre campechano, muy como es él. No puede disimular. Susana, en cambio, es una mujer hecha para la clandestinidad: Muy mesurada, sabe guardar siempre su lugar, su compostura y los dos entraban en contradicción con respecto a los criterios.

Yo me llevaba muy mal con Armando —cuenta Susana—, pésimamente. Con el tiempo lo fui superando. Fui valorando su calidad de militante revolucionario y me fui dando cuenta de que no tenía que tener esa actitud con él. Yo era intolerante a veces con Armando, no con los demás, con él. Compartimos demasiadas cosas, demasiadas tensiones por demasiado tiempo. Es con él que estuve cuatro largos meses en Paraguay. Armando era el hombre alegre del grupo. Le gustaba el baile, la música, la comida, las fiestas. Era terriblemente emotivo, lloraba con facilidad, sin complejos, sin ninguna atadura. Era libre, el más libre de todos. Algo lo hizo un hombre así, no atado a prejuicios. Se emociona, llora y te dice por qué, qué le causó la emoción.

Fue así cómo esta pareja dispareja empezó la dura prueba de viajar diariamente entre Presidente Stroessner y Asunción durante la etapa final de ese tenso período en Paraguay.

Estuvimos en un hotel en la frontera —recuerda Armando—. Ibamos todos los días a Asunción para tener un contacto con Ramón y Santiago y saber qué pasaba. Viajamos permanentemente durante una semana. Hacíamos 330 kilómetros de ida y 330 de vuelta todos los días. Tengo mucha resistencia para manejar, puedo manejar 20 horas sin parar, pero eso ya era el colmo. Yo estaba muerto, me dormía parado.

Ya no teníamos dónde estar —retoma Susana el hilo—. Viajábamos permanentemente. Era un cosa de locos. Ir y venir. Ibamos al hotel a dormir y por la mañana volvíamos a salir. Los veíamos a los compañeros en una cita, comíamos en un restaurante, buscábamos por las afueras para hacer un picnic, o íbamos a algún pueblo, después veníamos de regreso.

A veces hacíamos un poco de tiempo en el camino. Tomábamos un refresco, un café. Llegábamos a dormir, rendidos. Era terrible. Yo tenía la cintura adolorida. Manejábamos los dos, pero él manejaba más. En el hotel, siempre pagábamos el día por adelantado cada mañana antes de irnos, hasta que hubo una vez que no volvimos más. Nos quedamos en Asunción y alquilamos otra clase de habitación.

Era el 10 de septiembre de 1980, el tercer día del interminable calvario de Armando y Susana. Osvaldo, sentado en el quiosco de Avenida España, se electrizó con la sorpresa. Se puso de pie, alcanzó una revista, empezó a voltear las páginas despacio, mientras bajo las cejas, sus ojos oscuros y penetrantes seguían cuidadosamente al Mercedes azul que se acercaba hacia el quiosco seguido del Falcon rojo. Allí venía, tan altivo como siempre, sentado en el asiento de adelante de la limosina. Después de 21 días de ausencia, la presencia de Anastasio Somoza Debayle en Asunción, quedó comprobada.

Había un importante detalle final que tenía que ser resuelto: la selección y compra del vehículo que les serviría para la operación y la retirada. Fue allí—Ramón y los otros están de acuerdo— que empezaron a acumularse una serie de pequeños enredos que desembocarían en un desenlace fatal.

Se decidió que el vehículo tenía que ser una camioneta grande y que el conductor sería Armando. Una vez llevada a cabo la operación, Santiago y Ramón arrojarían las armas a la camioneta, se subirían a ella y el que estuviera en la parte trasera tendría un campo de fuego abierto para cubrir la retirada.

A Osvaldo se le designó para comprar el vehículo, ya que su plan de escape era el más sencillo y rápido de todos. Sin embargo, Osvaldo tenía que vigilar los movimientos de Somoza, trabajaba en el

quiosco todo el día, a veces hasta las 10 de la noche, y además no era un experto en autos, así que le tocó a Santiago elegir el vehículo.

Santiago, de casi dos metros de alto, con su cabello rojizo y su barba, era una figura inconfundible. Durante la segunda semana de septiembre eligió el vehículo y le comunicó a Osvaldo dónde ir y cuál era la camioneta que había que comprar. Al día siguiente Osvaldo dejó a su ayudante a cargo del quiosco y fue a hacer la compra. La camioneta que Santiago había elegido ya había sido vendida. Osvaldo se precipitó a la casa de Lambaré para contarle a Ramón lo sucedido.

> Yo le dije a Santiago —nos cuenta Ramón—, que el operativo se podía postergar o fallar por otro problema, pero no por ese. Nosotros teníamos que garantizar las cosas y el lunes la camioneta tenía que estar disponible para trasladar las armas y montar la operación. Efectivamente, el lunes teníamos la camioneta.

Para hacer la compra, Santiago tuvo que volver a la mañana siguiente al lote de vehículos usados, hacer una selección rápida y enviar a Osvaldo a comprar la camioneta pocas horas más tarde.

Durante el fin de semana, Ramón y Santiago pintaron la camioneta en el garaje, pero no pudieron encontrar en ninguna de las ferreterías de Asunción el formón de acero carborundo adecuado para borrar el número de serie del motor, así retardar la identificación del vehículo en caso que lo tuvieran que abandonar. El motor había respondido bien cuando Santiago lo probó en el lote, pero durante el fin de semana descubrieron que era difícil hacerlo arrancar cuando estaba frío. No había nada que hacer. Era la camioneta que tenían que usar.

Ramón y Julia se habían mudado a un hotel hacía ya una semana. Osvaldo abandonó su pensión y se mudó con Santiago. Armando y Susana tenían frente a ellos un espinoso problema de seguridad que aún no habían resuelto la noche del Domingo, 14 de septiembre. La vigilia iba a empezar la mañana siguiente a las 6 a.m. y continuaría diariamente hasta que el blanco apareciera y saltara la trampa. Alquilar un cuarto de hotel en Asunción a estas alturas, para abandonarlo minutos después de la operación, no era posible. Habría dejado una

huella clarísima para la policía. Esa noche, tal como lo habían hecho durante una semana, regresaron a su cuarto de hotel en Presidente Stroessner, a 330 kilómetros de la escena de operaciones.

Hugo Irurzún; "Capitán Santiago"

16

Armando se levantó a las cinco de la mañana el lunes 15 de septiembre y salió del hotel en puntas de pie para no despertar al recepcionista. No había ni un alma en las calles de Presidente Stroessner cuando inició su largo viaje. El nuevo auto alquilado estaba en buenas condiciones y lo mantuvo a 120 kilómetros por hora. El único factor favorable, pensó con desgano. Susana tenía que permanecer en la habitación todo el día y él no volvería sino hasta después de las 9 de la noche. Que programa para una pareja de argentinos en luna de miel que supuestamente había pasado la semana anterior contemplando anonadada las maravillas de las cataratas de Iguazú.

El día anterior, por sugerencia de Ramón, intentó alquilar uno de esos apartamentos en Asunción que se arriendan por día, pero era domingo y la propietaria no se encontraba. Intentaría nuevamente hoy, después de la vigilia.

Ramón apareció en casa de Santiago a las 5:30 a.m. Se cambió de ropa y se puso unos overoles iguales a los de su amigo. Entre ambos quitaron el respaldo del sofá, sacaron las armas, las pusieron en las cajas de madera en que habían llegado y clavaron las tapas. Las acarrearon a la camioneta Chevrolet y, mientras Ramón abría las puertas del garaje, Santiago arrancó el motor que resistió como siempre cuando estaba frío. Finalmente, a la cuarta o quinta vez, logró encenderlo manipulando con cuidado el acelerador. Ramón cerró con llave las puertas del garaje y se subió a la camioneta junto a Santiago.

Osvaldo, con uno de los dos walkie talkies escondidos en el bolsillo interior de su chaqueta, había salido ya de la casa para abrir el quiosco. Poco después de las seis de la mañana Santiago metió de retroceso la camioneta en la casa de Avenida España. Ramón cerró

la puerta del garaje y los dos descargaron las cajas, las llevaron al salón y desclavaron las tapas.

Armando se detuvo brevemente en la carretera desierta para cambiarse a overoles parecidos a los de Santiago y Ramón. Estacionó en el lugar de cita convenido, cerca del cementerio de Asunción, metió su billetera en la guantera del carro y caminó varias cuadras hasta la casa operativa. Eran las 8 en punto de la mañana cuando apareció. Las armas ya habían sido revisadas y cargadas. La vigilia había comenzado.

El arma de Armando era un rifle FAL. Quitó el cargador y lo colocó en el asiento. Subió a la camioneta y empezó a ensayar: rápidamente puso el vehículo en neutro, fijó el freno de mano, abrió la portezuela, se lanzó fuera de la camioneta y puso el FAL en posición de tiro.

Ramón estaba en su puesto, en el comedor. Tenía encendido el walkie talkie que silbaba y hacía ruidos sobre la mesa. El rifle M-16 con 30 balas en el cargador, estaba a su lado. Ramón también llevaba una pistola Browning 9 mm en uno de los amplios bolsillos del overol. El arma de Santiago, un RPG-2, estaba apoyada al lado de la puerta principal, junto a una carga de repuesto y una subametralladora Ingram, equipada con silenciador.

Los tres miembros del comando habían memorizado el plan. Julia les había entregado un dibujo preciso de la planta baja de la casa donde estaba indicada la puerta que conducía al garaje. También tenían un mapa a escala de la residencia, el patio delantero y el trecho de la Avenida España que pasaba enfrente. Ensayaron las maniobras de Armando en el Chevrolet, usando cajas de fósforo para indicar la camioneta y los dos vehículos de Somoza. Ahora, por primera vez, los tres estaban en el sitio mismo, verificando que el plan era factible. Ramón tenía unos cuantos puntos que revisar:

—La señal de Osvaldo para nosotros, será repetir tres veces el color del auto en que va Somoza —dijo—. Estuve esta mañana en el jardín de enfrente llevando cuenta del tiempo. A un automóvil le toma de 23 a 29 segundos llegar hasta aquí, luego de haber pasado el quiosco. Tenemos que estar en nuestros puestos en veinte segundos a más tardar después de escuchar la señal.

Ramón se puso tenso y levantó una mano, mientras un hombre entraba por el jardín y se acercaba.

—Recojan las armas —dijo—.

Santiago recogió la bazuka, el recargo y la Ingram, mientras Armando quitaba de la mesa el M-16 y el walkie talkie. Ambos desaparecieron en el garaje. Ramón esperó a que sonara el timbre la segunda vez antes de abrir. El que llamaba era un hombre joven con ropa de trabajador.

—Soy el cuidador —se presentó—, la señora me dijo que debía venir hoy a cobrar.

—Sí —asintió Ramón—, ella me habló de usted. Va a estar aquí a las 12. Por favor vuelva a esa hora.

Santiago y Armando regresaron al salón mientras el celador se alejaba. Volvieron a poner las armas en su sitio y reasumieron sus posiciones. Ramón miró su reloj pulsera.

—Osvaldo nos va a llamar a las 9 en punto para probar los walkie talkies —dijo—. Mientras tanto podemos ensayar. Sin armas, por supuesto. ¡Azul, azul, azul!

Ramón se precipitó a la puerta de entrada y tomó su posición cerca del muro bajo que separaba el jardín de enfrente, de la acera.

Santiago simuló recoger la bazuka y esperar adentro, junto a la puerta de entrada, hasta que Ramón le diera la señal de avanzar. Armando corrió hacia el garaje, abrió las puertas de par en par, se subió a la camioneta y empezó a maldecir en voz baja cuando el motor se resistió a arrancar.

—Esto es un desastre —dijo Ramón cuando entró al garaje y cerró las puertas—. ¿Qué pasa?

Armando finalmente logro que el motor arrancara, lo aceleró y lo dejó descansar mientras escuchaba con oído crítico.

—Probablemente son las válvulas que están gastadas —dijo—. No tiene compresión. Déjame que mire.

Tiró de la palanca para abrir la tapa del motor, salió del vehículo, levantó la capota y empezó a sacar los cables de las bujías uno por uno. Ramón regresó al comedor y se sentó de nuevo junto a la ventana a esperar la señal de Osvaldo.

A las 9 en punto —Ramón estaba mirando el minutero de su reloj pulsera— había una alteración en el nivel de ruido del walkie talkie, aumento en la estática y no se entendían bien las palabras. El nivel de ruido bajó a un silbido y Ramón miraba el aparato con el ceño fruncido. Debe haber sido Osvaldo trasmitiendo a la hora acordada,

pero la señal no se oyó. Habían ensayado muchísimas veces con los dos walkie talkies, frecuentemente a mayor distancia de la que separaba el quiosco de la casa. Tanto Osvaldo como los otros sabían como operar el aparato. Las baterías en ambos radios eran nuevas. Ramón levantó el walkie talkie y apretó el comunicador:

—Uno cero uno, no escuchamos. Responde.

De nuevo aumentó la estática y vino una respuesta ininteligible.

—No puede comunicarse, Flaco. Tenés que ir allá y estar seguro de que nos transmitió a la hora acordada. Averiguá si escuchó el mensaje, si contestó. Lleváte otras baterías con vos, mirá si los puntos de contacto están corroídos o tienen polvo y llamáme a las 9 y 20. Tu mensaje será: "Tres cero tres, responde". Si te escucho, contestaré inmediatamente.

Santiago estuvo de acuerdo, fue al garaje y sacó dos baterías del estuche de herramientas que estaba abierto sobre el ancho guardafango del Chevrolet.

—¿Cómo va eso, Armando?

Armando se encogió de hombros.

—Estoy limpiando los platinos —dijo—, veremos si eso ayuda.

Santiago desapareció y Ramón reasumió su espera. A las 9 y 20 la voz de Santiago se escuchó con toda claridad:

—Tres cero tres, tres cero tres, responde.

Ramón suspiró aliviado y apretó el comunicador.

—Aquí tres cero tres. Te escucho bien. Fuera.

Santiago regresó 10 minutos más tarde.

—Osvaldo trasmitió como habíamos quedado, a las 9. Recibió tu respuesta y contestó. El aparato está bien, lo mismo que las baterías, pero de todos modos las cambié. Te llamé enseguida y recibí tu respuesta. Para estar seguro de que todo marcha, le dije a Osvaldo que llamara a las 9 y 45.

Armando entró por la puerta que daba al garaje, con las mangas de la camisa enrrolladas hasta los codos y las manos llenas de grasa.

—¿Cómo va la camioneta? —le preguntó Ramón—.

—Hice lo que pude, pero es una mierda. La raíz del problema son las válvulas gastadas. Para tener un margen de seguridad tendremos que calentar cada hora el motor. Sólo así podremos estar seguros de que arranque cuando llegue el momento.

Fue al baño a lavarse las manos y a las 9 y 45 los tres estaban junto a la radio. De nuevo hubo un cambio en el ruido de trasfondo, y con dificultad escucharon las palabras: "...cero tres, tres cero..."

—Debe ser algo en la ubicación —decidió Ramón—. ¿Dónde estabas vos exactamente cuando trasmitiste, Flaco?

—Déjame ver. Después de que hablamos sobre el problema y miramos los relojes para ver si estaban sincronizados, le pedí el aparato, lo metí en mi overol y fui al cuarto de baño que queda justo dentro del Bowling para mirar los contactos y cambiar las baterías. Salí, me quedé mirando para ver si no había alguien que me estuviera observando, me di vuelta, quedando de espaldas a la calle, y te llamé.

—Así que estarías a unos cinco metros del quiosco.

—Sí —dijo Santiago— ¡Por supuesto! —y se palmeó la frente—. Tienen que ser los cables. Hay cables de alta tensión que pasan directamente encima del quiosco que chupan la señal.

—Regresá y decile eso —dijo Ramón—. Decile que cuando divise el blanco tiene que salir del quiosco y caminar hacia la entrada del Bowling para trasmitir. Que ensaye a las 10, que yo responderé.

La llamada de las 10 fue un éxito. La voz de Osvaldo era clarísima; Armando palmeó el hombro de Ramón, feliz de que hubieran resuelto el problema.

Julia fue al supermercado coreano a las 9 y 30 de la mañana del lunes y compró los ingredientes para preparar el almuerzo. Al pasar por el quiosco de Osvaldo con su cesta de compras, reconoció a Santiago, a pesar del disfraz. Hablaba con Osvaldo y ella se inquietó pensando que podría haber surgido algún problema. Llegó a la casa operativa antes que Santiago y se sumó a la vigilia mientras hacía sandwiches de jamón y queso y abría botellas de Coca Cola para los cuatro. Si la operación se hubiera llevado a cabo mientras ella estaba en la casa, habría participado con la sub ametralladora Ingram para abrir fuego contra los guarda espaldas de Somoza.

El celador llegó puntualmente a las 12. Julia le pagó por las dos semanas de trabajo y le dijo que ya no se le iba a necesitar puesto que la casa estaría habitada de ahora en adelante. Julia salió de la casa poco después del mediodía y la vigilia continuó hasta las 6 p.m., cuando empezaba a oscurecer. Todos habían estado de acuerdo, desde el principio, que la operación debía llevarse a cabo en pleno día

ya que la presencia del blanco en la limosina tenía que ser verificada sin riesgo a equivocarse.

Armando se detuvo en un área residencial de Asunción y negoció el alquiler de uno de los apartamentos detrás de la residencia. Pagó ocho días por adelantado y le dijo a la propietaria que su mujer y él se mudarían esa misma noche.

> El departamento era totalmente independiente, —explicó Susana— con una entrada propia. No llegamos a ver nada allí. El único que vio a la dueña de casa fue Armando cuando pagó unos días por adelantado y recibió la llave. Era un grupo de departamentos que nosotros llegamos a detectar. Este matrimonio lo alquilaba por día, así no pagaban impuestos. No te dan recibo, nadie sabe, no molesta nadie, se paga por adelantado y no figura en ninguna parte. No es hotel, ni es casa de alquiler.

Armando regresó a Presidente Stroessner, recogió a Susana con las maletas y salieron del hotel. Cenaron en el pueblo fronterizo y se dirigieron a su nuevo refugio. Armando, más muerto de cansancio que nunca, después de hacer mil kilómetros en un sólo día, además de haber participado en las diez horas de vigilia, se fue a acostar como a las 2 de la mañana y no bien su cabeza tocó la almohada, empezó a roncar.

17

El martes, 16 de septiembre de 1980, Armando por primera vez en muchos días se despertó sintiéndose descansado y a las 7:40 de la mañana se dirigió a la casa operativa. Tomó un taxi que lo dejó a cuatro cuadras de donde iba y caminó. No llevaba consigo identificación alguna. Ninguno de los miembros del comando lo hacía. Susana tenía la billetera de Armando y su pasaporte; Julia el de Ramón; Santiago dejaba sus papeles en casa, puesto que tenía que regresar allí después de la operación.

Los documentos de Osvaldo estaban dentro de su bolsa Adidas, junto a todas sus demás posesiones. La bolsa estaba en la parte trasera del carro de Santiago.

A las 7:55 Susana salió del apartamento con las dos valijas, las puso en el baúl del carro y se dirigió a la posición A, el área de estacionamiento de un centro comercial.

> Allí lo podía esperar algún tiempo, no todo el día. A la 1:00 me iba a la Posición B y allí esperaba hasta las 6:00. A veces me quedaba en el auto, a veces no, pero tenía que estar allí, arreglármelas para estar cerca del carro, en una boutique, en un lugar que me permitiera verlo y volver inmediatamente. Pasé horas en el auto leyendo, estacionada en el parqueo ese, como esperando a alguien.

Julia se quedó en el hotel después de que Ramón salió a su "trabajo" esa mañana y pensó en Ana, quien se encontraba lejos, en Brasil.

A las 8:15 de la mañana Osvaldo dejó el quiosco, caminó hacia el Bowling, apretó el comunicador y, con el walkie talkie bajo la campera, empezó a transmitir.

—Tres cero tres, tres cero tres, responde.

La voz metálica de Ramón llegó segundos después:
—Aquí tres cero tres. Te recibimos bien. Fuera.

Los tres miembros del comando estaban en sus lugares al comenzar el segundo día de vigilia. El sistema de comunicaciones del cual todo dependía estaba en perfecto orden. Por lo menos así les parecía.

Estábamos todos allí —recuerda Armando—, en un silencio que se oía volar una mosca. De repente oíamos:
—Hola, hola, hola —y salíamos todos corriendo, pensando que era Osvaldo, hasta que nos dímos cuenta. La primera vez me subí a la camioneta y la puse en marcha hasta que Ramón me dijo:
—¡No, no, no es, no es!
Era una compañía comercial que entraba en nuestra onda. Parecía ser una compañía de construcción de carreteras comunicando con sus unidades. El martes eso sucedió como tres veces y aumentó la tensión que todos sentíamos.
Estuvimos todo el martes esperando, con varios sobresaltos. Santiago estaba en la parte delantera de la casa, con su bazuka y ametralladora listas. Yo tenía la camioneta en el garaje con las puertas abiertas. Cada hora calentaba el motor. Tenía el FAL en el asiento, una pistola encima y una subametralladora también. Ramón se pasaba todo el tiempo en el comedor escuchando el walkie talkie. Tratábamos de no ir al baño porque no fuera cosa que nos agarrara la señal y tuviéramos que salir levantándonos los pantalones. Al mediodía comíamos algo, fiambres, sandwiches, tomábamos agua, pero siempre en estado de alerta. Así pasamos el lunes y el martes.
Llegué el martes agotadísimo al apartamento. Santiago me había dicho antes de irnos de la casa operativa:
—Ya vas a ver que mañana miércoles pasa entre las 10 y las 12.
Yo le cuento a Susana y ella me dice:
—Yo también tengo ese presentimiento.

El martes a la noche salimos —recuerda Susana—, y dice Armando:
—Hoy no teníamos casi nada para comer al mediodía, mañana no va a ser lo mismo.
Compró pan y un matambre arrollado, riquísimo. Estaba muy contento con su gran fiambre. Lo trajo a casa para meterlo en el refrigerador.
—No te preocupés —le digo yo—, eso no se lo van a comer porque la operación va a salir antes del mediodía. Tiene que ser como a las 10 de la mañana, porque ese hombre el miércoles pasa a esa hora.
Somoza tenía un solo antecedente de salir así, pero no sé por qué a mi se me ocurrió que se podía repetir.
—¿Por qué te parece? —me dijo Armando—.
—No sé, porque el miércoles está como enmedio de la semana. El lunes no, está con toda la fiaca del fin de semana. El fin de semana empieza como el jueves a la tarde para estos hombres. Creo que el miércoles es más probable.
Son todas cosas que uno dice, a lo mejor sin mucho sentido. Nada más que una expresión de deseo. El miércoles cuando me despedí de Armando le di un beso y le dije:
—Suerte, hermano, porque hoy sale. Te espero antes del mediodía.

El miércoles temprano —Armando retoma el hilo—, voy hasta un lugar en taxi y después camino unas cuadras hasta la casa operativa. Esa mañana hacía mucho frío y yo en mangas de camisa, con mi peluca puesta y la bolsa con fiambre y pan bajo el brazo. La gente me miraba como diciendo, "Este está loco". Cuando llego y les enseño el paquete, Ramón me dice:
—Eso no lo vamos a poder comer este mediodía.
Montamos la operación, hicimos una prueba con los walkies talkies y nos pusimos a esperar. Osvaldo tenía que comunicarnos el color del vehículo en que venía el hombre. La cuestión era marcar donde estaba ubicado él para

no equivocamos. Allí se dio un hecho: la vida de Somoza pendió de un periódico durante varios segundos.

Yo estaba en el quiosco hablando con un chavo que siempre venía y me traía empanadas —dice Osvaldo—. Ya casi eran las 10 de la mañana y yo estaba sentado cuando vi venir el carro de Somoza. Me paro y miro bien. Reconozco la chapa, miro adentro y no distinguía nada. O sea veía así como que en el asiento trasero había un hombre leyendo un periódico y no sabía si era o no era él. Además me sentía confuso, porque Somoza siempre iba sentado delante, junto al chofer. Cuando pasa cerca —faltarían 10 o 15 metros— baja el diario un momento y me doy cuenta que era él; justo venía de este lado de la vereda.
Yo allí le digo al otro:
—¡Me cago, me cago, voy al baño!
Me metí para el Bowling y transmití la señal;
—¡Blanco, blanco, blanco!
Allí estaba un tipo pintando. Yo primero no le presté atención. Daba la señal, repetía la señal y después me doy cuenta que él me estaba mirando como si fuera loco. Sucede que estaba tapando un cartel con pintura blanca y debe de haber pensado que yo estaba comentando sobre su trabajo. Seguí trasmitiendo caminando.
Tenía una campera y la mano en el bolsillo apretando el walkie talkie. Tres veces no más tenía que decir el mensaje. Me metí al Bowling, entré al baño por dos minutos, salí otra vez esperando ruidos y nada. No escuché ruidos. Miré el reloj.

Eran las 10:05 de la mañana del miércoles, 17 de septiembre de 1980. Julio César Gallardo, antiguo chofer y guardaespaldas de Somoza, manejaba el Mercedes. Atrás, junto al ex dictador iba Joseph Bainitin, su asesor económico de nacionalidad norteamericana.

Si hay Dios, Dios es guerrillero —dice Armando—, porque de todas las pruebas que se hicieron la que salió más clarita, con una nitidez impresionante, fue ésta.
—¡Blanco, blanco, blanco! —se oyó por el walkie talkie. Yo abro la puerta de la camioneta, me subo, pongo la camioneta en marcha y salgo hasta la vereda. Estaba parado el Mercedes blanco ante unos semáforos, como a unos 60 metros. Doy marcha atrás, retrocedo casi dentro del garaje y espero para verlo venir.

Salí al jardín de donde se veía el auto a unos 60 metros —nos dice Ramón—, mientras Armando estaba al volante de la camioneta listo para salir a cortar el tránsito. Con la práctica habíamos logrado movilizarnos en 13 segundos después de escuchar la señal. Yo tenía un punto de referencia que era cuando coincidiera la parte delantera del vehículo con un árbol, le hacía una seña a Santiago para que no saliera antes del momento preciso y alguien pudiera verlo con la bazuka. Armando estaba esperando la señal mía que consistía en bajar el brazo para cruzar el vehículo o obstruir el tránsito.

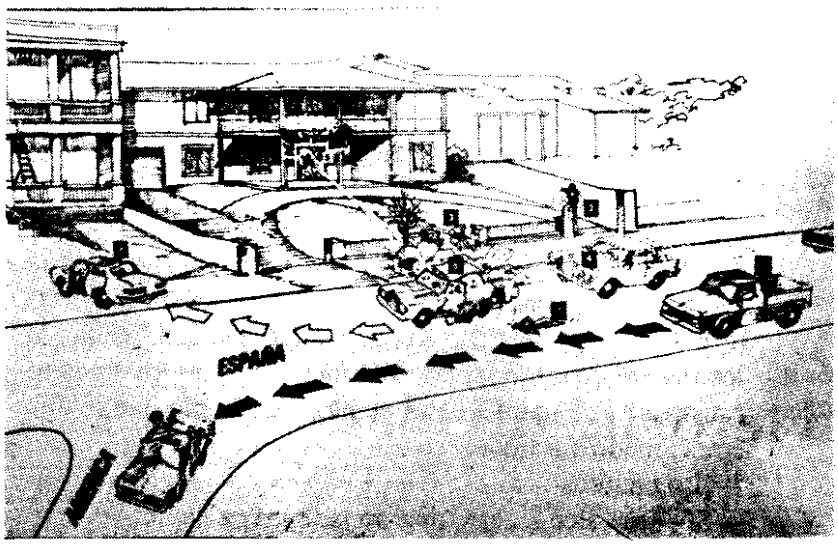
Veo a Ramón —prosigue Armando—, que está esperando para darle la señal a Santiago para que se ponga en posición de tiro y la verdad, que no lo vi más. El me tenía que dar la seña de cuando tenía que partir, pero yo me puse a ver el auto y como tengo mucha práctica en manejo y eso, ya sabía cuando tenía que arrancar, cuántos autos tenía que cortar. Cuando veo que arranca con cinco o seis autos adelante, dejo pasar dos o tres, me largo con la camioneta y se la tiré a otra, a una Volkswagen Combi, que venía adelante, que era la que yo quería cortar. La tiré y el tipo clavó los frenos y se puso en el medio de la calle. Ya venía el Mercedes blanco atrás y cuando me estoy bajando de la camioneta siento, ¡pam, pam, pam!, los tiros.

De acuerdo al plan preestablecido, Santiago tenía que disparar primero la bazuka en caso de que la limosina de Somoza fuera blindada. Ramón, desde el jardín de enfrente, miró el vehículo cruzar frente al árbol y le dio a Santiago la señal de salir y tomar posición. El Mercedes de Somoza frenó. Ramón escuchó un ruido detrás suyo, se volvió y vio a Santiago luchando con la bazuka. Pensó que se había deslizado, que se había caído; giró sobre sus talones, levantó el M-16 a la altura de su hombro y empezó a disparar.

El primer tiro de la bazuka había fallado. En vez de esperar los 30 segundos reglamentarios antes de remover el proyectil defectuoso y reemplazarlo por otro, Santiago no esperó ni siquiera uno. Se arrodilló, sacó el proyectil y cargó el repuesto. Se puso de pie otra vez, tomó puntería pero no disparó. La limosina de Somoza con el chofer ya muerto, se había ido a la deriva hacia la casa operativa, deteniéndose junto a la cuneta, frente a Ramón, quien metódicamente seguía disparándole al asiento trasero. La limosina no era blindada y cada uno de los tiros entró a través de los cristales rotos de la ventanilla de atrás. Ramón estaba tan cerca del Mercedes que un proyectil de bazuka en ese momento lo hubiera matado.

> Yo comienzo a tirar —continúa Ramón su relato—, le pego al chofer que ya había frenado. El vehículo siguió avanzando y fue a parar justo frente a la puerta. En seguida le tiro a los otros dos. El hombre ni cuenta se dio porque miraba hacia adelante.
>
> Fue hasta entonces que entró en acción la custodia de Somoza. Yo no la había visto. Cuando quiero tirarles me doy cuenta que no tengo más balas en el M-16. Santiago se había retirado a la entrada de la casa y ya estaba listo. Corro hasta donde está él y le digo:
>
> —¡Tirale ahora!
>
> El le tira desde dentro de la casa. La explosión fue impresionante. Pudimos ver el auto totalmente destrozado y la custodia escondida detrás de un murito de la casa de al lado. Ya no tiraban más.

El cuerpo del chofer de Somoza, Julio César Gallardo.



Cróquis del operativo, según el diario ABC de Paraguay.

Se paró el motor de la camioneta —continúa Armando—. El tipo de la Combi estaba desesperado por salir de allí. Subo a la camioneta, la pongo en marcha y cuando me voy a bajar otra vez, ¡Bum! el bombazo ensordecedor. El Volkswagen salió disparado. A mí me sacudió todo la explosión.

Cuando el Volkswagen se va, veo el auto de Somoza destrozado, muertos tirados en medio de la calle, mezclados con hierros, vidrios, todo. Yo estaba cortando enfrente de la casa. Nuestra ruta de retirada era por una calle a la izquierda a unos 10 metros de la casa operativa. Los autos que venían de frente estaban dando marcha atrás y se estaban yendo. Yo tenía que cortar la calle de la salida antes de que los que venían de frente avanzaran y me la taponaran. Agarro, me subo a la camioneta, avanzo unos 10 metros, para cortar y estar seguro de que ningún auto pudiera doblar por la calle de escape. Cuando vuelvo a bajar de la camioneta, siento tiros y veo en la pared de la casa de al lado un guardaespaldas que está tirándoles al flaco Santiago y a Ramón. Lo veo al Flaco parapetado contra una puerta tirando con la subametralladora que no hacía ruido porque tenía silenciador. Saco el FAL y le tiro a uno. Creo que no le pegué, pero se tiró al suelo. Entonces le grito al Flaco:

—¡Vengan, que los cubro!

Allí uno levantó la cabeza, quiso ver, y otra vez tiré. Me acuerdo que los pedazos de pared volaban para todos lados. Allí vino corriendo Ramón, subió a la camioneta, yo les mandé cuatro o cinco tiros más para que los tipos se asustaran y se mantuvieran ocultos. Recuerdo que le dije emocionado a Ramón:

—¡Lo hicimos!

—Sí —me dice—, este tipo no jode más a nadie.

Ya venía el Flaco corriendo. Pongo la primera y salgo. Ya en marcha la camioneta, el Flaco se tira adentro en la parte de atrás. Salgo por la ruta de retirada y a los 30 metros, pa, pa, pa, se para la camioneta.

—Esta mierda no camina —le digo a Ramón—, hagámonos de otro auto.
Justo venía un Mitsubishi pequeño de frente. Ramón dice:
—Bueno, apretémoslo.
Nos pusimos allí uno de cada lado. El tipo clavó los frenos y levantó las manos. Yo le abro la puerta y le digo:
—Bajáte, que si no te voy a reventar la cabeza.
—Sí, sí —dijo el tipo y se bajó.
Eso duró dos segundos. Subimos los tres y salimos pitando. Apenas si cabíamos en el carrito.

18

La inservible camioneta Chevrolet permaneció estacionada allí en medio de la ruta de escape, con las armas regadas adentro. Las matrículas las habían escondido para dificultar un poco la identificación, pero el número de serie del motor no pudo ser borrado. El plan inicial había sido el de llevar las armas en la retirada y luego esconderlas en un tercer buzón. No había sitio para ellas en el diminuto Mitsubishi y tuvieron que abandonarlas.

La primera parada que hizo Armando fue junto al cementerio. Allí se bajó Santiago para recoger su carro y ayudarle a Osvaldo a que escapara.

> Salgo del Bowling —nos dice Osvaldo—, lo miro al muchacho ese, que sigue pintando. El chavo que estaba vendiendo empanadas, no me dice nada. Sigue leyendo una revista. Entonces salgo a la vereda, me pongo a mirar y veo que está cruzado el carro y veo toda la parte de arriba negra y alguna gente que se juntaba. Entonces yo le dije al muchacho ese, que me sentía muy mal del estómago, que me iba a la pensión.
> —Voy a cerrar —le dije—, llevate la revista.
> Cierro todo ahí, ya tenía limpio, y cierro el quiosco con candado. Me cruzo a la estación de servicio. Allí hay un chango que viene en bicicleta y me dice:
> —¿Vos sabés lo que pasó? Reventó un coche.
> —¿Dónde? —le digo yo—.
> —Acá cerca, en la calle Venezuela. Vamos, —me dice—.
> —No —le digo—, estoy mal del estómago.
> —Te llevo —me dice. Me iba a llevar en bicicleta.

—No —le digo—, estoy apurado, estoy mal del estómago.
Entonces agarro y doblo. Allí más o menos a dos cuadras y media estaba el cementerio donde yo me tenía que encontrar con Santiago. Lo espero unos minutos, nos subimos a su coche y nos vamos. En el primer momento, cuando nos encontramos con él frente al cementerio, yo le pregunté si fue bien.
—Lo liquidamos —me dice— pero hubo problemas.
—¿Qué problemas?
Yo creí que estaba herido algún compañero.
—No, —me dice—, la camioneta no sirvió, se reventó, hubo que tirarla. Apretamos una Mitsubishi y tuvimos que cambiar el recorrido.
Yo tenía que cambiarme la ropa por el camino. Santiago me dice:
—Tira aquí la campera.
Tiro la campera y la gracia de la campera esa es que queda colgada arriba de un palito así, como una muestra de que yo pasé por ahí. La otra cosa es que yo estoy desarmando el walkie talkie para romperlo, para dejar parte por parte, y él me dice que lo tire como está. Entonces lo único que yo puedo hacer es sacarle la antenita esa, una antenita chiquita. El me dice:
—¡Tiralo así como está!
Yo lo tiro como estaba.
Prendimos la radio y nos pusimos a escuchar. No salía nada. Cuando llegamos al puerto de Italramada, a los 10 minutos estaban transmitiendo por radio y a los 15 minutos estaban transmitiendo que eran seis argentinos, que eran rubios.
Santiago tenía su recorrido y yo el mío para salir. Entonces yo le digo:
—Vení conmigo.
Ya estábamos escuchando eso por la radio. Entonces Santiago me dice:
—Mirá me iría con vos, Osvaldo. Pero no puedo.

—Vamos —le digo—, agarrá la valija.
—No, —me dice— no puedo.
Yo no le quise decir más nada porque era una preparación que se venía haciendo hacía meses, y no se podía romper en un momento. Nos despedimos allí y él me dice:
—Cuidate, Osvaldo.
—No —le digo—, cuidate vos, que yo ya salgo.
Y nos despedimos allí en Italramada.

La segunda parada de Armando fue para dejar a Ramón a una cuadra de su hotel, donde Julia le esperaba. Julia había tenido el presentimiento de que la operación iba a ejecutarse el día antes. Cuando eso no sucedió se sintió un poco deprimida.

Pensé —nos cuenta—, aquí nos vamos a quedar quien sabe cuanto tiempo. El hotel estaba relativamente cerca del lugar del operativo, pero no escuché nada ni sentí nada. Yo estaba medio dormida, ni estaba vestida, nada. porque yo dije, no va a ser hoy. Cuando aparece Ramón, me dice:
—¡Ya está, ya está!
No lo podía creer. Le pregunto —¿Seguro que era el tipo?
—Sí seguro, yo lo vi bien. Además si no lo matamos a tiros, lo hizo el bazukazo porque entró muy bien.
Veo que tiene una pequeña herida en la mano donde le había rozado una bala. Se limpió con un pañuelo y se puso una curita. Allí nos vestimos rápido. La sangre fría es la que lo salva a uno. Eran pasadas las 10 de la mañana y Ramón me dijo:
—Anda, desayuná mientras yo arreglo el pago y eso. Vamos a tomar aunque sea un vaso de leche.
Fui a la sala de desayuno y la leche se me quedaba aquí, en la garganta, como un peso. Después nos fuimos al garaje del hotel donde estaba el coche y salimos.

Yo estaba en el estacionamiento de ese centro comercial —recuerda Susana—, con la radio pegada a la oreja. Esta-

ba sentada en el carro, no me podía despegar del volante. Estaba petrificada esperando la noticia. A las 10:15 salió la primera información. Cortaron la transmisión y dijeron:
—¡Ultima hora! Voló un auto.
A mí se me cortó la respiración. Me latía el corazón de una forma impresionante. "Dios mío", decía, "que lleguen, que salga, que se vayan". Después dijeron una frase que nunca me olvido, por lo ridícula.
Decían:
—Le dispararon una bomba a un Mercedes blanco.
Eso era algo extraño, yo sabía qué era pero la gente no. Allí siguieron las informaciones. Como a las 10:20 ya no podía escuchar más la radio, ya estaba desesperada.
Armando llegó a las 10:20. Me acuerdo que cuando llegó tenía una sonrisa bien grande, me agarró de una mano y decía:
—¡Lo hicimos, lo hicimos!
Eran tantos meses pendientes de eso, era tan emocionante. Yo lo conozco mucho a Armando y cuando llegó estaba muy emocionado. Me dijo:
—Correte, que voy a manejar yo, porque si no no me voy a aguantar.
Allí le di el volante y le dije:
—Sacate esa ropa.
—Se cambió enseguida de ropa allí y ya salimos.
Yo le decía:
—¿Lo dejaste a Ramón?
—Sí.
—¿Santiago se fue? ¿Los estaba esperando Osvaldo?
—Si, sí.
—Guardaron las armas?
—No pudimos.
—¿Qué pasó?
—Se jodió la camioneta.
Se me salía todo junto y Armando me decía:
—No me pongás nervioso, tenemos que salir de acá. Observá y avisame si ves algo raro.

—¿Los compañeros salieron todos bien?
— Sí.
—Nadie herido?
—No.
—Segurito que era él?
—Sí. Segurito y seguro que no quedó nada.

Allí en Italramada yo compro el pasaje —prosigue Osvaldo con el relato de su retirada—. Voy, me pongo en la lanchita. La lancha no sale hasta las 11:00.
Ya estaba todo el mundo hablando por radio. Ya decían que eran argentinos, que eran seis, que eran rubios, varias cosas.
Había un muchacho que estaba jugando a las damas. Yo me pongo a mirar ahí, pero estaba escuchando la radio. Después de que termina la partida me dice:
—Sabés jugar?
— Sí —le digo.
— Sentate —me dice. Me siento allí y nos pusimos a jugar. Yo estaba escuchando la radio, distraído, pero ya tenía movidas varias fichas. Entonces él me comió cuatro o cinco fichas y me entró. Seguimos jugando pero yo estaba totalmente concentrado en la radio y además repasando mi leyenda y encima tenía que jugar. El tipo, el paraguayo, me recontraganó. El quería jugar la revancha, pero yo le digo:
—No, no, ya vamos llegando.
Nos bajamos en el lado argentino del río y ya se estaba hablando allí de que nos iban hacer regresar. Varias gentes tiraban la bronca, hablaban entre ellos. Yo llegué con toda tranquilidad, porque no creí que iban a cerrar todas las fronteras tan rápido. En aduanas me revisan la bolsa. Yo tenía la grabadora que Armando me había regalado para mi "cumpleaños" y un paraguas que había comprado en Asunción y me dicen:
—Bueno, esta grabadora y ese paraguas tienen que pagar impuestos.

—Bueno, ¿cuánto es? —le digo.

Se pone el tipo a buscar allí, buscaba en los archivos, buscaba en los papeles, no sabía cuánto había que pagar por esa marca. Tampoco encontraba el impuesto por el paraguas. Iba a la oficina, volvía y yo sentado allí, esperando. Ya se sabía del lado argentino que el muerto era Somoza. La lancha que salió de Argentina hacia Paraguay cuando nosotros llegamos, tuvo que volver porque ya no la dejaron entrar. La balsa que yo usé fue la última que salió del Paraguay. Entonces yo le digo al de inmigración que le regalaba la radio, que no había problema, que una radio más o menos, que si yo sabía eso no la traía. Estaba buscando arreglar pero sin decirle cuánto quiere. Me dice:
—No, no, no, ya está. El impuesto es tanto.
Allí le pago el impuesto y me voy 20 o 30 metros para adelante, que de allí salían los colectivos. A la 1:00 p.m. ya estaba montado en el bus.

Salí de Paraguay a fines de agosto —nos cuenta Ana—, pensando que ya estaba todo listo para que se hiciera la operación en pocos días más. No sabíamos que Somoza iba a desaparecer por tres semanas. Estaba en Río y después recibí una comunicación de Ramón para que siguiera esperando porque había demoras. Debía esperar afuera hasta que se hiciera la operación y después entrar inmediatamente para encontrarme con Santiago y acompañarlo a salir. El plan era que yo entrara, le arreglara el pasaporte a Santiago, poniéndole los sellos que traía en el mío para que saliéramos los dos, como si hubiéramos entrado juntos, un día después de la operación. Con Santiago arreglamos así: acordamos una cita para el día después de la operación y dos citas de recambio. Evaluamos que era difícil que cerraran la frontera, pero si lo hacían duraría como máximo un día.
Sigo esperando, escucho las noticias, leo los diarios, todos los días, hasta que el miércoles 17 yo ya no daba más. Cuando escucho en la radio que la operación se había

dado, me agarró una emoción que no sabía qué hacer. Empecé a saltar, hice la valija y seguí escuchando. Dan la información de que encuentran la camioneta con las armas, dicen que la reacción de la gente fue de sorpresa y en algunos sectores había agrado. La radio brasileña se refiere a Somoza como un dictador y me acuerdo que otra radio decía: "Somoza no fue muerto, fue despedido del planeta".

Me entero inmediatamente que está la frontera cerrada.

Sigo escuchando y transmiten desde Nicaragua que se había declarado día de júbilo nacional y que el pueblo estaba en la calle.

Cuando llegó la noticia a Managua, como por acuerdo unánime, se paró el trabajo en todas las oficinas y centros de producción y la gente se aglomeraba alrededor de las radios para escuchar, minuto a minuto, los detalles de la operación. *Barricada*, el diario oficial, publicó una edición al día siguiente con un titular a ocho columnas que decía "Todo Nicaragua un mar de alegría". La crónica empezaba así:

La Dirección Nacional de nuestra vanguardia revolucionaria, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) encabezó ayer una gigantesca manifestación por las principales calles y barrios de la capital para sumarse al júbilo popular por el ajusticiamiento del ex dictador Somoza.

La caravana y marcha popular recorría los barrios orientales donde 15 meses antes miles de nicaragüenses habían muerto bajo el bombardeo indiscriminado de la fuerza aérea de Somoza.

La Dirección Nacional exhortó a los militantes del FSLN a que "se sumen al regocijo del pueblo para celebrar este gran día de Fiesta Nacional". La concentración masiva desembocó en la Plaza de la Revolución donde la gente celebró el acontecimiento con bailes populares.

El Comandante William Ramírez se refirió a la operación contra Somoza como "un acto ejemplar, un acto de justicia, y de verdadero internacionalismo revolucionario".

Hubo otras celebraciones espontáneas en León, Masaya, Matagalpa, Chinandega, Carazo y Granada.

El Nuevo Diario dijo:

La noticia de la muerte del genocida mayor de la dinastía Somoza corrió por la capital como un reguero de pólvora encendida. Para algunos la presencia en cualquier país de la tierra del sanguinario ex dictador era una especie de peligro para nuestra tranquilidad y paz. Solamente la desaparición física del genocida podría traer sosiego.

En la edición extra de *Barricada* del mismo día 17 de septiembre, la Dirección Nacional del FSLN diseminó el siguiente comunicado:

Al heroico pueblo de Nicaragua y al mundo:

La Dirección Nacional del FSLN, al confirmar el ajusticiamiento del genocida Anastasio Somoza Debayle, se suma al regocijo nacional del pueblo de Sandino que ve cumplidos en esta heroica acción, su deber y sus anhelos de justicia y vindicta popular para quien masacró a más de cien mil nicaragüenses y sumió a nuestro país en la miseria y la ignominia.

Para el asesino de Pablo Leal, Báez Bone, Edwin Castro, Ajax Delgado, Casimiro Sotelo, Pedro Joaquín Chamorro, y tantos patriotas más.

Para quien ordenó el genocidio en Waslala, Sofana, Estelí, León, Monimbó, Chinandega, Matagalpa, Managua, Carazo y de tantas ciudades mártires de Nicaragua.

El espíritu combativo de abnegación y valentía del heroico comando que ajustició al tirano, encarna la implacable voluntad del pueblo de Rigoberto. Con ese espíritu seguiremos forjando la patria de Sandino.

A los catorce meses exactos de haber huido de la justicia revolucionaria y cuando se cumplen siete años de que el dictador mandó a fusilar a nuestros entrañables hermanos Oscar Turcios y Ricardo Morales, Somoza ha pagado su crimen.

Susana y Armando pronto se dieron cuenta de que el Presidente Stroessner había lanzado la mayor caza de hombres en la historia de Paraguay. Cerró todas las fronteras del país como un barón feudal que le echa candado a las puertas de su castillo, para que nadie entrara o saliera.

Nosotros allí nos sentíamos solos —recuerda Armando—, enmedio de toda una represión y una búsqueda nacional. Uno no sabía cómo iba a salir de allí. De repente escuchamos un comunicado de una radio paraguaya que decía: "Desde Managua la Junta de Gobierno ha sacado un comunicado felicitando al heroico comando por haber hecho justicia y haber hecho pagar al dictador por todas sus infamias. La gente se ha volcado a las calles y está festejando. Se ha declarado día de júbilo nacional".
Cuando supimos de la celebración en Managua, lloramos con Susana como dos horas. Eso a nosotros nos dio una gran fuerza y una alegría porque dijimos, bueno, por lo menos ahora nos pase lo que nos pase ya hemos cumplido, y llorábamos. Aunque muramos, ya hay todo un pueblo feliz. Fue un golpe para toda la contrarrevolución latinoamericana, que un tirano haya pagado de esa manera sus crímenes. Fue una alegría y un regocijo para todo el mundo progresista.

Ibamos a Encarnación porque éramos argentinos. Ibamos a la Argentina —recuerda Susana—. Habríamos hecho 50 kilómetros cuando nos encontramos con el primer retén. Nos pararon, nos revisaron el auto, nos pidieron documentos, nos preguntaban que de dónde veníamos, qué hacíamos, dónde íbamos. Cosas sencillas. Para nosotros eso era fácil. Yo personalmente viví hasta el 78 en mi país con el ejército que me paraba cinco veces por día en la calle. Les dijimos que íbamos a llevar unas hamacas paraguayas, que nosotros comerciábamos en Argentina, lo cual es normal y cotidiano. A los 30 kilómetros había otro retén y así como seis controles hasta llegar a la frontera. Cuando llegamos a Encarnación nos empezamos a relajar un poco. Sabíamos ya que la frontera estaba cerrada porque en el viaje, antes de llegar, dijeron que se encontraban todas las fronteras cerradas y no habían vuelos de entrada ni vuelos de salida. Vimos cómo estaba la situación, escuchamos los comentarios, vimos a la gente aglomerada, el movimiento.

Entonces nos volvimos unos kilómetros y entramos a un lugar donde teníamos previsto quedarnos si hacía falta. Era una gente que nosotros habíamos conocido, paraguayos. Eran unos campesinos, nos habíamos hecho amigos en Argentina y nosotros podíamos venir a estarnos allí como quien viene a descansar. Es muy común eso, uno paga un hospedaje igual que en un hotel. Llegamos allí y ellos felices.

—Venimos de Encarnación —les dijimos—, y no sabemos qué pasa pero nos pararon. Algo pasa en la frontera. Entramos esta mañana, estuvimos comprando en Encarnación, salimos para venirnos a pasar unos días con ustedes y nos dimos cuenta que pasa algo raro.

Vamos a escuchar la radio. Los campesinos no sabían nada. Escuchamos la radio y "¡Uy! ¿Qué pasó?".

—La frontera sigue cerrada, se van a tener que quedar con nosotros. —nos dijeron.—

—¡Qué barbaridad!, con todo que tenemos que hacer allá. Pero ellos felices, porque se iban a ganar unos pesos más.

Después de salir de Asunción —nos cuenta Julia—, ni siquiera escuchamos la radio para no ponernos nerviosos. Cuando la policía nos paró la primera vez Ramón les dice:

—¿Qué fué. Por qué nos paran?

El policía estaba muy asustado.

—Mataron al Presidente. —dijo.

—¿Al Presidente? —nos asombramos.

—No, no, al presidente de Nicaragua.

Nos registraron el auto superficialmente y nos dejaron pasar. Pasamos otro control que era un muchacho joven que nos trató bastante mal, pero por engreído. Se notaba que estaba recién salido de la escuela de policías, pero pasamos el control sin problemas. El tercero fue mejor, fueron más amables.

Como 30 kilómetros antes de llegar a la frontera con Brasil, nos quedamos en una casa que estaba prevista hacía mucho tiempo. Era un lugar seguro con gente amiga que

nos hospedaba el tiempo necesario, para salir cuando todo se hubiera calmado. Pensamos que la frontera iba a estar muy difícil. Ramón no podía arriesgarse a ser identificado. Sabíamos que la seguridad argentina estaba ayudando a los paraguayos en la búsqueda y lo que más miedo me dio fue que sacaran fotos de Ramón, porque entonces sí iba a ser muy difícil salir legalmente. Ramón preparó su salida clandestina por el río, en caso de que nos hiciera falta. Esa era la variante.
La frontera estuvo cerrada muchos días y se produjeron un sinumero de problemas. Teníamos información de lo que pasaba en la frontera. Había muchísima gente, niños, que no tenían alojamiento, ni qué comer; estaban durmiendo en los autos y a la intemperie; además llovía. Era un descontrol general.

Sigo escuchando la radio toda la noche —prosigue su relato Ana—. El jueves compré el diario, que decía que la frontera estaba cerrada, salieron los nombres de Santiago y de una mujer que confundieron con Julia. Llamo a las agencias para saber si el aeropuerto también estaba cerrado. Me contestan que sí, pero como a las 11:00 de la mañana me dicen que el aeropuerto de Asunción está abierto y me fuí al aeropuerto. Yo tenía pasaje pero no reservación, entonces me pongo en la lista de espera, y como mucha gente cancelaba para Paraguay, conseguí un avión.
Llegué a Asunción el jueves 18 a las 3:00 de la tarde. Todo parecía normal, ni siquiera me revisaron el equipaje. Tomé un taxi y me fui al hotel que Ramón me había indicado. Tenía un primer encuentro con Santiago a las 4:00 de la tarde, en una zona muy concurrida, no lejos de la casa de Lambaré. Hice todo lo posible para llegar a la cita, pero llegué a las 4:15. El no estaba. Pensé que seguramente, como ya había salido su Identi-Kit, iría a la cita de las 6:00 de la tarde, cuando empezara a anochecer. Voy a las 6:00 al otro sitio que era en una esquina cerca del primer lugar.

Allí llegué más temprano. Estuve casi una hora, haciéndome ver bien, buscando en cada cara. A cada persona que pasaba me acercaba para ver si no era él. Pero no, tampoco apareció esa vez.
Volví al hotel y me quedé viendo la televisión.
No entendía nada. Cada vez se ponía la situación más difícil. Primero la mala suerte de que a las 10 horas de la operación ya tienen identificado a Santiago. Al día siguiente sale la foto. Yo sabía que él estaba en peligro. Pese a todos los planes que habíamos hecho, nunca se nos ocurrió que al otro día iba a estar él tan quemado. La situación nuestra después de encontrarnos iba a ser bien difícil. Si él no venía a la cita era por algún problema. Tenía barba y en la foto estaba sólo con bigote. Además no era foto, era un Identi-Kit. Yo tenía la esperanza de que no se identificara tanto. Mi impaciencia era que llegara el otro día, cuando se repetirían las dos citas.
Me quedé en la habitación viendo la tele y escuchando la radio. Había varios móviles de televisión y radio. Uno en la casa de Somoza. Se decía que había venido el Chigüín. Pasaban noticias falsas. Decían que habían encontrado a la mujer esa que andaba con Santiago, que había habido un tiroteo en tal lado.
A las 10:00 de la noche había un móvil que se trasladó a Lambaré, que dijo que había habido un tiroteo muy fuerte. Yo no podía creer, pero lo daban paso a paso. Fue todo un operativo de varias horas. Estaban transmitiendo que había fuerzas de la policía allí. Hubo primero algunas noticias que se trataba de unos ladrones. Después avisan que hay un muerto y que parece que es Santiago. De allí pasa una hora y dicen que la policía permitió llevar a la comisaría a la prensa para que vieran el cuerpo y lo identifiquen. Lo describen a él, describen cómo estaba vestido. Después de esto, filman la casa y muestran los sillones donde estaban escondidas las armas, el pasaporte uruguayo, los 4 mil dólares y los sellos con que yo iba a arreglar el pasaporte de Santiago.

La policía paraguaya tenía dos puntos de partida en su investigación sobre la muerte de Somoza: la casa operativa desde donde se ejecutó la acción y la camioneta Chevrolet que quedó abandonada a 50 metros de la escena, con las armas adentro.

Mientras un equipo se entrevistaba con la dueña de la casa y el celador y conseguía una descripción física de Julia y los detalles de la leyenda de Julio Iglesias, otro equipo revisaba los lotes de venta de carros usados hasta dar con el que le había vendido la camioneta a Osvaldo.

Este último asoció a Santiago —alto, barbudo y pelirrojo—, con Osvaldo, y pudo dar una buena descripción a la policía.

El celador de la casa también describió a Ramón. El denominador común que unía a los cuatro era el hecho de que tanto por su aspecto como por su acento, eran obviamente argentinos. La policía de seguridad argentina fue alertada para que ayudara con el caso desde el principio. Daban por sentado que el comando estaba integrado por miembros de los Montoneros o el ERP y tan pronto como los Identi-Kits estuvieron listos, identificaron a Santiago por su nombre: Hugo Irurzún. Había también un Identi-Kit bastante exacto de Julia, pero la policía argentina se equivocó y la identificó como a Silvia Mercedes Hodgers, una ex militante del ERP que en ese momento vivía en México.

Los Identi-Kit fueron publicados en los periódicos de la mañana del 18 de septiembre y Stroessner ofreció una recompensa de cuatro millones de guaraníes para el que pudiera dar información acerca del paradero de los miembros del comando.

Fue en ese momento que la pareja que les había alquilado una habitación a Santiago y a Ana durante su primera semana en Asunción, identificó a Santiago y dio una descripción de Ana. Con estos datos la policía debe haber averiguado la fecha aproximada en que alquilaron la casa de Lambaré y, por medio de las agencias inmobiliarias de Asunción, qué casas habían sido alquiladas alrededor de esa fecha. Otra posibilidad era que el dueño de la tienda del barrio hubiera reconocido a Santiago por el Identi-Kit y le hubiese dado a la policía las señas de la casa de seguridad de Santiago y Ana en Lambaré. El hecho indiscutible fue que la policía trabajó rápida y eficazmente.

No nos explicábamos por qué Santiago estaba en la casa en el momento de su captura —nos dice Ramón—. Teníamos previsto que él no tenía que estar allí. Suponemos que tuvo alguna dificultad para entrar a la casa, que se quedó esperando porque tenía que ir a recoger unas cosas allí y entró al día siguiente. Puede ser que hubiera algún operativo policial en los alrededores. El estaba adentro cuando entraron ellos.

Después de dejar a Osvaldo, él lo que tenía que hacer era irse directamente para la casa, afeitarse porque estaba con barba y de allí irse a otro sitio, cerca del lugar de encuentro para la retirada. No sabemos por qué al día siguiente lo agarran en la casa. Además estaba con barba. El tuvo alguna dificultad que le impidió entrar a la casa. Se quedó a la espera y cuando va a entrar, o cuando él está adentro, allí llegan. También pudo ser que lo estuvieran esperando.

La noticia de la muerte de Santiago conmovió profundamente a todos. Armando y Susana, Ramón y Julia tenían que esconder su sufrimiento de las gentes que les habían dado hospedaje, pero por lo menos podían desahogarse el uno con el otro cuando se quedaban solos. El caso de Ana era distinto. No tenía a nadie con quien hablar y cada día que pasaba aumentaba el peligro, pues ya había sido identificada como la compañera de Santiago.

Había algunos tipos que sospechaban de mí porque estaba sola, porque en la cara se me debe haber notado el dolor. Había gente que me preguntaba:

—¿Vos lloraste?

Se ve que algo se me reflejaba, por más que trataba de poner cara de turista alegre.

Al otro día llegaron los padres de Santiago. La madre estaba muy dolida y no quería hablar, pero el padre accedió a dialogar con los periodistas. Dijo que quería reconocer a su hijo, que no daban con la autoridad que les entregara el cadáver, que estaban haciendo trámites pero que no

se los querían entregar, y a ellos se les vencía el plazo limitado de estadía. Finalmente no les entregaron el cadáver y tuvieron que irse.

El padre de Santiago era una persona muy rígida y había tenido diferencias con él por la militancia, pero allí dio una declaración muy linda, dijo que se sentía muy orgulloso de su hijo y decía todo lo que lo respetaba y lo quería y lo inteligente y lo bueno que era. Lo levantó y lo rescató totalmente. Santiago tenía mucha comunicación con su mamá y no así con su papá, pero en definitiva siempre esperó esa respuesta de su padre.

El pasaporte uruguayo de Ana tenía los mismos sellos de entrada y salida que el que la policía había descubierto en la casa de Lambaré, donde fue capturado Santiago.

Con este pasaporte yo no podía salir —nos dice Ana—, tenía que esperar a que se calmara un poco la situación. Yo no tenía miedo de que me reconocieran porque en el barrio donde vivíamos a mí no me conocían, además yo estaba muy cambiada, me había teñido el pelo y todo. La gente del hotel sabía que había llegado un día después de la operación, me preocupé por hacer relaciones con ellos, de no aparecer sospechosa. Me inventé toda una historia de que había venido por poco tiempo y después volvía a Brasil a reunirme con un familiar.

Como a los seis días sacaron una disposición de que todo extranjero que circulara, para poder salir del país, tenía que presentarse a Investigaciones para sacar una tarjeta rosa que daban y poder circular libremente. La verdad es que esa tarjeta yo no la iba a ir a sacar. Me encontraba como en medio de un callejón sin salida. No podía estar pegada al hotel todo el día y noche, tenía que aparentar ser turista.

A la semana de esto me tomé un ómnibus y me fui a sacar unas fotos a una reservación india. Antes de salir de Asunción nos detuvo un control del ejército y nos pidieron

documentos. Me dijeron que bajara, yo empecé a discutir y me contestaron que era un trámite rápido, que era preciso para poder circular sin problemas y que había orden de detener a todos los extranjeros.
Me hicieron esperar ahí junto a un muchacho y dos chicas, que eran argentinos y uruguayos mientras venía un auto de la policía a buscarnos para llevarnos a la comisaría.
La verdad es que en ese interín de espera podría haberme escapado, pero pensé que podía convencerlos que me dejaran ir. En el auto de la policía que nos trasladó escondí entre los cojines 200 dólares que tenía, porque éstos eran correlativos con los 4 mil dólares que le habían encontrado a Santiago.
Allí en la comisaría el tipo estaba durmiendo la siesta cuando nos tomaron la declaración. Yo iba evaluando. Incluso tenía la oportunidad de salir corriendo. El tipo no tenía arma, era uno, y nosotros éramos cuatro. Pero ¿qué hacía sin el documento? Tenía esperanza, veía que la cosa no venía pesada. Era una redada. Me complicaba más la situación salir corriendo.
Tenían nuestros documentos y nos hacían pasar a una sala a tomar declaraciones y a los residentes a tramitar su residencia. Todo esto originaba un gran desorden por la cantidad de trámites nuevos que se imponían.
Primero lo llamaron al uruguayo para declarar y lo largaron. En ese momento viene uno y dice:
—¿Cuántos hay?
—Tres.
—Está bien, llevatelos.
Nos llevaron caminando dos cuadras a la Central de Investigaciones, con un policía de civil desarmado caminando adelante y nosotros detrás, una cosa absurda. Nos hicieron esperar en una sala; ahí pude ver el desorden que reinaba. Arriba se veían hombres en una celda, y abajo en una habitación abierta, había un montón de mujeres detenidas que iban al baño, caminaban, lloraban. Esta gente había sido detenida en la vía pública y en barrios donde vivían

argentinos y uruguayos que no tenían identificación. Allí me quedé, preguntándome qué me iba a pasar.

Después de unos días fuimos a Encarnación y estaban deteniendo a todos los extranjeros —recuerda Susana—. Volvimos donde los amigos y nos dijeron:
—Quédense por acá, no vuelvan a Encarnación que los pueden meter presos.
Allí nos quedamos. Dejamos pasar un tiempo más y un día Armando se fue con el campesino a Encarnación. Allí los dos, como dos campesinos, sin el auto ni nada, y Armando ya vio que la situación había cambiado.
Nos llevamos las valijas a Encarnación y las dejamos abandonadas dentro del coche. Allí Armando compró unos repuestos de auto y yo lana para tejer. Los repuestos no se consiguen en la Argentina y la lana es más barata en Paraguay. Dejamos todo y entramos con lo más sencillo y con el dinero y los pasaportes escondidos.

Cuando con Susana cruzamos la frontera, la cruzamos sin hacer ningún trámite —nos dice Armando—. No sacamos el permiso de salida, nada. Cuando entramos al lado argentino, vamos a entrar normalmente y dicen:
—No, para entrar tienen que tener la salida del Paraguay.
Nos tuvimos que volver al Paraguay. Me hice amigo allí de un tipo que estaba a cargo. Le dije:
—Mire, tengo este problema, yo crucé esta mañana a comprar y no hice ningún trámite. Ahora como está la cosa me piden los papeles.
—Sí, espérese.
Me tuvieron allí como una hora, me dio el papelito y entramos a la Argentina.

Cuando llegamos a Posadas, inmediatamente nos tomamos un bus —continúa Susana—. Ya dentro de la Argentina teníamos el problema de nuestros antecedentes. Viajamos todo el día. En la noche llegamos a una ciudad, nos

fuimos a un hotel y por el estado de nervios en que estábamos nos pasamos la noche tomando todo lo que podíamos tomar: gaseosas, vino, bebidas fuertes. Ni nos dormimos ni nos emborrachamos. Hablando, hablando, hablando. Haciendo todos los planes para irnos rapidísimo. El problema era que teníamos que compramos ropa, pasajes y hacer todas esas cosas. Hicimos eso en la mañana, tomamos el avión y salimos para Río de Janeiro. Somos países limítrofes y no se necesita visa.

Julia llevaba el pelo largo en Paraguay, pero cuando fue a alquilar la casa operativa tuvo la precaución de recogérselo.

El celador y la dueña de la casa no me vieron nunca con el cabello suelto —nos cuenta—. En cambio en el hotel, el que da las llaves sí me vio. Yo me cuidaba y me ponía lentes y todo eso, pero había una lámpara fundida en el cuarto y hay momentos en que uno se relaja y no se da cuenta. Lo llamé para decirle que la lámpara estaba rota y cuando entró el hombre me vio con el cabello suelto, sin anteojos, sin maquillaje. Igual que en el Identi-Kit.

Cuando me di cuenta de eso, inmediatamente me corté el pelo, por supuesto. Para mí fue tremendo, porque al día siguiente salió en todos los periódicos la foto de esa compañera que estaba en México y que realmente es muy parecida a mí y justo en la foto sale con el cabello como yo lo tenía cortado. Lo que a mí me salvó cuando crucé la frontera es que estaba embarazada.

A pesar de que era yo la que aparecía públicamente, tal vez la más buscada, para probar la frontera era necesario que pasara porque no sabíamos si Ramón estaba identificado o no. Vi al guardia y me dije, bueno si llego al otro lado no voy a poder creerlo. Llegué allí, dije que estaba embarazada, que estaba muy nerviosa, que era increíble que mi marido hubiera tenido que quedarse al otro lado y que mire los certificados del médico, tengo problemas con el embarazo y mientras tanto procuraba ver si había alguna

foto de Ramón y así transmitirle a él apenas pasara. Estaban las fotos del Identi-Kit, la mía, la de Santiago, pero no vi más nada. Mi foto estaba allí, la tenía un hombre que estaba en una ventanilla. Yo me puse a hablar y a hablar, los distraía, los distraía mucho, que yo no quería pasarsola, que me podía pasar cualquier cosa, que por qué no me acompañaba uno de ellos, que era de noche y que yo tenía miedo. Les hablé tanto que por fin me dijeron:
—Pase, pase.

Ya teníamos información de que la frontera estaba normalizada —nos cuenta Ramón—, buscamos el día de la semana y el horario más adecuado. Lo planificamos bien. Julia pasó primero, vio que estaba todo en orden y me avisó. Al día siguiente yo pasé, cumplí con todos los requisitos legales aduaneros. Como medida me caracterice bien, porque tenía miedo que en la frontera hubiera fotos nuestras, aunque no había salido nada en la prensa, pero era probable porque los argentinos colaboraron estrechamente con los paraguayos y les dieron fotos de todos los posibles, partiendo de los compañeros más buscados, conocidos, que habían participado en la guerra de liberación de Nicaragua. Después, al otro lado, me junté con Julia y partimos a reunirnos con el resto del grupo operativo en España.

Armando y yo llegamos a Río en la noche —prosigue Susana—. Yo ya había estado muchas veces en ese aeropuerto. Conocía todas las combinaciones y dónde sacar pasaje.
—Voy a resolver esto para que si no es ahora mismo que salgamos para Europa, que sea mañana temprano. — le dije a Armando.
Ya teníamos visas para España y compramos un boleto de avión que salía a las 6:00 de la mañana. Por salir temprano teníamos prioridad para quedarnos en el hotel del aero-

puerto. Esa fue la primera noche que dormí. Aunque apenas fueron unas cuatro o cinco horas.

La mañana siguiente, mientras esperaban en el aeropuerto a que saliera su avión, Susana vio a Osvaldo que le sonreía burlón, frente a la venta de revistas. El encuentro fue totalmente accidental. Susana codeó a Armando.

—Mirá al revistero —dijo, y Armando siguió a su amigo al lavabo de caballeros. Había otros pasajeros allí. Ambos ocuparon orinales contiguos, pero no se dirigieron la palabra. Antes de irse, Osvaldo discretamente levantó una mano y formó un círculo con el pulgar y el índice para indicar que todo estaba bien. En el avión hacia Europa, se sentó cuatro filas adelante de Susana y Armando, pero esperaron hasta llegar al aeropuerto de Madrid para poder conversar.

Yo traté de hablar como con 20 policías de Investigaciones —prosigue Ana el relato de su ordalía—, para reclamar mi situación. Ellos tenían una actitud como resignada, que todo eso era formal porque sabían que toda esa gente no tenía nada que ver. Como a las dos horas me pasan con las otras mujeres y ellas me cuentan que les han tomado huellas digitales.

A la hora, me llaman a la oficina política para tomarme declaraciones y me preguntan que estoy haciendo en Paraguay, qué día había entrado, dónde me hospedaba y si tenía antecedentes penales, todo en un clima como pidiendo disculpas; no me tomaron huellas digitales.

En total estuve dos días y dos noches sin dormir, siempre me parecía que me venían a buscar. Ya estaba preparada para que en cualquier momento vinieran y me agarraran. Pese a eso estaba tranquila. Tenía la felicidad de que habíamos cumplido con la misión. Había escuchado que se había declarado día de júbilo en Nicaragua y pensaba la fiesta que era aquello. Ya no me importaba nada de lo que me pasara.

Dormíamos en el suelo sobre los periódicos. Nos dieron de comer. Nadie hablaba allí del asunto y yo no hablaba tampoco. Los comentarios eran sobre la forma en que los

habían levantado, cómo los habían sacado de las casas, lo que les habían hecho. En medio de todo esto hablé con un policía que una de las muchachas me dijo que era el más blando y le pedí que me quería comunicar con el hotel para que me conserven la habitación y mis cosas, que sepan que estoy retenida. Le planteaba otra vez que había entrado el día después de la muerte de Somoza. Este era un argumento bien fuerte. El tipo fue personalmente y habló con el gerente del hotel.

—No te preocupes, en el hotel te guardan todo —me dijo.— También hablé con el jefe para que viera tu caso y te podás ir pronto.

Ahí me quedé más tranquila. Supongo que verificaron con las listas de Interpol que no era persona buscada y que realmente entré el 18 de septiembre. El sábado leen una lista de gente que se va y me nombran. Nos ponen a hacer una fila para recoger el pasaporte. El mío aparentemente estuvo ahí siempre porque era el cajón donde lo pusieron al llegar y había que ayudarle al policía al buscar el de cada uno.

El sábado a las dos de la tarde me dan el pasaporte, pero antes me sacan las huellas dactilares y las ponen en una tarjeta de circulación que dan para viajar.

Había escondido el resto del dinero en la habitación del hotel. Me hice la valija y el domingo a la mañana tomé un bus para la ciudad del Presidente Stroessner, pasé como siete u ocho controles del ejército pero siempre mostrando el pasaporte y la tarjeta que comprobaba que había sido identificada. Me dejaron pasar sin problemas. En la frontera tomé un taxi y en la aduana mostré desde el auto, el pasaporte y la tarjeta. Me dejaron pasar sin sellarme nada. Así entré al Brasil y desde allí continué viaje para reunirme con los demás en Madrid.

Ana fue la última en salir —nos dice Susana—. Hasta que llegó ella pudimos descargar toda la tensión acumulada Pasamos un largo rato abrazadas, llorando.

Epílogo

La noche antes de nuestra última entrevista con Armando y Ana, vimos por televisión una película hecha por un equipo norteamericano, en busca de emociones fuertes.

Iban a bordo de un barco ballenero que llevaba bajo el casco una jaula con barrotes de hierro desde donde se lanzaron a nadar y filmar tiburones. Tanto la película como el libro que estábamos escribiendo nos hicieron recordar *Manhunt*, una novela escrita por Geoffrey Household. En la novela, un deportista británico persigue a Adolfo Hitler hasta su nido de águilas en Berchtesgarten durante la segunda guerra mundial; lo tiene en la mira telescópica pero inexplicablemente rehusa apretar el gatillo. Al día siguiente, después de que la entrevista con Armando y Ana hubo terminado, les preguntamos:

—¿No había algún elemento de desafío, una sensación de ir detrás de la presa más peligrosa del mundo, que le dio al proyecto un *frisson* especial?

De mi parte, no —dijo Ana—. Era una operación política y también a nivel de convicciones. Somoza era un tipo al cual lo peor que le podía haber pasado en su vida ya le había pasado, que era haber sido sacado del poder. Me parecía importante que pagara por todo lo que había hecho. Sentíamos que era como hacer algo por todos los muertos y la injusticia que había en América Latina.
Por otra parte, a ninguno de nosotros le importó nunca que se supiera quiénes éramos. Sólo supieron de la identidad de Ramón por una violación de confidencia por parte de un periodista. Eso es un índice de que no había nada de protagonismo en nuestra participación. Mientras más anonimato, mejor. No sólo por la seguridad sino porque no tenemos ningún interés personal en la notoriedad.

La pregunta no me cae mal ni nada por el estilo —nos dijo Armando—. Entiendo por qué la hacen. Muchas veces en la televisión salen esos tipos que se tiran desde arriba de

un avión, que buscan emociones personales. Eso se da generalmente en las sociedades donde los objetivos son pocos. El ser humano en una sociedad de este tipo, cuando tiene todo resuelto, busca emociones para exaltar su vida. No es casual que en Latinoamérica no existan ese tipo de cosas. No conozco a nadie que se tire de arriba de un avión o cosas por el estilo. La vida entre nosotros es muy difícil. Nacer obrero o nacer gente del pueblo en América Latina ya es una aventura. Hay que luchar para poder comer, para poder sobrevivir. Estamos motivados por todo eso. En una operación militar sentimos miedo, y mucho. Lo que pasa es que ya la práctica y la convicción nos lleva a superar ese miedo.

Nos gustaría mucho más que la explotación no existiera. Para nosotros esto no es ninguna emoción, es una convicción de que hay que hacer algo, es una necesidad social. Nos gustaría mucho más estar viviendo tranquilos. Yo, por ejemplo, hace cinco años que no veo a mi hijo. Eso no es ningún deporte, es un sacrificio. Estamos convencidos de que mientras el imperialismo esté decidido a explotar y a vivir bien a costa del hambre y el sufrimiento y la muerte de centenares de miles de niños, hay que hacer algo, hay que luchar. Es un problema histórico que hay que resolver. Si no lo hacemos nosotros, lo van a hacer otros.

Salí del Paraguay con una úlcera galopante. Estuve tres meses para curarme la úlcera. No es nada lindo. A nosotros realmente no nos gusta vivir ese tipo de emociones. Lo que pasa es que estamos convencidos de que hay que terminar con la desigualdad que prevalece.

No puede ser que haya una vida de derroche cuando hay miles de niños que se mueren de hambre. Estamos dispuestos a dar nuestra vida por eso. Todo lo que podamos soportar lo vamos a hacer conscientemente, no porque nos guste. No nos gusta matar; lo hacemos para que eso no suceda más.

Se habla de la gente que muere en atentados, se habla de la gente que muere en la guerra, pero ¿y los niños que se

mueren de hambre, esos no son muertos? Hay que terminar con todo eso, con las torturas, con el hambre. Por eso lo hacemos, no porque nos guste, repito, ni porque queramos ser protagonistas de una novela ni ser super agentes que viven del peligro.

Eso es mentira, tenemos un miedo terrible, pero la convicción de que hay que hacerlo es superior al miedo que uno pueda sentir. Lo que sí es cierto es que en el momento de la acción uno se olvida de todo. Después que terminó la acción las piernas nos hacían así. Eso es un problema psicológico.

Cuando a mí me estaban torturando en Argentina, los tipos comentaban entre ellos:

—Este desgraciado no habla —decían—, porque es yoga, porque tiene el cerebro lavado, porque está super entrenado.

Esa es la explicación que se dan, porque como no piensan como nosotros, no pueden saber lo que es tener convicción de algo. Pensaban que era una cosa sobrenatural. No se explicaban por qué no hablábamos.

Me parece que es importante que ustedes digan eso, que den una imagen que los que hicimos el ajusticiamiento no somos super agentes entrenados, que nuestro móvil no es ir a los super hoteles, estar con diez mujeres, viajar en avión. No. Son compañeros que tienen miedo, que saben lo que es el miedo y que su valentía no es la aventura ni es el riesgo para —como dicen ellos— sentir el gusto de la vida.

El gusto a la vida para nosotros es que no haya hambre, que no haya explotación, que no haya miseria. Ese es el gusto a la vida. No somos aventureros. Somos revolucionarios con miedo, con temor, con déficit, con problemas; nos peleábamos entre nosotros y en el momento de la acción nos temblaron las patas a todos. No en el momento, pero diez minutos después nos temblaban las patas.

FIN

APÉNDICE

Una idea sobre el grado que alcanzó la masiva violación de los Derechos Humanos durante el régimen somocista, pueden suministrarla las conclusiones a las que arribó la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, citada, en su "Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Nicaragua" (OEA/ Sr. L II 45 doc. 16 rev. 1) publicado el 17 de noviembre de 1978, como resultado de la observación "in situ" desde el 3 al 12 de octubre de dicho año.

> "A la luz de los hechos y antecedentes expuestos precedentemente, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en pleno, ha llegado a la conclusión de que el Gobierno de Nicaragua que encabeza el señor General Anastasio Somoza Debayle, de una manera grave, persistente y generalizada, ha ocurrido en las siguientes violaciones:
> a) El Gobierno de Nicaragua es responsable de graves atentados al derecho a la vida, en transgresión, además, de las normas de derecho internacional humanitario, al reprimir excesiva y desproporcionadamente las insurrecciones que tuvieron lugar en septiembre pasado en las principales ciudades del país. En efecto, los bombardeos de la Guardia Nacional a las poblaciones, se hicieron indiscriminadamente y sin previa evacuación de la población civil, lo que trajo como consecuencia innumerables muertes de personas ajenas al conflicto, y en general, una situación dramática. (crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad).
> b) Igualmente el Gobierno de Nicaragua es responsable de muchísimas muertes ocurridas con posterioridad a los combates, en razón de los abusos cometidos por la Guardia Nacional en la llamada "operación limpieza" y en otras acciones que tuvieron lugar varios días después de terminadas las hostilidades, en las que ejecutaron sumaria y colectivamente a numerosas personas por el sólo hecho de habitar en barrios o caseríos donde habían actuado miembros del Frente Sandinista de Liberación Nacional; se asesinó a jóvenes y niños indefensos (crímenes de lesa humanidad).

c) El Gobierno de Nicaragua ha obstaculizado la labor de la Cruz Roja al impedirle actuar debidamente durante los combates a fin de atender los heridos, recoger los cadáveres y en general llevar a cabo su labor humanitaria. Además, dicho gobierno es responsable de la muerte de socorristas de la Cruz Roja y de la utilización indebida de ambulancias y emblemas de esa Institución (crímenes de guerra).
d) El Gobierno de Nicaragua es también responsable de muertes, graves abusos, detenciones masivas y otras violaciones a los Derechos Humanos de grupos de campesinos (crímenes contra la humanidad).
e) En los sucesos de septiembre pasado, y aún antes de ellos, se ha violado gravemente el derecho a la integridad personal, al aplicarse torturas y otros apremios físicos a numerosos detenidos.
f) Una situación especial que preocupó hondamente a la Comisión es la que se refiere a los menores.
Además de los numerosos adolescentes y jóvenes que se encuentran detenidos en cárceles comunes, en promiscuidad con delincuentes comunes, la Comisión pudo comprobar una represión generalizada por parte de la Guardia Nacional en contra de todo varón entre 14 y 21 años de edad (crímenes de lesa humanidad).
g) La libertad física de las personas se encuentra seriamente afectada, como lo demuestran las muchas detenciones arbitrarias que se produjeron a comienzos del mes de septiembre. Además, se ve agravada por el sistema de administración de justicia existente en Nicaragua, y por los poderes de que gozan los Jueces de Policía, algunos de los cuales, incluso, son Comandantes de la Guardia Nacional, para imponer penas de privación de la libertad hasta por seis meses, sin otro requisito que oir al Sindicato; y por las facultades que tienen los Tribunales Militares para juzgar, en períodos de emergencia, a los civiles. De lo dicho se desprende que ha habido violaciones a los derechos de protección contra la detención arbitraria y a proceso regular, en particular al derecho de tener una adecuada defensa.
h) La libertad de expresión del pensamiento se encuentra severamente restringida al limitarse, en los hechos, la información de lo que ocurre en Nicaragua, principalmente a lo que expresan los diarios, las emisoras y estaciones de televisión

controlados directamente o indirectamente por el Gobierno. En el caso de la prensa escrita u oral, independiente u opositora al Gobierno, en los períodos en que no ha sido censurada, si bien ha dispuesto de una relativa libertad, sus propietarios, directivos o periodistas han sufrido graves atentados o amenazas a su vida, libertad o seguridad.

i) Las libertades de conciencia, culto y religión han sido, si bien son formalmente respetadas, en la práctica, difíciles de ejercitarse plenamente debido a los atropellos de palabra y de obra de que han sido objeto sacerdotes y religiosos de diferentes congregaciones católicas.

j) En la actualidad no puede ejercitarse el derecho de reunión. Aún antes de la vigencia del régimen que vive Nicaragua, el derecho de asociación, en general, y de asociación sindical y política, en particular, encontraban serias limitaciones para su ejercicio.

k) El derecho de sufragio está sometido a diversos obstáculos de orden práctico y legal que impiden su ejercicio.

Las violaciones a los derechos humanos a que se ha hecho referencia en el presente Informe, han afectado todos los sectores de la población nicaragüense. Sus víctimas han sido continuas, siendo especialmente personas de limitados recursos económicos y los jóvenes cuyas edades oscilan entre los 14 y 21 años de edad.

Los daños y sufrimientos provocados por estas violaciones han hecho surgir entre la población nicaragüense, de una manera más patente, un intenso y general sentimiento favorable al establecimiento de un sistema que garantice la observancia de los Derechos Humanos.

El responsable de todos estos crímenes se llamaba Anastasio Somoza Debayle.

Esta primera edición de tres mil
ejemplares se imprimió en
"Editorial el amanecer S.A.",
Managua, Nicaragua.
Agosto de 1993.